

10 RAZONES POR LAS QUE DEBES ACTUAR FRENTE
A LA CRISIS ECONÓMICA, POLÍTICA Y SOCIAL



REACCIONA

José Luis Sampedro
Federico Mayor Zaragoza
Baltasar Garzón • Juan Torres López
Àngels Martínez i Castells
Rosa María Artal • Ignacio Escolar
Carlos Martínez • Javier López Facal
Javier Pérez de Albéniz
Lourdes Lucía

Prólogo de Stéphane Hessel

AGUILAR

REACCIONA

José Luis Sampedro

Federico Mayor Zaragoza

Baltasar Garzón · Juan Torres López

Àngels Martínez i Castells

Rosa María Artal · Iganacio Escolar

Carlos Martínez · Javier López Facal

Javier Pérez de Albéniz

Lourdes Lucía

Prólogo de Stéphane Hessel

Frente a los peligros que afrontan nuestras sociedades interdependientes es tiempo de acción, de participación, de no resignarse. Es tiempo de democracia genuina. Tiempo de movilizarse, de ser actores y no sólo espectadores impasibles, progresivamente uniformizados, gregarizados, obedientes.

La participación no presencial que los nuevos medios de comunicación han propiciado fortalecerá el poder ciudadano, su capacidad de implicación, de formular no sólo protestas sino propuestas, de expresarse sin cortapisas.

Corresponde a la comunidad intelectual, artística, científica y académica, pero también y de forma progresiva a los ciudadanos más comprometidos, liderar este movimiento a escala mundial que ahora es ya imparable.

Más vale prevenir...

Los países más prósperos han intentado con enormes efectos negativos y colaterales la gobernación planetaria. Han concentrado en muy pocas manos el poder financiero y militar, han deslocalizado la producción y han marginado a las Naciones Unidas.

Conscientes, implicados e indignados—como yo les he recomendado recientemente desde la atalaya de mi vida—, los autores de Reacciona, este compendio compacto, formulan muy interesantes proyectos de futuro junto a sus análisis de la situación presente, tan sombría.

Reacciona es un libro que aporta respuestas, caminos para canalizar el descontento y desconcierto que la crisis de un sistema, a escala global y local, vierte sobre la sociedad, capaz, por fin, de movilizarse. Es hora de actuar.

Desde José Luis Sampedro, de mi misma edad, que prologa con su brío proverbial la edición de mi libro en España, y mi viejo amigo Federico Mayor, al resto de los participantes, brillantes jóvenes incluidos, forman un conjunto de voces que hay que escuchar con atención, que considero muy relevante y oportuno.

Este libro contiene críticas razonadas, vehementes en muchos casos, y propuestas de cambio que hay que tener muy en cuenta. Se lee de principio a fin como un solo relato. Con distintas modulaciones todos reiteran la necesidad de reaccionar, que comparto plenamente.

Como dice un sabio proverbio la dificultad aguza el ingenio. Y los autores contribuyen con gran acierto a diseñar un futuro más acorde con la dignidad humana. De todos los habitantes de la Tierra. Y de las generaciones venideras.

STÉPHANE HESSEL

Febrero de 2011

Hay que actuar. Sabiendo adónde vamos para no marear en vueltas el rumbo. Como acertadamente diagnosticó el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, el sistema en el que vivimos está gravemente enfermo. Padece «una hemorragia interna» que no se curó sometiéndolo a «trasfusiones masivas de sangre» (como se hizo con el dinero del rescate público), ni dejando al paciente obrar a su capricho. Por el contrario, al recibir un tratamiento equivocado, agrava su virulencia y es el cuerpo social quien se desangra. Los especuladores son los antisistema, el de todos. De vital trascendencia defenderse.

Poco más de una llamada bastó para que diez personas, grandes en conocimientos y humanidad, aceptaran participar en esta iniciativa que busca evidenciar lo imprescindible de oponerse activamente aun destino que no es inexorable, antes de que sea demasiado tarde. Nos une la inquietud por lo que ocurre y un espíritu de lucha que impele a «hacer algo».

Una mirada colectiva que trata de dejar las menores lagunas posibles. Distintos acentos. En mezcla premeditadamente heterodoxa. Varias generaciones. Hombres, mujeres. De distintas procedencia y trayectoria. De la economía a la ciencia, la justicia, el periodismo, la educación y la cultura; la mirada global o los movimientos sociales. Y el idéntico propósito de defender la dignidad, la democracia y el bien común. De afrontar un futuro para todos con mimbres constructivos, diferentes a los que se están tejiendo.

Agradezco a todos ellos su confianza y su colaboración. También a Pablo Álvarez, director editorial de Aguilar, por su rápida y decidida acogida al proyecto.

A Stéphane Hessel, que ha logrado indignar con su libro a millones de franceses y que nos saluda aquí como invitado de apertura.

«Somos más de los que dicen que somos» piensa el escritor Eduardo Galeano. También lo creemos. Y que es en definitiva la sociedad quien permite los atropellos. Una ciudadanía informada y responsable puede impedirlos. Gracias también a quien comparta y difunda la tarea con nosotros.

Cálida mención a Paco Altemir y a Olga Lucas, imprescindibles en la elaboración de este trabajo a pesar de que sus nombres no figuran en los contenidos.

Y en el recuerdo de José Vidal-Beneyto, cuya lucidez y entusiasmo alentaron a tantos de nosotros. Vamos en busca de respuestas a algunos de sus últimos planteamientos: «Sólo una movilización popular e intelectual, insistida y de gran calado, podrá ayudarnos a acabar con tanta patraña y tantas desvergüenzas. ¿Cuándo dejaremos de tolerar tanta ignominia, cuándo pondremos fin a tanta abominación?».

ROSA MARÍA ARTAL

Coordinadora de Reacciona

José Luis Sampedro, Barcelona 1917. Economista, escritor, miembro de la RAE desde 1990 y docente. Doctor en Economía y catedrático de Estructura Económica en la Universidad Complutense de Madrid hasta su jubilación. Asimismo ha impartido cursos universitarios en Inglaterra y Estados Unidos. Humanista comprometido, sigue escribiendo y pronunciando conferencias. Como escritor ha cultivado casi todos los géneros: narrativa, teatro, ensayo divulgativo, además de los tratados sobre Teoría Económica. Entre sus obras destacan: El río que nos lleva (1961), Octubre, octubre (1981), La sonrisa etrusca (1985), La vieja sirena (1990), Los mongoles en Bagdad (2003), Escribir es vivir, con Olga Lucas (2005), La ciencia y la vida, con Valentín Fuster y Olga Lucas (2008), La balada del agua (2009), Las fuerzas económicas de nuestro tiempo (1967), Estructura económica (1969), Conciencia del subdesarrollo (1973), Conciencia del subdesarrollo, veinticinco años después, con Carlos Berzosa (1997), El mercado y la globalización (2002), Economía humanista. Más allá de los números (2009).

<http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/sampedro/index.htm>

Con el título Reacciona Rosa María Artal nos convoca a un grupo de personas para dirigirnos a la sociedad en general, y a los jóvenes en particular, intentando concienciar y provocar una reacción frente a las medidas neoliberales impuestas como única salida posible a «la crisis».

Por mi edad me ha correspondido el papel de telonero que acepto gustoso para acompañar los documentados y certeros análisis de mis colegas. Por su carácter introductorio mi exposición pretende ofrecer una visión general centrada en las causas históricas y sociales de la crisis. Intentaré ir a las raíces o, como lo expresa la metáfora del título, destapar y mirar debajo de la alfombra, reflexionar sobre lo menos visible (que no es otra cosa que lo menos leído en los medios).

Basta levantar un pico de la alfombra para que inevitablemente surjan preguntas clave.

¿Por qué se atrevieron los bancos a ser tan codiciosos?

¿Por qué lo permitieron los gobernantes en lugar de controlar el desenfreno, del mismo modo que controlan los productos alimenticios o las medicinas?

¿Por qué el público ha seguido votando a políticos tan descuidados en la defensa del pueblo?

Y, si seguimos levantando un poco más, tirando del otro pico ya encontramos algunas respuestas.

La primera que se me ocurre es que los actuantes en la crisis (desde el Gobierno hasta el que pide el crédito y el desempleado), todos somos piezas de algo mucho más complejo que es nuestra sociedad, nuestro sistema de vida, nuestra cultura europea.

La segunda es que Europa está, pero ya no es. Ni siquiera es el «pequeño cabo de Asia», como la definiera hace un siglo Paul Valéry. Europa está en coma, como así lo demuestra su apatía ante los grandes problemas. Incluso parece simbólico que siendo Bruselas la capital europea Bélgica lleve más de medio año sin gobierno.

EL OCASO

Contemplando la sociedad como organismo, parece obvio que una enfermedad sistémica en un cuerpo envejecido no puede ser tratada como un trastorno transitorio y puntual de un órgano concreto. Dicho de otro modo, es una falacia hablar de crisis financiera únicamente. La crisis es política. La crisis es del sistema de vida occidental.

Al comienzo del siglo XX el sistema de vida occidental todavía se creía sólidamente establecido, pero la Primera Guerra Mundial (tan apocalíptica que fue llamada la Grande) acabó con esa ilusión y hasta rompió la unidad al

transformar la Rusia zarista en un sistema diferente y rival. Al mismo tiempo emergía Estados Unidos como nuevo posible dirigente del sistema. No por casualidad el profesor Oswald Spengler concluyó y publicó entonces su libro *La decadencia de Occidente*. El texto provocó discrepancias, pero los acontecimientos posteriores han confirmado el acierto del título hasta el punto de considerarlo insuficiente. Porque Estados Unidos tampoco es aquel líder de los vencedores que llegó a ser en 1945. Tras la Segunda Guerra Mundial Washington ocupó el trono de Occidente, sustituyendo a la Europa destrozada por la guerra, pese a las diferencias entre ambas partes que algunos pensadores simbolizan en la comparación entre Marte (viril y poderoso técnico) y Venus (dama sensible, incapaz de afrontar los problemas). Pero en poco más de medio siglo el imperio americano ya no es hegemónico en un mundo con adelantos técnicos revolucionarios y con nuevos rivales tan sobresalientes y en pleno auge, como son China e India. Tras casi cien años decisivos el título de Spengler resulta justificado por la Historia. Estamos viviendo en pleno ocaso del mundo en que vivieron nuestros padres.

Hablar de ocaso quizá escandalice dada la sobreinformación mediática acerca de los constantes progresos técnicos. Por supuesto no niego las admirables hazañas humanas en todos los campos, desde los átomos hasta las galaxias. Comprendo que tales adelantos permiten incluso esperar un futuro todavía más sorprendente. Pero ese crecimiento no es toda la verdad. Para incidir en la realidad actual es indispensable conocer el reverso de la medalla, escamoteado en la versión oficial.

Si bien el celebrado progreso ha mejorado las condiciones de vida de parte de la humanidad, ha influido muy poco en el perfeccionamiento de los individuos. Por un lado el logro de prodigiosas creaciones, por otro la creciente sucesión de guerras y luchas fratricidas por el poder y la riqueza, por la pasión de dominar. En suma, diez en técnica y cero en humanismo. Es en ese contexto en el que los financieros culpables de la crisis obraron sin escrúpulos con un afán de saqueo propio de las hordas bárbaras.

A los dirigentes de Occidente no les interesa comprender que los destrozos irreparables de la Naturaleza han comenzado ya. Ni siquiera respetan las normas de las instituciones creadas por ellos mismos. Las decisiones de la Organización de las Naciones Unidas, nacida para mantener la paz, quedan marginadas o anuladas con las adoptadas antidemocráticamente por la minoría del grupo G20 ampliado. Incluso acuerdos tan importantes como los del Consejo de Seguridad de la propia ONU se ven subvertidos por decisiones unilaterales, como ocurrió cuando el presidente de Estados Unidos se empeñó en atacar a Irak. La Unión Europea, necesitada de inmigrantes, los recibe imponiéndoles vejaciones inhumanas; mira para otro lado ante problemas como el permanente acoso de Israel a Palestina y es cómplice de aquellas dictaduras que convienen a sus intereses económicos, anteponiéndolos a la defensa de los derechos humanos. Otro ejemplo patente de barbarie es la doctrina del llamado «ataque preventivo», invocada por Estados Unidos para justificar la invasión de Irak. Esa expresión, aparentemente refinada, ha significado siempre, por su naturaleza, «la ley del más fuerte» o la «ley de la selva».

SOCIEDAD DE MERCADO

Pero lo más grave y lo más destructivo para una civilización es, en mi opinión, la pérdida de los valores morales superiores y, con ello, de las más altas referencias para la conducta humana. Esa decadencia es la máxima barbarie y es muy perceptible en la situación actual. El alto ideal de justicia, por ejemplo, aparece viciado con frecuencia y, sobre todo, el derecho internacional ha sido violado repetidamente, según ocurrió con Irak. El desdén por la difusión de la educación y la sanidad en los países más pobres, la sobreexplotación de los más débiles, como la infancia o la mujer, violan valores, supeditándolos a los intereses materiales. El concepto de libertad es tergiversado de forma irresponsable para permitir abusos de los poderosos, como ocurre en la desregulación financiera o en la globalización incontrolada. Más que en la economía de mercado vivimos en una sociedad de mercado, donde todo tiene su precio en vez de considerarse su valor. El sistema, como expresó tajantemente Marx, lo convierte todo en mercancía. Ejemplo de ello es la corrupción generalizada que, en definitiva, significa que hasta los hombres mismos (y los más responsables por los puestos que ocupan) se ofrecen en venta a otros dispuestos a comprarlos. Y lo que es peor, ese tráfico ya ni siquiera escandaliza, se toma como algo natural, sin repercusión electoral alguna. La Rochefoucauld afirmaba: «La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud». Pues bien, en la actualidad la hipocresía ha sido sustituida por el cinismo y hasta altos dignatarios se pavonean de sus conductas inmorales, se consideran modelos dignos de admiración y de seguimiento por los ciudadanos. ¡Y son votados! He aquí otro descubrimiento debajo de la alfombra que empieza a revelar una maraña de injusticias, irracionalidades, y hasta delitos, impunes o encubiertos, dejando la impresión desoladora de que tanta brillantez de la técnica y la ciencia se debe a un organismo social vivo, pero cuyas contradicciones internas lo están descomponiendo. De ahí la sensación de ocaso y de barbarie, entre cuyos componentes se encuentra la crisis.

Pero el ocaso no es el fin de la historia, sino el del sistema. Porque el mundo sigue adelante. La barbarie no es destrucción sino una mutación, una fase violenta del cambio. El mundo no es un compuesto de innumerables equilibrios, sino de interdependencias desequilibradas que se compensan unas con otras en el funcionamiento, aunque a veces hay distorsiones.

CRISIS POLÍTICA

La crisis financiera estalló por el abuso de los beneficios, pero el hecho de que los daños no los hayan sufrido tanto los causantes como sus víctimas (con pérdidas o con desempleo) es consecuencia de la estructura del sistema, cuyas reglas permitieron los atropellos y cuyas autoridades no los controlaron a tiempo. La raíz de los daños no radica en los préstamos mismos, sino en el poder dominante de los bancos, libres para poner condiciones al crédito. Más que un problema económico se trata de una desigualdad de poder, un hecho político que, si no se remedia, provocará crisis ulteriores.

Pese a ello los gobiernos no han hecho gran cosa para regular mejor el crédito, desoyendo todas las propuestas de reformas importantes. Esa pasividad de las autoridades obliga a reflexionar sobre la jerarquía real de poderes, a darnos cuenta de que si el capital logra evitar los necesarios controles es porque su poder no sólo supera al de los clientes, sino que también es más fuerte que el de los gobiernos. Dicho de otro modo, en nuestro sistema quien manda es el capital. También en los casinos las reglas de juego de la ruleta permiten a veces que se enriquezca algún cliente, pero en el conjunto de operaciones siempre gana la empresa. Los gobernantes dependen del capital que, entre otras cosas, financia sus campañas electorales. Las técnicas de ventas se han extendido a la esfera política (recuérdese: todo es mercancía). Publicidad, creación de imagen, manejo de relaciones e influencias y otros medios se adaptan a las competiciones electorales. Con ello la democracia sólo lo es nominalmente. En realidad el poder lo ejercen los grupos dominantes.

¿DEMOCRACIA?

Es verdad que el pueblo vota y eso sirve para etiquetar el sistema, falsamente, como democrático, pero la mayoría acude a las urnas o se abstiene sin la previa información objetiva y la consiguiente reflexión crítica, propia de todo verdadero ciudadano movido por el interés común. Esos votos condicionados por la presión mediática y las campañas electorales sirven al poder dominante para dar la impresión de que se somete al veredicto de la voluntad popular expresada en libertad en las urnas. En ocasiones, como se ha visto, sirven incluso para avalar la corrupción. Se confunde a la gente ofreciéndole libertad de expresión al tiempo que se le escamotea la libertad de pensamiento.

Ya en la primera infancia se inculcan al niño creencias, que la mente infantil no puede sino asumir. Así continúa la formación mental de súbditos en las sucesivas etapas de una enseñanza orientada a formar productores competitivos y consumidores, que son los que interesan a los dominantes. Fuera de las aulas los medios audiovisuales siguen inculcando las ideas del mando, sugieren preferencias políticas y desvían el interés de las personas hacia los atractivos del consumismo y los espectáculos. Es imposible enumerar la infinidad de argucias contra el pensamiento crítico, sin el cual la famosa libertad de expresión pierde su valor. Con un somero repaso a los programas y a los resultados electorales de nuestro entorno descubriremos fácilmente bajo la alfombra, etiquetada y vendida como «democracia occidental», un sistema oligárquico en manos de las minorías dominantes.

Resumiendo: queda claro que la crisis —en principio un problema económico— nace de una dominación política (gobiernos sumisos al poder financiero) en la que influye el problema social de los votantes condicionados por la propaganda. En la degradación de esos tres niveles del suelo bajo la alfombra —económico, político, social— se encuentran las respuestas a nuestras tres preguntas iniciales. En la terna, sin duda, el poder del dinero es el más fuerte.

CREENCIAS Y DESARROLLO

Ahora bien, tanto los financieros como los gobiernos y el pueblo mismo actúan inspirados por la ideología común vigente. Cada civilización encarna un sistema de valores que moldean las conductas individuales. Un sistema de creencias que los dirigentes asumen, como todos. Una de esas creencias es la convicción occidental del crecimiento imparable. Las actuales consignas de moda (productividad, competitividad, innovación) expresan con claridad la intensidad de esa fe. La ambición ha llevado incluso a la idea de comercializar viajes y estancias en la Luna, pues para algunos el futuro ya no cabe en la Tierra. Ese ambicioso planteamiento cultural también subyace en el fondo de la crisis.

Dicha mentalidad colectiva es el resultado de una larga evolución con sucesivos cambios históricos de lo que venimos llamando «Occidente». En la Grecia originaria (de la que aún utilizamos muchos descubrimientos) el hombre era la medida de todas las cosas. Pero, como dijera Antonio Machado, las sociedades cambian cuando cambian sus dioses. La Edad Media puso su fe en el supremo referente Dios, sin que ello impidiera el creciente peso de las actividades técnicas o económicas y de la razón frente a la fe. Con la expansión mundial de la Europa moderna la razón y los éxitos materiales engendraron los ideales, primero de la Ilustración y luego del Progreso, como hoja de ruta para Occidente, intensificándolos ya en el siglo XIX con su positivismo científico. Hoy la creencia en la producción imparable se concreta en el objetivo del desarrollo económico, defendido con pretensión de sostenible.

Junto al progreso científico evolucionaron históricamente las ideas económicas, y se instauró el mercado libre como centro de los intercambios y se consagró el dinero como referente genérico. Se llegó así a la actual sociedad de mercado con los dueños del dinero que son, dada esa organización, el poder máximo del sistema.

La peligrosa creencia de un desarrollo ilimitado ha arraigado en la opinión general básicamente por dos motivos. El primero: los acelerados adelantos científicos del siglo XX, capaces de hacer creer que la ciencia creará todo lo que el hombre se proponga, incluso sustituyendo recursos naturales agotados por sucedáneos. El segundo motivo es el estímulo aportado por la ideología religiosa que, al atribuir alma inmortal al ser humano, lo eleva sobre el mundo material y le da sustancia superior y privilegiada. La religión asegura al hombre que está hecho a imagen y semejanza divina, que es el rey de la creación y que la Tierra es su posesión en esta vida. El hombre se siente así con derecho a someter bajo su voluntad a la Naturaleza al ser ésta la voluntad divina. El gobernante, como la mayoría, vive convencido de poseer los medios para transformar el mundo, así como el derecho de explotarlo según convenga. En definitiva, no se ignoran los daños infligidos al medio ambiente, sino que se actúa según esa concepción del mundo y del hombre. La fe en la ciencia y la fe en la religión tranquilizan a los desarrollistas, que además se benefician económicamente con ambas justificaciones.

Por desgracia estos soportes de la confianza no garantizan que el llamado desarrollo sostenible sea efectivamente sostenible. Al contrario, con la persistencia en el error empeoran las perspectivas futuras. Volvemos así a

nuestra afirmación inicial acerca de la decadencia de Occidente y los serios desajustes de un sistema en el que, pese a los disfraces, la religión permanece anclada en el siglo XVI, la economía en el XVIII y el sistema parlamentario en el XIX.

BAJO LA ALFOMBRA

En conclusión: debajo de la alfombra aparece un suelo corroído que no va a mejorar remendando el tejido para taparlo mejor. Occidente puede correr la misma suerte de otros imperios extinguidos, dejando un vacío bajo la palabra Europa.

Pero la Historia no admite vacíos: imparable la Vida los llena. Todo ocaso ofrece una ocasión. Así aprovechó Carlomagno el de Roma bajo los bárbaros y erigió su imperio, semillero de Europa. Ha llegado el tiempo del cambio, de un cambio que va más allá de la restauración del Estado del Bienestar en retroceso y de la defensa de los derechos conseguidos por nuestros antecesores. El sistema reclama un cambio profundo que los jóvenes entienden y deberán acometer mejor que los mayores atrapados aún en el pasado.

Este ocaso es el momento de la acción entre todos porque otro mundo no sólo es posible, es seguro. Si mejor o peor, dependerá de nuestra reacción. Mi mensaje a los jóvenes es que ha llegado el momento de cambiar el rumbo de la nave. Aunque sus líderes sigan en el puesto de mando y al timón, aunque desde allí sigan dando órdenes anacrónicas, los jóvenes puestos al remo pueden dirigir la nave. Sólo necesitan unirse y acordar que a una banda boguen hacia delante mientras en la otra cimen hacia atrás y el barco girará en redondo, poniendo proa hacia un desarrollo humano.

Federico Mayor Zaragoza nació en Barcelona, en 1934. Doctor en Farmacia, ha sido catedrático de Bioquímica y rector de la Universidad de Granada y catedrático también en la Universidad Autónoma de Madrid. Cofundador en 1974 del Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, de la Universidad Autónoma de Madrid y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Mayor Zaragoza desempeñó diversos cargos tanto de la política nacional como europea. Director general de la UNESCO desde 1987 hasta 1999. A su regreso a España crea la Fundación para una Cultura de Paz, de la que es presidente. Preside el ERCEG (European Research Council Expert Group) para la «economía basada en el conocimiento», a propuesta de la UE. Fue copresidente del Grupo de Alto Nivel para la Alianza de Civilizaciones de la ONU. Presidente también del ISE (Initiative for Science in Europe) en enero de 2007, y el Consejo Directivo de la agencia de noticias IPS (Inter Press Service). Además de sus numerosas publicaciones científicas, el profesor Federico Mayor ha escrito seis poemarios y varios libros de ensayos: Un mundo nuevo (en inglés *The World Ahead: Our Future in the Making*) (1999), Los nudos gordianos (1999), Mañana siempre es tarde (1987), La nueva página (1994), Memoria del futuro (1994), La paix demain? (1995), *Science and Power* (1995); UNESCO: un idéal en action (1996), La palabra y la espada (2002), La fuerza de la palabra (2005), Un diálogo ibérico: en el marco europeo y mundial (2006), Enfermedades metabólicas (ed.) (2006), Tiempo de acción (2008).

Blog. La fuerza de la palabra:

<http://www.federicomayor.blogspot.com/>

«É preciso ter grandes sonhos e perseguí-los. Sonhar e perseguir os sonhos é exatamente romper o limite do possível».

PRESIDENTA DILMA ROUSSEFF

Brasilia, 1 de enero de 2011

HA LLEGADO EL MOMENTO

Sí, ha llegado el momento de superar los límites de lo «posible» y hacer realidad mañana muchos imposibles hoy. Disponemos del conocimiento y de, por primera vez en la historia, posibilidades de participación no presencial y movilización ciudadana. Podemos superar la inercia, el gran enemigo, que se opone a la evolución, consistente en conservar lo que debe conservarse y transformar y cambiar lo que debe cambiarse. Como he escrito en muchas ocasiones, si no hay evolución a tiempo, hay revolución con el riesgo de violencia que conlleva. La diferencia entre evolución y revolución es la «r» de responsabilidad.

Ha llegado, pues, el momento de la acción, de la libertad de expresión, de la responsabilidad. Sí, ha llegado el momento de «los pueblos», como tan lúcidamente se establece en el inicio del Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas: «Nosotros, los pueblos... hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra». El compromiso supremo lo constituyen las generaciones venideras. Para ofrecerles el legado que merecen de una tierra habitable, sin desgarros sociales y confusión conceptual, debemos llevar a efecto en estos albores de siglo y de milenio la gran transición de la fuerza a la palabra, de la mano alzada y armada a la mano tendida.

Cambiar los fusiles por el diálogo proporcionaría no sólo el nuevo «marco humanizado» que es exigible para la igual dignidad de toda la humanidad, «ojos del Universo», los únicos seres vivos conscientes del misterio de su existencia, sino que representaría una nueva era en la que la economía no debería basarse en la especulación y la guerra (cuatro mil millones de dólares al día en la actualidad) para poder garantizar a todos, sin excepción, la seguridad alimenticia, el acceso al agua y a los servicios sanitarios, la educación, etcétera.

Cada ser humano único, capaz de pensar, de imaginar, de crear. Ésta es la esperanza común y por ello debemos enfrentarnos al fatalismo, al sentimiento de lo inexorable, de lo ineluctable, convencidos de que el futuro debe inventarse, de que el porvenir está por hacer. El pasado ya está escrito y debe describirse de forma fidedigna. Pero tenemos que actuar resueltamente en este sentido: la gran tarea ética de las generaciones presentes es escribir el mañana con otros trazos, con otros signos, en otro lenguaje.

Para cambiar es indispensable conocer la realidad en su conjunto, en profundidad. Si se la conoce superficialmente, el cambio es más de percepciones que de hondo calado. Es imperativo alejarnos de los focos que anuncian la noticia, de las informaciones que, lógicamente, describen tan sólo lo

extraordinario, lo insólito. Para conocer con exactitud lo que acontece es preciso saber ver los invisibles, los que no son noticia, la inmensa mayoría que nace, vive y muere en espacios física e intelectualmente reducidos. Todos tienen que ser no sólo vistos sino observados para que de este modo, como dijo Bernard Lown, al conocer los invisibles seamos capaces de hacer lo imposible, ya que al no tenerlos en cuenta normalmente las medidas políticas y las estrategias no los incluyen y permanecen, una vez más, inadvertidos.

Desde el origen de los tiempos el poder —masculino, con sólo episodios fugaces y anecdóticos de la presencia femenina— se ha basado en la imposición, en el dominio. La paz ha sido una pausa entre dos conflictos, haciéndose realidad el perverso adagio de «si quieres la paz, prepara la guerra», instigado siempre por los fabricantes de armas.

A través de los siglos unos cuantos mandando sobre los muchos, que tenían que ofrecer su propia vida sin rechistar a los designios de los mandatarios. Siglos y siglos en que sólo algunos destellos fueron capaces, a pesar de vivir confinados, con desconocimiento de los fenómenos naturales que observaban y de la existencia y las características de los otros, de iluminar, por la desmesura de su capacidad reflexiva y creadora, espacios inexplorados del espíritu. El hilo conductor ha sido siempre la fuerza. Ha llegado el momento, en estos albores de siglo y de milenio, de la palabra, grandeza de la condición humana en su totalidad.

Ha llegado el momento, en efecto, de poner claveles en el ánimo de los fusiles, en el ánimo de las armas, como supieron hacer en Portugal hace unos años, acallando de una vez por todas el disparo y procurar la vida, la vida plena a través de la conversación y el conocimiento recíproco.

ANTECEDENTES

Ha habido varios intentos de reconducir la gobernación mundial a cauces bien distintos de los tradicionales mediante la creación de parlamentos mundiales, unión de naciones, actos globales de paz. En 1918, al término de la Primera Gran Guerra, el presidente Woodrow Wilson, aterrorizado por lo que había sucedido en una guerra de desgaste, de trincheras, de extenuación, llega a Brest desde Nueva York con el Convenio para la Paz Permanente, proclamando que en lo sucesivo los conflictos no deberían solucionarse a través de la barbarie que se acababa de vivir, y así se creó una Sociedad de Naciones, que tomaría las medidas oportunas y arbitraría en los posibles conflictos, de tal modo que el recurso a las armas no fuera irremediable en lo sucesivo.

Ya sabemos lo que ocurrió: tanto los europeos como los norteamericanos reaccionaron vehementemente ante las propuestas del presidente norteamericano, diciendo que ello pondría en riesgo la seguridad de sus naciones, que se hallarían en inferioridad ante el posible rearme de la Alemania vencida. La propia opinión de los Estados Unidos fue enormemente crítica con el presidente Wilson, que regresó a su país convencido de que el mundo discurriría de nuevo por los caminos de la confrontación violenta, ya que bajo la

presión de los colosales consorcios de la industria bélica los senderos de la paz aparecían impracticables.

Y así fue. Alemania se armó y Hitler ya advirtió en 1933 que «La raza aria es incompatible con la raza judía», ante la ineficiencia de la diplomacia y de la Liga de Naciones, que desde el principio la falta de voluntad política de los Estados que la integraban había hecho inoperante.

Y de nuevo en 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, ante el horrendo espectáculo de destrucción masiva, de holocausto y genocidio, de uso de terribles armas de exterminio, el presidente Franklin Delano Roosevelt, adopta una serie de medidas para asegurar que, en lo sucesivo, la convivencia pacífica fuera posible. Y no sólo se concibe el Plan Marshall para la recuperación de Alemania y Japón, sino que ya en 1944 se crea la FAO para la alimentación, la medida más urgente para todos los ciudadanos, y las instituciones de Bretton Woods para regular los flujos financieros y promover, a través del Banco Mundial para la «reconstrucción y el desarrollo», el progreso en todos los países. Como ya he indicado, la Carta de las Naciones Unidas es un documento audaz e imaginativo, que basa la seguridad en unas Naciones Unidas en las que son «los pueblos» quienes asumen la responsabilidad de garantizar, en adelante, la «construcción de la paz en la mente de los hombres», como figura en la Constitución de la UNESCO, organización creada en 1945, unos meses después de la fundación de la ONU en San Francisco, a través de la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación. El diseño de Roosevelt incluye los grandes pilares de la paz a escala planetaria: el trabajo (OIT), la salud (OMS), el desarrollo (PNUD), la infancia (UNICEF)... Pero, además, para orientar el comportamiento a todos los niveles desde la decisión política a la vida cotidiana de todos los seres humanos, establece la referencia luminosa de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada por la Asamblea General el 10 de diciembre de 1948.

Todo estaba, pues, bien pensado y configurado: sobre la base esencial de la «igual dignidad de todos los seres humanos» se evitaría el horror de la guerra siguiendo los «principios democráticos» de justicia, libertad y solidaridad «intelectual y moral», que el Acta Constitutiva de la UNESCO proclama como único camino para la convivencia armoniosa y los cambios radicales que desde tanto tiempo atrás se consideraban imprescindibles.

A través de una educación que debe formar a personas «libres y responsables», para no dejarse manipular, para actuar en virtud de sus propias reflexiones y no al dictado de nadie, para ser realmente independientes y diversos hasta el límite de la unicidad, y alcanzar la emancipación personal y colectiva... sólo era necesario encontrar la palabra clave que, entonces como ahora, sigue siendo insustituible: compartir, distribuir mejor los bienes materiales, repartir de manera adecuada responsabilidades y beneficios. Compartir, partir con, a través del fomento del desarrollo, que debe ser no sólo económico sino social y cultural, endógeno, sostenible y, sobre todo, humano. Tan importante se consideraba el desarrollo para el otro mundo posible que se perfilaba con el entusiasmo de personas lúcidas y con capacidad de anticipación como René Cassin, Jean Monnet, Archibald MacLeish, Eleanor Roosevelt... que el papa Pablo VI exclama: «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz», y se fomenta la cooperación

internacional al tiempo que se sientan las bases, con la complicidad de Robert Schuman y Konrad Adenauer, de la Unión Europea, y así se firma el Tratado del Carbón y del Acero como paso inicial. Era el año 1950.

Pero de nuevo —«si quieres la paz, prepara la guerra»— se establece la carrera armamentística entre las dos superpotencias, Norteamérica y la URSS, y al socaire de una competición que exacerba hasta límites indescriptibles la producción del más sofisticado material de guerra se oculta la progresiva sustitución de las ayudas al desarrollo por préstamos concedidos en condiciones draconianas que beneficiaban siempre más a los prestamistas que a los prestatarios; la cooperación se convierte de forma generalizada en explotación; el colonialismo financiero y tecnológico empobrece a los países en lugar de fomentar su progreso y capacidad para el uso de sus, con frecuencia, cuantiosos recursos naturales; de tal manera que se llega a la década de 1980 con el sentimiento de que el bienestar generalizado era imposible en un mundo fracturado entre dos grandes sistemas: capitalismo y comunismo.

Es entonces cuando Estados Unidos, acompañados indefectiblemente por el Reino Unido, deciden acaparar el poder y establecer una hegemonía integrada por los países más ricos de la Tierra, encabezados, desde luego, por Norteamérica. Entonces se produce lo que podríamos denominar el «gran antecedente» de la crisis actual: los valores democráticos, los principios éticos por los que tantos habían luchado, hasta dar su propia vida, la justicia social en primer lugar, se sustituyen por el mercado. De acuerdo con el presidente Reagan y la primera ministra Thatcher, la economía sería libre y autorregulada, sin más pautas y objetivos que los propios de las transacciones mercantiles. «Sustituir los valores por los precios», ya lo advirtió don Antonio Machado, «es de necio». Fueron necios al proponerlo, pero sobre todo fueron necios todos aquellos que, líderes socialistas incluidos, deslumbrados por la globalización neoliberal cayeron en la trampa y aceptaron la marginación progresiva de las Naciones Unidas, y trasladaron la gobernación mundial a los seis países más prósperos de la Tierra (G6). Al poco tiempo se unió Canadá (G7) y, al término de la Guerra Fría, la Federación Rusa (G8).

Al cumplirse el bicentenario de la Revolución Francesa, en 1989, tuvieron lugar acontecimientos que reavivaron las esperanzas en los cambios tan anhelados por la mayor parte de los habitantes de la Tierra. En efecto, en el barrio próspero de la aldea global sólo vivía el 20 por ciento de la población mundial. El resto, en un gradiente progresivamente más menesteroso, vivían en condiciones precarias o simplemente sobrevivían. Confiaban en los «dividendos de la paz» al cese de la carrera armamentista. Por el genio de Mikhail Sergeyevich Gorbachev, sin una gota de sangre, se desmorona el Muro de Berlín, como símbolo de Unión Soviética, y se produce la conversión de la Unión Soviética en la Federación Rusa y la Commonwealth de Estados Independientes, que inician su larga marcha hacia sistemas de libertades públicas.

Importantes sucesos contribuyen a hacer pensar que el principio de la década de 1990 puede ser el ansiado momento de la inflexión: otro genio, Nelson Mandela, después de veintisiete años de prisión, logra con la complicidad del presidente Frederik de Klerk la supresión del apartheid racial en Sudáfrica; se firma la paz de Chapultepec, con lo que se da fin al conflicto armado en El Salvador; se

consigue un acuerdo de paz, con la intermediación de la Comunidad de San Egidio, en Mozambique; se inician los diálogos de paz en Guatemala...

Todos esperábamos los «dividendos de la paz» porque podía desacelerarse —iya era hora!— el ritmo de la producción de armas en todo el mundo. Vana ilusión: los globalizadores redoblaron sus esfuerzos y los grupos plutocráticos sustituyeron de forma sucesiva las funciones del Sistema de las Naciones Unidas, deslocalizando, además, con gran «codicia e irresponsabilidad», utilizando las palabras del presidente Obama, la producción hacia China y otros Estados del Este, cuyas condiciones laborales y respeto de los Derechos Humanos, obcecados por el dinero, nunca se han tenido en cuenta.

A pesar de su progresivo aislamiento las Naciones Unidas siguieron facilitando al conjunto de la humanidad directrices en distintos ámbitos: en 1990 educación para todos a lo largo de toda la vida; en 1992 en la Cumbre de la Tierra, la Agenda 21 para contrarrestar el deterioro ecológico; en 1993 «educación para la democracia y los Derechos Humanos; en 1994 diálogo inter e intrarreligioso; en 1995 quincuagésimo aniversario del Sistema, se adoptan los compromisos de la Cumbre de Desarrollo Social, en Copenhague; se celebra la reunión sobre la Mujer y el Desarrollo en Beijing, y se aprueba la Declaración sobre la Tolerancia para facilitar la integración y la convivencia; en 1998 la Declaración sobre el Diálogo de Civilizaciones; en 1999 la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz; en el año 2000 los Objetivos del Milenio y la Carta de la Tierra; en el año 2001 la Declaración sobre la Diversidad Cultural...

CAUSAS INTERNACIONALES

Con los antecedentes indicados, las causas internacionales de la situación actual pueden resumirse del siguiente modo:

1. La globalización desoye los requerimientos

- educativos
- democráticos
- de desarrollo social
- de la equidad de género
- el acceso a los mínimos requisitos de una vida digna.

2. En todo el mundo

- Democracias frágiles, formales, partidistas, con escasa participación social, hasta el punto de aceptarse representaciones parlamentarias con un índice de votación menor al 15-20 por ciento.

– Aceptación de relaciones con países cuyos gobernantes detentan un poder absoluto, algunos de los cuales se proclaman además monarcas, aceptándose sus exigencias porque para los mercados lo único que importa es la explotación de los recursos de estos países y que adquieran sus productos, empezando por los bélicos.

– Aceptación, como antes indicaba, de relaciones comerciales con países convertidos en «fábricas globales» sin reparar en otra cosa que los pingües beneficios obtenidos.

– Aceptación, asimismo, de países en los que se lavan los fondos procedentes de evasión fiscal y de orígenes delictivos. Está claro que la eliminación de los paraísos fiscales es absolutamente imprescindible para los cambios que ahora son inaplazables.

– Aceptación de la total impunidad en que grandes consorcios internacionales actúan en el espacio supranacional, sin el menor respeto al derecho y promoviendo tráfico de toda índole (drogas, armas, patentes, personas...) sin que los grupos plutocráticos, carentes de base institucional, puedan tener la menor influencia para controlar y suprimir, en último término, estos agravios permanentes a la sociedad, a la que producen, como sucede en el caso de las drogas, profundos desgarros.

– Burbujas en las telecomunicaciones e inmobiliarias, que eran previsibles, pero que el mercado no supo advertir ni controlar en su momento.

– Después del ataque terrorista suicida del 11 de septiembre, la represalia aceptada en Afganistán y la inaceptable invasión de Irak argumentando falazmente la posesión de grandes arsenales de armas de destrucción masiva, el «mundo globalizado» aumenta todavía la confusión y el desconcierto, y explota en el año 2007 la burbuja inmobiliaria y, todavía peor, en Estados Unidos la de los créditos humo. Frente a esta situación, que afecta especialmente a la situación financiera norteamericana, la Unión Europea, ya elegido Obama, cede en Camp David el liderazgo al presidente George Bush, que pretende sanar la averiada economía mundial con la misma fórmula que había llevado a la múltiple crisis (financiera, política, social, medioambiental, alimenticia, democrática, ética...) que padecía la humanidad: el mercado.

De nuevo la solución neoliberal, aceptada incomprensiblemente por los aliados europeos, aplicada por un grupo de plutócratas, ampliado en esta ocasión a veinte. El G20 adopta el rescate urgente de las instituciones que, en buena medida, habían conducido a la grave situación que ahora debía enfrentarse. No había dinero para la lucha contra la pobreza y el hambre, o contra el sida, y de pronto aparecen inmensos caudales disponibles para recuperar en Estados Unidos y en Europa el quebranto bancario (720.000 millones de dólares en Estados Unidos y más de 400.000 millones en la Unión Europea). Eso sí, el G20 decide que ahora se establecerán rápidamente las normas de regulación apropiadas y desaparecerán de inmediato los paraísos fiscales.

— No se ha regulado nada. Los paraísos fiscales siguen colmados; los tráficos de toda índole amenazan, especialmente en el caso de las drogas, la seguridad en varios países del mundo; un desempleo rampante (en especial en los países que más pomposamente, como España, presumían de construir más edificios que el resto de toda la Unión Europea)... A todo ello se añade el desencadenamiento, gracias al ciberespacio, de los movimientos de liberación en el Magreb, iniciado en diciembre de 2010 en Túnez.

— Hoy, otra vez, y ésta es una causa que debemos tener muy en cuenta a la hora de establecer nuevos rumbos para una salida digna de la situación presente y empezar a construir un futuro distinto, las instituciones rescatadas vuelven a manifestar unos inmensos beneficios. Hace poco Exxon Mobil anunciaba que en el año 2010 había ganado más de treinta mil millones de dólares y las empresas del IBEX 35 no sólo mostraban cuantiosas ganancias sino que resultaba que el 80 por ciento de sus empresas tienen presencia directa en paraísos fiscales a través de sociedades participadas.

CONSECUENCIAS

1. Desequilibrios sociales gravísimos en todo el mundo con umbrales de pobreza extrema hasta el punto de inanición y muerte por hambre (se calcula en más de setenta mil personas diarias), con grandes problemas de integración y convivencia en países que ahora presentan altos índices de desempleo.

2. La explotación de los recursos naturales en algunos países, como el coltán en el Congo o la bauxita en Guinea Conakry, sigue sin resolverse y, de nuevo, con enfoques exclusivamente económicos, se considera que tanto Uganda como Ruanda están incrementado el PIB de manera convincente cuando lo único que en realidad ocultan es el tráfico de la columbita-tantalita que procede de la región de los Kivu.

3. A la explotación hay que unir la adquisición de tierra, extraordinariamente preocupante, por parte de algunos países como Corea del Sur y de China, convertida en el gran país capitalista-comunista, que adquiere los bonos y la deuda exterior de muchos de los países globalizadores.

4. Medioambiente. El cambio climático no es más que el iceberg visible de un profundísimo deterioro del medioambiente, en particular por la gran producción de gases con efecto invernadero, sobre todo CO₂ procedente de la combustión de carburantes fósiles, que se ha ido incrementando de manera exponencial en las últimas décadas. Una vez más la mentira, todavía impune, que utilizaron los grandes productores de petróleo cuando en 1981 crearon una fundación con la finalidad de contrarrestar los resultados que expuso la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos en 1979, advirtiendo de que debía reducirse la producción de anhídrido carbónico y facilitarse su recaptura por los océanos, auténtico pulmón de la Tierra, que estaba a su vez disminuyendo por la asfixia que producían en el fitoplancton marino los vertidos que para el lavado en alta mar de los tanques de transporte —en lugar de acudir a las instalaciones portuarias adecuadas— se realizaba, una vez más,

para obtener mayores beneficios en la política del «todo vale» que ha caracterizado a la economía neoliberal.

Al deterioro del aire y del mar se ha unido el del suelo con una gran deforestación y contaminación producida por el uso de sustancias químicas de síntesis (abonos, fertilizantes, plaguicidas...).

La fusión progresiva del Ártico es uno de los temas que deberían rápidamente abordarse con el fin de poder obtener, al menos, la contención de un fenómeno que podría llegar a elevar el nivel del mar, lo que originaría gravísimos problemas no sólo a determinados Estados-isla sino, en general, a todos los países en sus costas.

EL GRAN DOMINIO

El gran dominio se halla representado por los siguientes poderes a escala mundial:

— Poder militar: los gastos militares y de producción de armamento en Estados Unidos han representado en el año 2009 más de 800.000 millones de dólares, seguido a distancia por China con casi 100.000 millones, Rusia en tercer lugar... Como ya he indicado, se calcula que en la actualidad representan cuatro mil millones de dólares diarios y constituyen la primera reacción a todas las crisis: armarse más, aumentar los dispositivos de defensa, en la conciencia de que la mayoría de ellos se refieren a artificios bélicos propios de guerras pretéritas. Con muy buen sentido, el presidente Obama, hace ya un año, indicó a su secretario Robert Gates que debía revisar las estrategias actuales y, en consecuencia, la producción de armamento para impedir que se siguiera favoreciendo a los colosos industriales cuyo material ya no tenía justificación dadas las características de los enfrentamientos actuales.

— El poder energético concentra en muy pocas manos la producción, la distribución y la venta de petróleo que, a pesar de todas las advertencias, ha seguido incrementándose en el año 2010. Una vez más la contaminación del medioambiente y pensar en las generaciones futuras han cedido el paso a la inmensa inercia de un consumo que debería, en muy poco tiempo, moderarse no sólo como una exigencia ética sobre todo, sino para evitar que se siga deteriorando la habitabilidad de la Tierra. Ahora, de nuevo, el precio del petróleo vuelve a ensombrecer los tenues indicios de recuperación económica a escala mundial y nacional.

— Poder económico basado, en muy buena medida, en la especulación y el uso de agencias de calificación con instituciones internacionales que no supieron nunca alertar en su momento y que ahora, en cambio, se pasan el día opinando sobre la marcha de la economía, siempre con los mismos criterios que han demostrado ya sobradamente hasta qué punto son nocivos a la humanidad, con actuaciones que no tienen nada que ver con la situación real y el bienestar social de los distintos países.

– Poder mediático: los medios de comunicación se hallan concentrados progresivamente en muy pocas manos de tal modo que la información partidista y la proliferación del entretenimiento convierten a muchos ciudadanos en espectadores impasibles y mal informados.

POSIBLES SOLUCIONES

Los diagnósticos ya están hechos en prácticamente la totalidad de los casos. Ahora es tiempo de acción. Hace bien poco el Centro Complutense de Estudios e Información Medioambiental ha presentado el Informe Cambio Global España 2020/50, sobre energía, economía y sociedad, que pone de manifiesto que lo que ahora es realmente apremiante es la acción. Es tiempo de actuar:

- Energías renovables.
- Desarme.
- Regulación de los flujos financieros y eliminación de los paraísos fiscales.
- Sustitución de la gobernación por grupos plutocráticos por unas Naciones Unidas debidamente reforzadas, dotadas de los medios personales, técnicos y financieros adecuados.
- La igualdad, la justicia social, la conciliación y la armonía deben ser, con el medio natural, los fundamentos del mundo venidero.

Son necesarias alternativas imaginativas. A este respecto es muy importante la Renta Básica de Ciudadanía (RBC) que, especialmente en tiempos de crisis como el actual, aliviaría de inmediato la situación por la que están pasando miles de familias, en especial en España por el parón inmobiliario. Con carácter urgente podría aprobarse su implantación para todas aquellas personas mayores de 18 años que por haber perdido su empleo, por su condición de pensionistas o por otras razones percibieran prestaciones inferiores al salario mínimo interprofesional, que sería el umbral de referencia.

También debería decidirse la aplicación inmediata de nuevas fórmulas de financiación alternativas, como la que se refiere a la tasa sobre transacciones de divisas, según se propuso a las Naciones Unidas en la Declaración sobre fuentes innovadoras para el financiamiento de la «Iniciativa contra el Hambre y la Pobreza» en 2008.

Es también imprescindible descubrir y regular la economía sumergida que, según recientes estudios, representa en España una evasión fiscal de veinte a treinta mil millones de euros al año.

La crisis sistémica no se puede abordar simplemente insuflando recursos económicos o impulsando la producción de sectores clásicos de la economía sino con un cambio profundo centrado en la sostenibilidad humana y ambiental.

Parece muy atinada la conclusión de que, en el fondo, lo que está sucediendo es que «se han privatizado las ganancias y se han socializado las pérdidas». Es, pues, una ocasión histórica para redefinir el sistema económico mundial a favor de la justicia social. ¡Ha llegado el momento derescatar a los ciudadanos!

Todos estos cambios pueden hoy hacerse realidad. Para ello es imprescindible la implicación personal. ¡Reacciona!

Por primera vez en la historia es hoy posible la participación no presencial, a través del ciberespacio, no sólo para reforzar la democracia sino para movilizar a todos los ciudadanos.

Hoy debemos todos unir nuestra voz para hacer posibles las grandes transiciones:

- Social, basada en la igual dignidad de todos los seres humanos.
- De una economía de especulación y guerra a una economía de desarrollo global sostenible.
- Desarme (en el informe titulado Una crisis encubierta: conflictos armados y educación, que acaba de publicar la UNESCO, se describen los desgarros sociales que producen los conflictos y la necesidad de progresivamente aplicar fondos que hoy se destinan a armas a la educación, que sigue siendo la base fundamental para las conversiones que podrían conducir a la nueva era que está a nuestro alcance).
- Energías alternativas sostenibles: solares (fotovoltaica y termosolar), eólica, termomarina, hidrógeno, fusión...
- Relocalizar la producción y favorecer la producción y el consumo cercanos para evitar, además de gastos superfluos, impactos negativos en el medioambiente.
- Calidad de vida: producción de alimentos (agricultura, acuicultura y biotecnología), acceso al agua (embalse, conducción, gestión, producción por desalinización...), acceso a los servicios de salud, educación para todos a lo largo de toda la vida.
- Cultural: de súbditos a ciudadanos. Mediante una educación que permita superar la situación de receptores indiferentes y apáticos, lo que los convertiría en actores de su vida, en personas educadas —es decir, que actúan según ellas mismas deciden libremente—, capaces de contrarrestar el inmenso poder mediático y alcanzar la ciudadanía plena.
- Gobernación internacional: como ya he indicado, es indispensable poder transitar rápidamente desde la plutocracia de los grupos G a unas Naciones Unidas refundadas, con una Asamblea General que, como indica la Carta, represente a «los pueblos», integrada —como en el caso de la OIT— por Estados pero también por representantes de instituciones internacionales y de ONG.

— De una cultura de guerra a una cultura de paz. La gran transición, ya lo he subrayado, es la que nos permitiría transitar de la fuerza a la palabra, de la utilización de la violencia a la conciliación, a la concertación. A través de la educación para la paz y el respeto de los derechos humanos, para el ejercicio de la democracia, para la participación activa, para la equidad de género y el desarrollo sostenible, para la libertad irrestricta de expresión... se construirá sin duda alguna el otro mundo posible que desde hace años ha constituido el «anhelo de Porto Alegre».

Es necesaria la anticipación, la invención del mañana, liderada por las comunidades académica, científica, intelectual y artística, en suma, por la comunidad creadora, que no sólo debe iluminar los caminos del presente sino, sobre todo, avizorar los del porvenir.

Es imprescindible una «evolución acelerada», en palabras de José Monleón, para evitar la revolución, que siempre puede tener tintes de violencia.

Disponemos ahora de los elementos fundamentales para promover la transición:

— Una visión global, que nos permite comparar y afirmar nuestro compromiso con las generaciones venideras.

— Una mayor participación femenina en la toma de decisiones.

— Y la posibilidad de manifestar la opinión y movilizar a la ciudadanía a través de la moderna tecnología de la comunicación. Ahora, en efecto, es posible el cambio. Ahora es posible, a través del ciberespacio, reclamar una gobernación que tenga en cuenta el valor de cada vida, sin excepción, evitando una vez más la insolidaridad que ha permitido que se llegue a las inadmisibles asimetrías actuales. Los ciudadanos ya no permitirán que siga el acoso de los mercados a los políticos, la deslocalización productiva actual, la evasión fiscal.

Ahora es posible la movilización popular. Ahora nos sentimos, como se indica en el segundo párrafo de la Declaración Universal, «compelidos» a la rebelión pacífica. El tiempo apremia. Es la hora de la ciudadanía, de «Nosotros, los pueblos...».

¡Ha llegado el momento de «superar los límites de lo posible»! ¿Soluciones utópicas? Se trata de hacer realidad mañana lo que hoy se empeñan en hacernos creer que es imposible.

Eduardo Galeano nos ha recordado con clarividencia que los horizontes utópicos se alejan a medida que caminamos hacia ellos. Pero ¡hemos avanzado!

Nadie puede esperar cosechar frutos de semillas que no ha plantado.

Hace unos años escribí: «Alzaré mi voz hasta que toda ligadura haya sido desatada». Como nos solicitó José Ángel Valente, debemos reaccionar ante «lo que hemos destruido / sobre todo en nosotros... Es tiempo / de dolor. Es tiempo, pues, de alzarse». ¡Reacciona!

Baltasar Garzón (Torres, Jaén, 1955) es magistrado y consultor de la Fiscalía de la Corte Penal Internacional. Es titular del Juzgado de Instrucción número 5 de la Audiencia Nacional aunque está suspendido de sus funciones tras ser imputado por intentar investigar los crímenes del franquismo por la querrela interpuesta por organizaciones de extrema derecha. Es doctor honoris causa por más de una veintena de universidades y entre los procesos judiciales más relevantes que ha instruido se cuenta la causa contra Augusto Pinochet y las dictaduras de Chile y Argentina, el terrorismo de Estado de los GAL, el caso Gürtel, el terrorismo de ETA o el narcotráfico en Galicia.

Alguien ha dicho que nos ha tocado vivir los tiempos de la vergüenza, la mediocridad y la renuncia.

VERGÜENZA por el abandono de unos principios que nos deberían ayudar a afrontar y superar los retos de una crisis económica fabricada por un capitalismo rampante, prototipo de la corrupción política y económica alineada con la libre evolución de los mercados y la incompetencia de unos líderes políticos y responsables económicos más atentos al aprovechamiento personal y corporativo que al servicio público y progreso social al que, respectivamente, se deben.

MEDIOCRIDAD, porque se ha desarrollado una visión alicorta de la situación política, social y económica en la que todos tratan de destruirse escupiéndose necesidades a la cara, pero olvidando tomar decisiones consensuadas en beneficio de los ciudadanos. El interés inmediato es el interés del poder, pero sin una idea clara de qué hacer con él más allá de la simple detentación del mismo.

RENUNCIA, porque, culpablemente, todos, en un escenario de corresponsabilidad, estamos consintiendo y propiciando esa situación sin desarrollar una exigencia firme, sosegada y definitiva de rendición de cuentas a la sociedad y sin participar para que la situación cambie. Se ha cedido de forma definitiva a la acción de los que siempre detentan el poder real en una sociedad galvanizada y adormecida a la que cada vez más se le restringe el protagonismo en la esfera de los acontecimientos que la afectan y marcan su destino. El conformismo ante lo inevitable se ha convertido en la regla, cuando en realidad debería ser esa misma sociedad civil la que quebrara la inercia impuesta arteramente por los partidarios de que la situación no cambie.

Los falsos líderes, a imagen de los exaltados telepredicadores que vociferan en los canales de la televisión por cable, aparecen como salvadores de las conciencias de esa sociedad sumisa, sometida al encanto del insulto y la vaciedad.

Frente a todo esto es preciso REACCIONAR y llamar a las cosas por su nombre.

¿QUÉ LE PASA A LA SOCIEDAD CIVIL ESPAÑOLA QUE NI SIENTE NI PADECE?

Parece que en lo único que nos ponemos de acuerdo es en el tipo de reality show que veremos por las noches.

A lo largo de los días en España y fuera de nuestras fronteras se producen muchos acontecimientos que, cada uno por sí solo debieran hacer estallar las conciencias de los ciudadanos más indiferentes.

Son noticias que hablan de muertes masivas, de violencia institucional, de masacres de niños, de violaciones sistemáticas de derechos humanos de cientos de miles de personas.

Sin embargo, estas noticias al poco tiempo no son siquiera recordadas. Otros muertos, otros atropellos y múltiples despropósitos internacionales ocupan su lugar y como siempre la gran masa permanecerá indiferente.

Hace unas semanas leía en La Vanguardia una serie de artículos, publicados por el periodista Martín de Pozuelo, que desvelaban para el gran público que, según los últimos estudios de los grupos que están peleando porque no desaparezca la atención sobre la memoria histórica de las víctimas de los crímenes franquistas, las desapariciones forzadas de personas estarían próximas a las trescientas mil personas. También asistí con sorpresa a la desaparición de un buen canal de televisión como es CNN+ en diciembre de 2010 y a su sustitución por Gran hermano 24 horas y después por otro programa de menor nivel intelectual. Estas dos noticias, por diferentes razones, deberían hacer estallar las conciencias de las personas con un mínimo de compromiso social. Sin embargo, cuesta trabajo encontrar a quienes las hayan leído y asimilado para reaccionar.

Por otra parte asistimos escandalizados y perplejos a la serie de noticias relacionadas con un prominente político italiano y sus supuestas acciones libertinas y soeces, ejecutadas con claro abuso de su posición política, y no pasa nada. Un poco de caída electoral, pero si el control mediático es adecuado incluso la situación se torna favorable al personaje.

Estas y otras anécdotas demuestran el desinterés de la sociedad en general y de los jóvenes en particular por cosas que realmente merecen la pena y por la regeneración democrática de la sociedad.

VIVIMOS EN EL INSTANTE

Todo esto y mucho más acontecen en un momento. Es la disección del instante en el que el núcleo del problema es extraído del baúl del olvido y de la indiferencia. Y esa realidad, que debería generar debates muy serios y conclusiones determinantes para el cambio, se convierte en anécdota o comentario de tertulia de los más comprometidos. Los demás, ni caso.

Por desgracia la capacidad de indignación, motor de la capacidad para reaccionar, está vacía. El nivel de adormecimiento es muy peligroso porque conduce al desinterés más absoluto por lo público y por lo solidario. Nada es mío y, por tanto, nada tengo que hacer por mejorarlo.

Por ejemplo, en el ámbito de la corrupción. La corrupción como fenómeno que genera injusticia y desigualdad entre los ciudadanos debería levantar océanos de protestas y rechazo frente a quienes deberían ofrecer respuestas para erradicar esas prácticas torticeras en una sociedad y no lo hacen. Por el contrario en España todo es diferente, la situación se torna peculiar porque no da miedo ser corrupto, incluso se festeja al que lo es, lo que preocupa y desfavorece es que te descubran.

«Sabemos^[1] de casos de flagrante corrupción en los que se han visto envueltos ciertos políticos (de primer nivel local, autonómico y nacional en España) cuyos apoyo electoral y apreciación política no se han visto afectados por semejante

conducta. Más bien al contrario. Incomprensiblemente, las máquinas propagandísticas (y los mecanismos de manipulación mediáticos) de los partidos, o de algunos de ellos, anestesian la memoria de los ciudadanos para conseguir el olvido o, al menos, la condescendencia ante la promesa de que determinados hechos no volverán a producirse y que la limpieza y la pureza de la gestión serán en el futuro la norma». Pero no es verdad, lo cierto es que actúan con trampa para captar el voto y desprecian al ciudadano crédulo y acrítico que consiente en el engaño porque es más cómodo hacerlo que enfrentarse y denunciar esas prácticas.

Es ese conformismo culpable, el que ha hecho que «la ética^[2] en la gestión pública sea considerada hoy día por muchos como una monserga moralista que ni siquiera los más puros se plantean (porque) si lo hacen serán tachados de románticos trasnochados o utópicos impenitentes. La corrupción, especialmente la ideológica, ha penetrado en las mentes de muchos y asistimos impávidos a una especie de aniquilación moral controlada por algunos medios de comunicación, económicos y políticos que nos hacen olvidar la esencia del compromiso y de la responsabilidad como bases del sistema democrático».

VER, OÍR Y CALLAR

Esto, necesariamente, tiene que cambiar, este consentimiento indiferente tiene que revertir, en especial en los jóvenes, en un compromiso militante frente a la corrupción. La sociedad, con independencia del signo político que ostenten quienes incurren en estos comportamientos, debe denunciarlos y expulsarlos de la representación que pretenden, porque un corrupto no representa a nadie más que a su propia indignidad. Los ciudadanos tenemos que reivindicar el espacio que algunos formadores de opinión, debidamente asalariados por aquéllos, han ocupado, usurpando el lugar que nos corresponde. No podemos renunciar a conseguir que los líderes y los representantes populares abandonen la demagogia y la mentira a cambio de permanecer en un puesto que honesta y democráticamente no les corresponde desde el momento en el que quebrantan el acuerdo con el ciudadano sellado en una elección democrática. Consentir que esto permanezca y asistir impasibles, una o mil veces más, a los discursos fatuos que justifican este estado de cosas nos embrutece como personas y nos descalifica como miembros de una comunidad democrática que responde y se mide de unos principios opuestos al aprovechamiento: la desidia, la inmoralidad y el oportunismo.

Yo propongo a todos los partidos políticos concurrentes a las próximas elecciones, más allá de la suscripción de códigos éticos, que no hagan buena la frase de un ex presidente español cuando decía a un candidato novel que le sugería no hacer tantas promesas electorales: «Las promesas en campaña electoral se hacen para no cumplirlas»; un lema electoral común: «No mentiremos a los ciudadanos», «No prometeremos nada que no cumplamos», «No jugaremos con la necesidad y la esperanza del pueblo», «No subastaremos sus sentimientos y legítimas aspiraciones», y también, por qué no, les haría una petición: «Hagan que los ciudadanos españoles crean en la política».

Y a los miembros más veteranos de esta sociedad del siglo XXI les pido y casi les exijo que dejen de estar mediatizados por el miedo, la timidez, la trivialidad de los compromisos sociales, por las falsedades religiosas, por las actitudes pasivas que nos asemejan a una especie de avestruz humana que esconde la cabeza debajo del forro de la chaqueta y que se tapa los oídos y los ojos para no vivir lo que ocurre ante nuestros ojos, siguiendo el lema de «ver, oír y callar».

Este ejemplo es nefasto para las generaciones más jóvenes. Si hemos contribuido a crear espacios en los que la responsabilidad y el compromiso son inexistentes y a que las expectativas de futuro sean más bien escasas, pongámonos las pilas y hagamos algo para corregirlo y resucitar el interés por lo público, por lo social y por lo político.

Me dan igual la profesión o el empleo del sujeto, pero siempre existirán categorías de personas: unos, los que sobreviven; otros, los que viven del esfuerzo de los demás; otros, los que se esfuerzan, y por último aquellos que simplemente son espectadores. Con ser malos los que se aprovechan de los demás, estos últimos (los espectadores) son los más perversos porque para ellos todo acontece como en una película. Pagan su entrada y ello les da derecho a un sitio preferente para disfrutar del espectáculo y criticarlo, pero sin participar en él; cuando termina la representación, se marchan a su casa en su cómodo vehículo y continúan viviendo en el magma amorfo y vacío de una prosperidad diseñada por hábiles manos que todo lo mueven, que todo lo saben y que todo lo controlan.

Por desgracia en el mundo occidental actual hay demasiados espectadores y pocos protagonistas. Vivimos en una sociedad epidérmica preñada de superficialidad en la que a quienes se comprometen y pelean por mejorar y cambiar las cosas se los persigue y aniquila.

Como decía antes, es indiferente la profesión, pero me preocupa profundamente la moda generalizada en determinados medios de comunicación que se impone por momentos, y en la que el insulto y la descalificación son gratuitos y abundantes en detrimento del diálogo, el respeto y la discrepancia. Debería indignarnos cada vez más la proliferación de cadenas con apoyos políticos y empresariales claramente definidos, cuyos programas de televisión basan el éxito en atemorizar y amedrentar a la ciudadanía diciendo a la mitad de España que la otra mitad está formada por una banda de cabrones egoístas e incompetentes. Para hacerlo tan sólo cuentan con el argumento del grito y la expresión soez, y con ello faltan a la más elemental ética y al respeto a la diferencia que deben revestir la convivencia democrática.

Otra cosa que nos debería preocupar seriamente es la despreocupación por que los jóvenes y los niños conozcan desde las escuelas los hechos históricos determinantes que acontecieron en España y que durante más de cuarenta años se ocultaron. En todos los países democráticos que conozco y que han tenido un periodo dominado por la represión y la dictadura se han hecho esfuerzos para contarlos y explicarlos en los planes de enseñanza; como también se ha intentado dar una respuesta desde la justicia. Aquí setenta y cinco años después todavía se sigue sin reconocer una parte de la historia.

Todos deberíamos sentir que algo muy injusto se está produciendo alrededor. Casi todos nos damos cuenta de que los valores democráticos están a la baja y no nos rebelamos. Todos asistimos al cambio de protagonismo en la esfera pública y privada en la que determinadas corporaciones marcan el ritmo y la melodía y casi nadie hace nada.

Pero sería injusto afirmar lo anterior con carácter absoluto. Por fortuna hay miles de personas en el mundo que entregan su vida por un ideal o en un trabajo solidario, humanizando los proyectos de cooperación, vigilando para evitar los latrocinios que se cometen con la cobertura de una ayuda humanitaria por falta de control. Son estos modelos los que una sociedad vigilante y comprometida debe seguir para cambiar las cosas, coordinando todos los esfuerzos en una forma permanente y sistemática hasta el punto de denunciar y hacer que se persigan las omisiones culpables.

Por ejemplo, lo que sucede en Haití, lo que tiene lugar en Somalia, en Myanmar, Afganistán o Pakistán, por citar sólo algunos de los más extremos; o lo que también está pasando en España con la renuncia a conquistas judiciales como la de la jurisdicción universal. Frente a un retroceso tan cierto como evidente, aunque se adorne de falsas ventajas, que redunda en perjuicio de las víctimas y a favor de la impunidad, debemos protestar y reaccionar a la vez que sentir vergüenza por esta triste decisión. España, que había conseguido un lugar en el mundo por la defensa de este principio y por su aplicación, hecho que despertó la esperanza de miles de víctimas, se ha hundido en la fosa de la vulgaridad jurídica al volver a defender una visión localista y estrecha del derecho penal internacional y de los derechos humanos.

LOS DERECHOS HUMANOS

La renuncia a las conquistas en pro de esos derechos humanos, entre los que se encuentra el derecho de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación, es el atentado más peligroso para una democracia que aspira a consolidar un liderazgo moral en la esfera internacional. Los que han propiciado esto no pasarán a la historia como aquellos que defendieron a los más necesitados de protección sino como los que facilitaron la impunidad de los perpetradores de las mayores masacres de la historia. Ésta es la realidad de una España que permite la existencia de cientos de miles de víctimas sin reconocerles la categoría de tales. Su olvido es su vergüenza.

En la sociedad globalizada actual, junto a los avances de la técnica y de los nuevos mecanismos de comunicación que han devenido en instrumentos indispensables para la democratización de las estructuras de participación y que están cambiando la relación de los ciudadanos con sus representantes, se han desarrollado las lacras de la guerra, del terrorismo, del crimen organizado, de la corrupción, del narcotráfico, de la violencia de género, de la xenofobia, de la intolerancia, de la exclusión, del racismo y de la impunidad. Frente a todas ellas los jueces deben asumir un papel protagonista, abandonando la vieja función de meros mediadores de normas. Deben ser profesionales dinámicos, científicamente preparados, responsables, de firmes convicciones democráticas,

informados y esencialmente comprometidos con la sociedad a la que sirven para defenderla, sea cual sea el poder al que se enfrenten, de aquellas amenazas.

La JUSTICIA no sólo hay que aplicarla sino que también los ciudadanos deben percibirla así para ganar confianza en el sistema al comprobar que la independencia y la imparcialidad judiciales son una realidad y una garantía razonables. Es esa razonabilidad la que debe impregnar el ejercicio de la profesión de juez por encima del sectarismo ideológico, la cobardía, el miedo o la sumisión al poder político, orgánico o económico de turno.

Para desarrollar esa difícil labor, sobre todo cuando ésta se desempeña en su más alto grado, la dedicación a la misma no puede ser a tiempo parcial, ni puede estar contaminada por relaciones con colegios profesionales, empresas, despachos, entidades y personas con los cuales puede tener una relación de administración de Justicia. La integridad no sólo debe ser una afirmación en la carrera judicial, sino, sobre todo, un hecho constatable y fuera de toda duda. Hay que recuperar la imagen inmaculada del juez y para ello la sociedad debe exigir transparencia en la actuación y una evaluación permanente de la labor desarrollada por los operadores del Derecho.

LA INDEPENDENCIA JUDICIAL

La independencia judicial es una necesidad en una sociedad democrática, pero no es un privilegio de unos pocos, sino una obligación anudada a la responsabilidad y la legalidad. El juez independiente es un juez responsable. Pero esa independencia debe proclamarse tanto hacia fuera como hacia dentro respecto de los organismos y de las estructuras que gobiernan y dirigen la Administración de Justicia. El diseño de cualquier carrera judicial permite que puedan existir jueces subjetivamente subordinados al poder interno, cuando, frente a sus requerimientos, asumen no incomodar a aquellos que deciden las promociones, los nombramientos y los reconocimientos profesionales. Por eso ningún cargo judicial debería ser vicario de una determinada asociación ni vitalicio, en especial en la cúspide de la pirámide, porque esa circunstancia puede derivar o generar un poder corporativo que al carecer de contrapeso equivalente puede producir inseguridad jurídica en quienes están bajo la vigilancia jerárquica de quien impone una especie de dependencia interpretativa de la ley y dominan esa instancia. Ello, de hecho, puede conducir a la eliminación de la libertad y de la autonomía en la interpretación de las normas en instancias inferiores.

La amenaza de que una determinada forma de interpretar las normas se criminalice, cuando contradice esa interpretación oficialista, es suficiente para acabar con la independencia judicial.

Pero la reacción ciudadana no debe limitarse a denunciar los déficits de la Administración de Justicia —cuyos titulares, con carácter general, hacen una buena aunque insuficiente labor en los ámbitos civil, penal, social y contencioso—, sino principalmente a exigir a aquellos que no son capaces de ofrecer soluciones creíbles y que actúan por intereses particulares, políticos o corporativos en la designación de los cargos judiciales o constitucionales que

asuman su labor democrática en favor del servicio público y en defensa de la Constitución. No pueden continuar sin hacerse efectivos los nombramientos de magistrados del Tribunal Constitucional o del Tribunal Supremo porque los intereses políticos de los grandes partidos lo impidan. Esta parálisis demuestra por una parte que se antepone el interés privado de un partido político determinado que cuenta con la aparente sumisión del candidato por encima de la exigencia del correcto funcionamiento democrático de las instituciones y por otra que priman esos intereses asociados sobre la necesidad de que el máximo órgano de la justicia constitucional funcione al completo. Debería introducirse un mecanismo según el cual existiera un tiempo máximo preceptivo para tales designaciones y en caso de no cumplirlo se exigieran responsabilidades políticas al más alto nivel.

Por último y aunque ya he mencionado el tema de los medios de comunicación hay una cuestión que me interesa resaltar y es el papel que desempeñan éstos en el campo de la Justicia, y cómo conjugar los intereses de la información con la defensa de los derechos de los justiciables, sobre todo en las causas penales.

Por desgracia en España no existe ningún mecanismo de regulación de estas situaciones entre las estructuras afectadas. Los jueces y los fiscales y demás funcionarios judiciales y policiales, expertos, etcétera no firman a la toma de posesión de su cargo ninguna cláusula de confidencialidad; tampoco lo hacen los profesionales del derecho; y por su parte los medios carecen de códigos al respecto. De modo que todos están sometidos a las normas generales de la Constitución, la Ley de Enjuiciamiento Criminal y al Código Penal. En principio esto debería ser suficiente, pero no lo es.

Resulta ciertamente desalentador comprobar el poco ánimo de respetar el secreto sumarial por parte de los primeros como la poca voluntad de racionalizar la información sobre causas judiciales por parte de la mayoría de los segundos.

Así, en una especie de carrera de velocidad, el primer grupo compite facilitando información, muchas veces poco objetiva, y el segundo la utiliza en función de los propios intereses, y todos contribuyen a que la Administración de Justicia se degrade y no deje de ser una de las instituciones peor valoradas por los ciudadanos españoles y a que se destruya la credibilidad de la misma en sus actuaciones. Nadie o muy pocos tienen en cuenta los derechos en juego. El respeto de los mismos no impide faltar a la verdad, intoxicar e incluso manipular para obtener una información exclusiva o adecuada al propio interés defendido. En el camino se pierde la eficacia y la seriedad de una institución básica del Estado.

Frente a esta realidad los ciudadanos debemos reaccionar rechazando el juego perverso de los que juegan y comercian con el engaño y se aprovechan de la posición de debilidad que algunos afectados padecen. La falsedad de algunas informaciones, conscientemente aireadas por los que las propalan, debería ser inmediata y obligatoriamente reparada ante el desmentido por el responsable de la investigación, porque cuando así no se hace los acontecimientos posteriores exculpatorios en el seno de la causa penal no impedirán el daño ya consumado en la persona afectada.

EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL

Por todo lo anterior es preciso REACCIONAR PARA AVANZAR EN LA CONSECUCIÓN de cambios sustanciales y definitivos que contribuyan a generar una conciencia clara que evite la destrucción de la sociedad actual como comunidad de encuentro y solidaridad.

Es el momento de que la SOCIEDAD CIVIL ACTÚE UNIDA, mano con mano, hombro con hombro, como en las grandes ocasiones en las que ha sido convocada a salvar la situación. Hoy es el momento en el que, más allá del esfuerzo diario de sobrevivir, debemos ser capaces de poner fin a las acciones de los que quieren aprovecharse de las instituciones, corrompiéndolas y destruyéndolas, y de conseguir su expulsión de la vida pública.

Es ciertamente el tiempo DE REIVINDICAR la presencia y puesta en práctica en la vida pública de los VALORES BÁSICOS que conforman la convivencia en democracia.

Es el momento de EXIGIR UNA VERDADERA INDEPENDENCIA E IMPARCIALIDAD de los jueces, pero también de exigir PROBIDAD E INTEGRIDAD de los mismos ahuyentando cualquier forma de presión jerárquica que limite aquellos valores.

Es también la hora de DENUNCIAR EL ANQUILOSAMIENTO de ciertas instituciones por culpa de intereses de partido.

Es la definitiva ocasión de CONSTRUIR UNA SOCIEDAD MÁS LIBRE, INCLUSIVA, DEMOCRÁTICA Y EN PAZ, y en la que todos asumamos, sin trampas, la erradicación de la violencia como mecanismo de participación política y el respeto a la diversidad en una sociedad universal.

También es indispensable un verdadero CONTRATO DE LOS POLÍTICOS CON LOS CIUDADANOS ante los que, en forma directa y sin intermediarios, rindan cuentas de su actuación política, abandonando los escudos que hoy encuentran en las burocracias de los aparatos de los partidos y hacerlo sin regates cortos ni trampas.

Es el momento, en fin, de encontrar el EQUILIBRIO ENTRE LIBERTAD, DEMOCRACIA, SEGURIDAD Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA.

Mis últimas palabras van dirigidas a los que dedican su esfuerzo a luchar por la justicia, la verdad y la reparación a las víctimas de tantas atrocidades, y que a veces son olvidadas, denostadas, culpabilizadas o tratadas de forma selectiva. Todo esfuerzo es poco para conseguir una auténtica reparación. Todas las instituciones y los responsables públicos y, más aún, toda la sociedad estamos obligados a comprometernos hasta que definitivamente se obtenga esa meta.

«Las víctimas nos muestran el camino que debemos seguir si queremos recuperar nuestra dignidad, porque ellas nunca la perdieron»^[3].

ARTÍCULOS

Todo ciudadano/a tiene derecho a una política honesta y sin corrupción ejercida por representantes directamente elegidos por el pueblo.

Todo ciudadano/a tiene derecho a una justicia independiente e imparcial, responsable y comprometida con la sociedad, que otorgue a las víctimas una verdadera reparación y protección de sus derechos.

Todo ciudadano/a tiene derecho a unos medios de comunicación libres, alejados de la manipulación y que ofrezcan información veraz y contrastada.

Juan Torres López

Juan Torres López es doctor en Ciencias Económicas y Empresariales y catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Sevilla. En la Universidad de Málaga ha sido director de Departamento, vicedecano en dos ocasiones, decano de la Facultad de Derecho y vicerrector de Ordenación Académica y Profesorado. Ha ocupado también el cargo de secretario general de Universidades e Investigación de la Junta de Andalucía. Es miembro del Consejo Científico de ATTAC España. Sobre la crisis actual ha escrito los libros Desiguales. Mujeres y hombres en la crisis financiera, con Lina Gálvez Muñoz, y La crisis de las hipotecas basura. ¿Por qué se cayó todo y no se ha hundido nada?, y más de un centenar de artículos descubriendo y divulgando sus entresijos. Además de publicar otros libros y numerosos artículos científicos y de divulgación y análisis político, ha impartido clases y ha dictado conferencias en diversas universidades e instituciones y colabora de forma habitual con sindicatos y organizaciones sociales y políticas de todo tipo.

Blog. Ganas de escribir: www.juantorreslopez.com

El premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz titula los capítulos cuatro y cinco de su libro sobre la crisis Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial de forma bien significativa: «El fraude de las hipotecas» y «El gran atraco estadounidense». Me parece que lleva razón porque los engaños y las mentiras continuadas que vienen acompañando a la crisis son su principal característica.

En este texto quisiera referirme a algunas de estas mentiras, a las que me parecen más escandalosas y que más han circulado precisamente porque eran las más efectivas para lograr el fin que se pretendía divulgándolas: la desmovilización ciudadana ante el reforzamiento del poder de los de siempre. Algo que sólo se puede conseguir si se le oculta a la gente lo que de verdad sucede y si al mismo tiempo se desvía su atención de los asuntos capitales a los más intrascendentes o si se crea un clima de shock, de temor y de incertidumbre.

«ESTO ES POCA COSA, UNA SIMPLE PERTURBACIÓN FINANCIERA»

Los dirigentes y responsables políticos y económicos más poderosos trataron de quitar importancia desde el primer momento a la crisis que se venía encima. El presidente del Gobierno español negó durante largo tiempo que hubiera crisis; una desaceleración si acaso, decía. En el mes de junio de 2007, cuando ya se había empezado a mostrar la calamitosa situación de la banca hipotecaria de Estados Unidos, el subdirector gerente del Fondo Monetario Internacional hablaba de «la favorable situación económica mundial» y el director gerente, el español Rodrigo Rato, afirmaba en agosto que la economía internacional hacía frente a «turbulencias en los mercados financieros» pero que «mantendrá su buena marcha». En octubre de ese mismo año el Comité Monetario y Financiero Internacional de la Junta de Gobernadores del Fondo Monetario Internacional expresaba en un comunicado que la economía mundial «continúa estando respaldada por puntales económicos sólidos» (Las referencias de estas declaraciones y de los datos que ofrezco en este texto pueden encontrarse en mi libro La crisis de las hipotecas basura. ¿Por qué se cayó todo y no se ha hundido nada?, 2010).

El Banco de España también difundía este tipo de opiniones. En el Informe Anual de 2007 (escrito a mediados de 2008) todavía se refería a lo ocurrido en el año analizado como un «episodio de inestabilidad financiera» y sólo señalaba «algunas incertidumbres sobre la continuidad del crecimiento de la economía» pero «en horizontes más alejados».

¿Estaban en la inopia los funcionarios mejor pagados del mundo, los economistas más reputados eran simplemente ignorantes e incompetentes o sencillamente mentían?

Seguramente sufran una mezcla de todo ello.

Como dice Joseph Stiglitz, es lógico que los banqueros centrales no hicieran un análisis realista de la situación porque sólo leen lo que les da la razón. El análisis diferente al suyo simplemente no existe para ellos. Como tampoco cuenta para los economistas pagados por las grandes empresas y los bancos (como en

España ocurre con los 100 famosos que trabajan financiados por ellos en torno a FEDEA, Fundación de Estudios de Economía Aplicada), que no tienen en cuenta más que el pensamiento que les da la razón y nunca el que muestra tesis diferentes a las suyas. Es muy fácil comprobar que hay una doctrina económica oficial que se repite en los centros de poder, en las universidades y en los medios de comunicación sin dar entrada a enfoques que la pongan en cuestión. Eso es lo que explica que esos dirigentes y economistas liberales se hayan acostumbrado a mirar el mundo sólo a partir de sus postulados y que al llegar la crisis no tuvieran en cuenta a quienes, desde otro tipo de análisis más realistas, advertían del peligro.

Pero aun así es difícil creer que se trate sólo de un simple desconocimiento si se tiene en cuenta que insistían en quitar importancia a los hechos cuando esas advertencias eran ya casi un clamor generalizado.

«NADIE PUDO PREVER LA CRISIS. SE NOS ECHÓ ENCIMA DE REPENTE»

La crisis se podía prever fácilmente y se previó por muchos economistas por la sencilla razón de que no ha sido un caso aislado ni mucho menos. De 1945 a 1970, cuando había control de capitales y un claro predominio del capitalismo nacional basado en la producción de bienes y servicios, las crisis financieras se pueden contar con los dedos de una mano y sobran. Pero desde esa fecha, y sobre todo a medida en que se fueron liberalizado los mercados financieros para dar plena libertad a los movimientos de capital, las crisis financieras de todo tipo se han hecho casi una constante: los economistas Gerard Caprio y Daniela Klingebiel han contabilizado en un estudio para el Banco Mundial 117 crisis bancarias sistémicas en 93 países desde 1970 hasta 2003, y 113 episodios de estrés financieros en 17.

Muchos economistas adelantaron lo que iba a ocurrir o incluso advirtieron a sus autoridades de lo que se estaba gestando. Pero lo que ocurrió fue que éstas se cruzaron de brazos sencillamente porque lo que buscaban no era servir a los intereses públicos sino a las grandes empresas y corporaciones financieras que sólo querían cada vez más libertad de movimientos y menos control y supervisión, es decir, que las autoridades miraran a otro lado. Dos casos individuales pueden servir como prueba de lo que digo para no tener que mencionar docenas de referencias bibliográficas.

El primero es el de Brooksley Born, que fue presidenta de la Commodity Futures Trading Commission de Estados Unidos a finales de la década de 1990. Compareció numerosas veces ante el Congreso de Estados Unidos para reclamar la regulación de los llamados productos derivados (como las hipotecas basura que se iban transformando en sucesivos productos para los mercados especulativos) por considerar que estaban resultando excesivamente peligrosos para la estabilidad financiera. Pero no obtuvo nada más que negativas y votos en contra de los dirigentes económicos conservadores de las administraciones de Clinton y Bush. Era mujer y sensata y la despreciaban: «Greenspan dijo a Brooksley que ella esencialmente no sabía lo que estaba haciendo y que podía causar una crisis financiera», reconoció más tarde uno de los directivos de esa

Comisión, según hemos narrado Lina Gálvez y yo en nuestro libro *Desiguales. Mujeres y hombres en la crisis financiera* (2010).

El segundo caso es el del gobernador del Banco de España nombrado por el Partido Popular, Jaime Caruana, y del ministro español de Economía Pedro Solbes. Ambos negaron en su momento que los problemas económicos que aparecían en el horizonte tuvieran excesiva gravedad a pesar de que, según se ha sabido después, los dos habían sido advertidos del peligro nada más y nada menos que por los inspectores del Banco de España. Es cierto que éstos no les anunciaron expresamente una crisis como la que poco después se produjo pero ¿qué otra cosa se podía esperar cuando se estaba produciendo lo que ellos denunciaban?: la «complaciente actitud del gobernador del Banco de España ante la creciente acumulación de riesgos en el sistema bancario español derivados de la anómala evolución del mercado inmobiliario nacional durante sus seis años de mandato» (El Mundo, 21 de febrero de 2011).

Curiosamente pocas semanas después de que los inspectores denunciaran ese comportamiento de Caruana, éste fue sustituido y destinado al Fondo Monetario que ya dirigía Rodrigo Rato. ¿Porque ninguno de los dos se enteraba de nada o porque ambos sabían demasiado?

«ESTAMOS DECIDIDOS (...) A ALCANZAR LAS REFORMAS NECESARIAS EN LOS SISTEMAS FINANCIEROS MUNDIALES»

La frase aparece en el documento de conclusiones de la primera reunión del G20 sobre la crisis. Parecía muy firme pero lo cierto es que también los líderes mintieron entonces cuando se mostraban tan decididos a actuar porque casi dos años y medio después las reformas necesarias brillan por su ausencia.

En aquella primera cumbre del G20 dijeron: «Las instituciones financieras deben cargar asimismo con su responsabilidad en la confusa situación actual y deberían asumir la parte que les corresponda para superarla, lo que incluye reconocer sus pérdidas, aumentar su transparencia y mejorar sus prácticas de gobierno interno y gestión del riesgo».

Un año después el propio Fondo Monetario reconocía que la mitad de las pérdidas de los bancos no habían aflorado. Tras la cumbre, y en lugar de aumentar la transparencia de la banca, las autoridades permitieron que valorase sus activos deteriorados a precio de adquisición y no al actual de mercado, lo que supone un engaño gigantesco a sus clientes y al conjunto de la sociedad. Los cambios acordados para dar algo más de solvencia al sistema bancario pero sin cambiar *modus operandi* se han dejado para dentro de algunos años, si es que se llegan a adoptar; y, como todo el mundo sabe, en lugar de hacer que los bancos cargaran con su responsabilidad se adoptó el criterio de que había que salvarlos. Los líderes que dijeron a la sociedad que estaban decididos a poner fin a «la era de la irresponsabilidad», palabras de Obama, terminaron por «no tocar nada» (según una persona tan poco sospechosa como Felipe González) y dar billones de dólares y euros a los irresponsables que han terminado por endeudar a los Estados y por «incubar una nueva crisis dentro de cinco años», según el ex presidente socialista (El Economista, 28 de octubre de 2009).

En su discurso sobre el estado de la Nación de 2009 Obama afirmaba con grandilocuencia: «No podemos volver al statu quo. Tenemos que poner fin a la especulación irresponsable». Año y medio más tarde los especuladores siguen practicando terrorismo financiero (la expresión es del presidente de la Junta de Andalucía), han puesto contra las cuerdas a naciones soberanas y los organismos internacionales denuncian que de nuevo provocan en los mercados de materias primas subidas especulativas de precios que darán lugar a millones de muertes adicionales por falta de alimentos. Pero siguen campando a sus aires sin que las autoridades hagan nada para pararles definitivamente los pies.

El G20 también prometió «erradicar los paraísos fiscales», en palabras de Rodríguez Zapatero al iniciarse una de las cumbres, y «acabar con la era del secreto bancario». En lugar de hacerlos desaparecer lo que se ha conseguido es suavizar la definición más estricta de paraíso fiscal que elaboró la OCDE en 2000 mientras que el secreto bancario sigue practicándose sin problemas.

Era mentira que esos líderes estuvieran decididos a acabar con la «irresponsabilidad» de la banca, de las grandes empresas y de los especuladores. Lo que han hecho ha sido justamente lo contrario, han trabajado para ellos y el resultado está a la vista: todo sigue prácticamente igual y sus beneficios se disparan mientras que bajan los salarios y aumenta y se encarece la deuda que habrán de pagar las personas corrientes por su culpa.

«HAY QUE SALVAR A LOS BANCOS»

El origen más inmediato de la crisis y su desarrollo es bien sabido. Aprovechando la burbuja inmobiliaria y para obtener cada vez más recursos para seguir creando deuda, que es el negocio de los bancos, éstos vendían los contratos hipotecarios. Pero lo que se inició como un negocio bueno y seguro que daba rendimientos extraordinarios a inversores de todo el mundo comenzó a cambiar cuando los bancos empezaron a colocar en los mercados millones de hipotecas muy arriesgadas de personas que dejarían de poder pagarlas si cambiaba a peor su situación. Cuando esto ocurrió, las iniciales hipotecas y los sucesivos productos que se iban creando a partir de ellas se convirtieron en basura financiera que arruinaba a quien hubiera invertido en ellas como les pasó a miles de bancos e inversores.

En lugar de dejar que los bancos que habían actuado irresponsablemente quebrasen, como le suele ocurrir a cualquier empresa, las autoridades cedieron a su poder y los salvaron: les proporcionaron cientos de miles de millones de euros para que resolvieran lo que decían que era un problema pasajero de liquidez y pudieran volver a ofrecer crédito a las empresas y consumidores. Pero eso era un diagnóstico equivocado o, mejor dicho, concebido sólo para hacer lo que convenía a los bancos. En realidad éstos no tenían una carencia temporal del liquidez sino que habían perdido en la ruleta financiera todas sus apuestas, estaban quebrados y el dinero que recibían de los gobiernos y los bancos centrales caería en saco roto, sólo serviría para tapar de forma parcial el agujero gigantesco que tenían y siguen teniendo, y no se destinó a financiar la creación

de actividad y empleo. Eso provocó que miles de empresas cerraran y que aumentara el desempleo en todo el mundo, una situación que en España se agravó porque la falta de financiación y de demanda hizo estallar la burbuja inmobiliaria y que se perdiera gran parte del empleo que se había creado en el sector de la construcción y en actividades afines.

Cuando salvar a la banca (a los banqueros que habían provocado la crisis) no sólo resultó insuficiente sino que agravó el problema de falta de actividad y desempleo, los gobiernos no tuvieron más remedio que poner en marcha programas masivos de gasto para evitar el colapso de las economías. Con ellos se frenó su caída pero, al ser insuficientes y no estar acompañados de la recuperación del crédito bancario, ni de controles del capital especulativo, ni de las reformas financieras necesarias, no lograron que la actividad volviera a los niveles anteriores a la crisis. Es más, se provocó así un problema adicional: una nueva explosión de la deuda, es decir, un nuevo meganegocio bancario.

El incremento del gasto público para salvar a la banca, por un lado, y para evitar el colapso, por otro, añadido a la pérdida de ingresos públicos como consecuencia de la menor actividad económica, produjeron un incremento extraordinario del déficit y de la deuda pública. Los Estados recurrieron a fuentes de financiación igualmente extraordinarias.

En Estados Unidos y Reino Unido sus respectivos bancos centrales, la Reserva Federal y el Banco de Inglaterra, se dispusieron enseguida a financiar a sus gobiernos, proporcionando créditos de diferentes tipos, comprando su deuda o simplemente creando más dinero. El Banco Central Europeo, dominado por tesis mucho más torpes, fundamentalistas y cómplices con los bancos privados, no lo hizo y obligó a que los gobiernos tuvieran que resolver esa circunstancia extraordinaria recurriendo a los mercados, es decir, a los mismos bancos y fondos financieros que provocaron la crisis y que, al contrario que los gobiernos, tenían barra libre en el Banco Central Europeo para disponer de liquidez. Sólo cuando la presión especulativa había hecho caer a Grecia e Irlanda, y Portugal y España estaban amenazadas en firme, decidió intervenir el Banco Central Europeo comprando deuda, aunque de forma tardía, tímida y vergonzante.

Con la abundante liquidez que recibían de los bancos centrales al 1 por ciento los bancos y los fondos especulativos pudieron disfrutar de una posición de privilegio y de poder frente a los gobiernos y eso les permitió imponerles condiciones para suscribir su deuda. Los obligaron a abandonar los programas de rescate de la economía y a que en su lugar aplicaran las medidas liberalizadoras que venían esperando conseguir desde hace años a pesar de que no tenían nada que ver con los problemas que habían originado la crisis: o se aplicaban nuevas reformas del gasto público recortando derechos sociales, del mercado de trabajo para facilitar la posición y el beneficio de las grandes empresas, de las pensiones para incentivar al máximo la presencia de los bancos y seguros privados, o de los servicios públicos para ponerlos a disposición del capital privado o no habría financiación. Y si no la daban ellos, se tendría que recurrir al Fondo Monetario que la prestaría pero con las mismas o peores condiciones.

Al final ha quedado demostrado que la idea de que era necesario salvar a los bancos para poner a salvo a la economía era otra mentira. Con ello no se iba a garantizar que se recuperase la actividad y el empleo sino sólo que se reforzara el poder financiero y político de los banqueros y los especuladores que era lo que éstos buscaban y lo que finalmente se ha conseguido. Cuando lo han recuperado con la ayuda de los gobiernos y con el dinero de la gente, han vuelto a las andadas, renovando sus ataques especulativos e imponiendo a los gobiernos nuevas medidas de reformas y sometimiento.

«PARA SALIR DE LA CRISIS Y CREAR EMPLEO HAY QUE REFORMAR EL MERCADO DE TRABAJO, LIMITAR EL GASTO PÚBLICO Y REFORMAR LAS PENSIONES»

Otro engaño que acompaña la crisis consiste en decir a la población que lo que hay que hacer para superarla es llevar a cabo las reformas orientadas a recortar los derechos sociales que se vienen realizando.

Es mentira que haya que disminuir el gasto para salir de la crisis porque los déficit y la deuda no se han producido porque los gobiernos sean unos manirroto y el gasto social sea excesivo, como suele divulgar la opinión neoliberal predominante. En España había superávit presupuestario antes de que estallase la crisis y nuestro gasto social está casi veinte puntos por debajo de la media de los países de nuestro entorno. Es al revés, para salir de la crisis hace falta más demanda, más capital social y más gasto orientados, eso sí, con equidad y hacia una actividad económica y un modo de vida sostenibles.

Es también mentira que la reforma laboral que se aprobó siguiendo las propuestas de la gran patronal y la banca sea conveniente para disminuir el paro y salir de la crisis.

Puede ser que a una empresa en concreto le convenga que el coste del trabajo (salario y cotizaciones sociales) sea más reducido. Pero para todas las empresas en su conjunto la caída de la masa salarial es perjudicial porque el salario se transforma prácticamente en su totalidad en demanda para las empresas, de modo que cuanto menor sea menos ventas y menos beneficios tendrán.

A diferencia de lo que sostienen los economistas neoliberales financiados por la banca y la gran empresa, es mucho más razonable asumir que por mucha reforma laboral que se haga para abaratar el despido o para facilitar la negociación a las empresas o la contratación, si las empresas no disfrutan de demanda, si no venden lo que producen porque no hay poder adquisitivo suficiente, no crearán empleo alguno. Las grandes empresas pueden encontrar demanda en mercados internacionales y por eso apuestan por bajar la masa salarial en España pero las pequeñas y medianas (que son las que crean prácticamente la totalidad del empleo) resultan en realidad perjudicadas cuando se beneficia a las grandes con este tipo de reformas porque ellas necesitan un amplio mercado interno para salir adelante.

Además es mentira que el problema del empleo en España esté en el mercado de trabajo. Está en el modelo de crecimiento, en el predominio de actividades de bajo valor añadido y dependiente, en el tamaño tan reducido de las empresas como consecuencia del gran poder que tienen las más grandes que operan preferentemente en mercados globales, en la falta de formación de gran parte de la población y en la escasez de capital social que pueda dinamizar la formación y la innovación y que permita competir por una vía diferente a la de abaratar la mano de obra, en la gran oligopolización de los mercados, o en el excesivo poder político de la banca que le permite imponer condiciones favorables a sus beneficios pero letales para la creación de riqueza productiva, entre otros factores. Los problemas que hay que plantear para poder crear empleo son éstos y no los del coste salarial o del despido.

También se ha aprovechado la situación de amenaza de los mercados para sacar adelante nuevos recortes en el sistema público de pensiones, siempre con el objetivo de disminuir su poder adquisitivo y así hacer más necesario el ahorro privado que controlan los bancos. Detrás de los argumentos que de forma habitual oímos para recortar las pensiones hay también numerosas mentiras que se quieren convertir en verdades sólo a base de repetirlas.

Es cierto que el gasto público en pensiones aumenta normalmente a medida que envejece la población porque depende del número de pensionistas, que suele ser mayor cuanto mayor sea la longevidad de la población, y de la cuantía de la pensión que reciban, lo que suele venir de la mano del desarrollo social. Pero también ocurre, aunque esto se lo suelen callar quienes difunden el alarmismo demográfico, que a medida que se va dando este proceso de desarrollo aumenta también la productividad, de modo que un volumen de personas empleadas cada vez menos numeroso puede sostener con su actividad a mayor número de personas inactivas.

Se engaña a la gente cuando en lugar de contemplar esas dos circunstancias de manera conjunta (aumento del gasto y de la productividad) se insiste en la primera como el origen de un futuro desastre financiero afirmando que el envejecimiento continuado de la población hará que llegue un momento (ahora dicen que en torno a 2050) en el que el gasto público en pensiones (dado el número de pensionistas y la «generosidad» de nuestras pensiones) será insoportable, deduciendo entonces que no queda más remedio que empezar ya a reducir la cuantía de la pensión (ampliando el periodo de cálculo) y el número de pensionistas (aumentando la edad de jubilación).

Se miente porque, si de verdad se quisiera garantizar el equilibrio financiero del sistema público de pensiones, que depende tanto de sus gastos y de sus ingresos, no se deberían poner sobre la mesa sólo propuestas para la reducción de los gastos sino también otras dirigidas a incrementar los ingresos del sistema. Lo lógico sería hablar también de los factores de los que dependen estos últimos: cómo aumentar el empleo y sobre todo el de la población femenina, cómo aumentar el peso de los salarios en la renta total para que así haya más capacidad de aportar cotizaciones sociales, o cómo incrementar la productividad. O incluso, aunque es un mecanismo de financiación de las pensiones públicas a mi juicio menos adecuado, cómo mejorar el sistema fiscal para hacer ingresos al sistema por la vía de los Presupuestos Generales del Estado.

SE MERECE QUE LES DIGAMOS ¡BASTA!

Todas éstas no son las únicas mentiras. Las autoridades y los financieros mintieron antes de la crisis cuando afirmaban que los mercados serían capaces por sí solos de hacer frente a cualquier riesgo financiero. Mintieron las agencias de calificación al calificar como buenas las hipotecas basura que difundían sus clientes. Mienten los líderes políticos y los economistas que trabajan financiados por la banca y las grandes empresas cuando dicen que hay que privatizar las cajas de ahorros para salvarlas, cuando han sido los bancos privados los causantes de la crisis y lo que hay que hacer, por el contrario, es disponer de una banca pública que no reproduzca sus irresponsabilidades. Mienten los que no han acertado nunca haciendo previsiones ni adelantándose a la crisis y ahora nos dicen que saben lo que pasará con las pensiones dentro de cincuenta años o lo que hay que hacer para salir de ella. Mienten sin parar.

Pero no han sido sólo los poderosos los que han engañado. Se han engañado también a sí mismas todas las personas que permanecen impasibles frente a tanta mentira creyendo que sólo se trata de un incidente, de una mala noche en una mala posada, del que nos sacarán los gobiernos como lo han hecho en otras ocasiones porque, al fin y al cabo, nunca pasa nada y siempre se termina volviendo a vivir como antes. Pueden cerrar los ojos y seguir engañándose pensando que a ellas no les va a afectar o que sus problemas se solucionarán pronto. Pero más les vale ser realistas y darse cuenta de que tienen que reaccionar porque lo que ocurre es que se nos está viniendo encima el edificio que ingenuamente creímos que era confortable y seguro. Vienen a por todos nosotros y no van a parar hasta que lo tengan todo si no les hacemos frente.

Las mentiras y el fraude están claros así que lo que conviene hacer también lo está: dar la vuelta a lo que nos vienen diciendo. Es decir, frenar el poder político de la banca impidiendo que acumule privilegios económicos y que se adueñe de medios de comunicación y de universidades. Hay que poner firmes a los banqueros y someterlos al poder representativo, es urgente someter las finanzas a la voluntad ciudadana y a las necesidades sociales, primar la creación sostenible de riqueza tasando las transacciones financieras y controlando los movimientos especulativos del capital, imponer principios imperativos de justicia fiscal global y someter todas las decisiones económicas al debate social auténticamente democrático y participativo. Hemos de reclamar que se investigue el comportamiento y la responsabilidad de los banqueros que produjeron la crisis y que engañaron a miles de clientes y el de las autoridades, como el mencionado Caruana, que ocultaron lo que se gestaba y permitieron que la economía se viniera abajo para que los bancos y las grandes empresas siguieran saliendo a flote. Hay que impedir que miles de familias sigan perdiendo sus casas y sus patrimonios por la avaricia y los engaños de la banca y hay que poner fin a las políticas de recortes de derechos porque no es verdad que nos vayan a sacar del hoyo donde nos han metido los multimillonarios y los grandes capitales, sino que nos van a hundir más aún. Hay que salir a la calle a reclamar justicia y poner fin a tanta mentira.

Aún está usted a tiempo. ¡No se deje engañar más y reaccione de una vez!

Àngels Martínez i Castells

Àngels Martínez i Castells ha sido doctora en Ciencias Económicas y profesora de Política Económica de la Universidad de Barcelona desde 1976 hasta 2008. Ha escrito sobre género, deslocalizaciones industriales, salud pública, inmigración y ciudadanía. En la actualidad es presidenta de la Plataforma Dempeus per la Salut Pública.

Blog. Punts de vista:

<http://angelsmcastells.nireblog.com>

LA LÓGICA DE LAS PRIVATIZACIONES

Existe la extendida creencia de que el dinero público no es de nadie y sí lo es: nuestro. Procede de nuestros impuestos, de nuestra contribución a la sociedad para que desde la política se puedan aminorar las desigualdades y toda la población disponga de los bienes y los servicios públicos que garantizan mayor equidad y mejor calidad de vida. Para que se desarrollen y progresen los derechos civiles, políticos y económicos de todos. Bueno, ya me perdonarán el mecanicismo, pero eso era más o menos así —por lo menos en Europa— hasta que se derrumbaron todas las murallas de contención de los capitales industriales y financieros y comenzó la gran carrera privatizadora.

Por lo que a las empresas públicas se refiere, seguimos oyendo la versión dominante (les ahorro las de otras escuelas económicas) de que lo privado es más eficiente que lo público. A pesar de que Stiglitz y otros denuncian este engaño como una de las grandes falacias de nuestro tiempo se repite machaconamente como argumento indiscutible con el fin de que los capitales privados dispongan de nuevas bandas de expansión a costa de lo que es de la ciudadanía, pagado con los impuestos de la ciudadanía. De hecho, a lo que más se parece la privatización de empresas públicas en muchos casos es a un robo con desfalco que debería figurar en el Código Penal.

A la avidez de empresarios privados se une la visión miope y poco democrática de los políticos echando mano de lo público como si les perteneciera en exclusiva para servir intereses de parte y conseguir ingresos a corto plazo (ingresos que muchas veces se convierten en subvenciones millonarias, a fondo perdido, para las mismas empresas privadas que difunden el embuste de la poca eficiencia de las empresas públicas). Hay mil y una maneras de privatizar, y mil y una maneras de disimular la piratería.

DEL CONSENSO DE WASHINGTON AL DE BRUSELAS

Las privatizaciones pasaron a ser consigna política de primer orden con el Consenso de Washington (1990). Grandes poderes reunidos en cónclave: Banco Mundial, FMI, políticos y altos funcionarios, la Reserva Federal y los think tanks. Como primer objetivo, pensar políticas para mantener abiertas las venas de América Latina. Su equivalente para Europa se denominó Consenso de Bruselas. ¿Qué implicó?: recorte del gasto público, reformas tributarias (en la línea de que los ricos paguen menos impuestos) y limitación del déficit. ¿Y en qué se tradujo? Junto con otros factores, con la llegada de la crisis, en las altas tasas de paro en Europa (superiores al 10 por ciento). En España ha sido peor: la tasa de desempleo se mantiene por encima del 20 por ciento y del 40 por ciento para la población de menos de 25 años.

Un hito destacado en todo el proceso desregulador lo protagonizó Bill Clinton. En 1999 decide abolir definitivamente la Glass-Steagall Act de Roosevelt que desde 1933 separaba la banca comercial de la de inversión e impedía que el capital financiero creciera hasta la hipertrofia. Con su desaparición se abre una distancia cada vez mayor entre la economía financiera y la real. Desde finales de

la década de 1970 la distribución de la renta —entre las del trabajo y las del capital— se inclina cada vez más a favor de los beneficios y afecta a lo que Keynes llamó «demanda solvente», es decir, la posibilidad de que se venda (y se cobre) todo lo que se produce. Desde la década de 1990 los salarios han disminuido su participación en la distribución de la renta a costa de los beneficios. Las caídas son vertiginosas en países como Reino Unido, Alemania y Estados Unidos. En concreto en este país han perdido diez puntos, según datos de la Comisión Europea, Anexo Estadístico de la Economía Europea, primavera de 2010.

EL MUNDO EN VENTA. LA RELACIÓN ENTRE LO PRIVADO Y LO PÚBLICO: PRIVATIZACIONES Y PIRATERÍA

Me parece necesario insistir en los antecedentes más vergonzantes de la oleada privatizadora, comenzando con el Chile pinochetista, la gran probeta experimental de las políticas de la Escuela de Chicago. Según un informe de la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados chilena llegó a significar para el país una pérdida de 6.000 millones de dólares. Fueron vendidos a manos privadas 15.888 inmuebles de Bienes Nacionales, se reprivatizó el 80 por ciento de las tierras expropiadas durante la Reforma Agraria y 725 empresas públicas pasaron a ser controladas, a precios simbólicos, por grupos económicos creados y consolidados durante la dictadura pinochetista, afortunados amigos del régimen.

Si dedico estos párrafos al proceso chileno es porque creo que reúne, de manera descarnada, todos los elementos de la teoría del shock^[4] que en otras situaciones se han conseguido enmascarar al encontrar justificaciones más amplias y sofisticadas. En primer lugar la privatización surge de una violencia extrema previa, la del golpe de Estado que acabó con la vida de Salvador Allende y de tantas y tantas personas que lucharon por la defensa de la democracia constitucional chilena. En segundo lugar implica la tergiversación de la ley en beneficio de unos pocos, la corrupción aceptada, la creación de una clase social que vive de la sumisión de la política a sus intereses particulares. Algo parecido sucede en otros países; por ejemplo, de las privatizaciones de las empresas públicas soviéticas ha surgido la actual mafia dirigente del Estado ruso con las enormes desigualdades de renta y riqueza que asolan el país.

Tampoco fue menor la violencia moral y real que supusieron las progresivas privatizaciones en Portugal que acabaron con el proceso revolucionario iniciado el 25 de abril de 1974. Una de las más dolorosas fue la que arrasó la Reforma Agraria portuguesa, con la propiedad colectiva de tierras abandonadas por los latifundistas, y que habían empezado a dar trabajo y alimento a hombres y mujeres del Alentejo y el Ribatejo.

En Reino Unido fue Margaret Thatcher quien consiguió que las empresas públicas que representaban en 1979 el 8 por ciento del empleo, el 10 por ciento del PIB y el 16 por ciento de la inversión bruta pasaran en 1992, al final de su tercer mandato, a constituir el 3 y el 5 por ciento de los respectivos referentes. British Petroleum, British Telecom, British Airways, British Leyland-Rover, que significaban la principal industria de energía, el teléfono, las líneas aéreas y una

importante empresa pública del automóvil, llegaron —en distintas modalidades— a manos privadas. La cuarta administración tory (1992-1997) vendió también el carbón y los ferrocarriles. Joaquim Vergés (2009)^[5] calcula los ingresos por privatizaciones en unos 60.000 millones de libras. A principios de 2006 sólo quedaban por privatizar los servicios de correos, el metro londinense y la BNFL, la empresa encargada del tratamiento de uranio y el reprocesamiento de los residuos nucleares. Los laboristas siguieron la senda privatizadora de los conservadores y sólo después de dos graves accidentes ferroviarios atribuidos al mal mantenimiento de la red la empresa gestora, Railtrack, pasó de nuevo a control público.

Diferente fue el comportamiento del Partido Socialista en Francia. Las privatizaciones no comenzaron hasta la era post Mitterrand y no incluyeron los monopolios públicos (gas y electricidad, transporte y teléfonos). En Alemania fue la coalición democristiana-liberal de 1983 (bajo el liderazgo de Helmut Kohl) la que comenzó las privatizaciones: sector eléctrico y químico, gas, aluminio, transporte, la compañía aérea Lufthansa y dos bancos públicos (el DBK y el DSL). También canceló la participación federal en Volkswagen y Deutsche Telekom (con reforma constitucional incluida).

Las privatizaciones facilitaron el camino de la mundialización poniendo en pocas manos (privadas) las empresas más rentables, los recursos fundamentales para el funcionamiento del sistema, el agua, el gas, el petróleo. Vergés nos explica que se extendieron por Italia, Irlanda, Bélgica, Grecia, Canadá, Japón y Nueva Zelanda; todos ellos, países de la OCDE. Y tampoco escaparon Turquía, Marruecos, Argelia, Egipto, Nigeria, Zambia, Uganda, Israel. Los monopolios ahora privados se concentran, se alían internacionalmente, imponen sus precios y condenan a la precariedad pueblos y zonas geográficas enteras. Su acción devastadora explica también las revueltas del norte de África y del Medio Oriente.

EL PROCESO PRIVATIZADOR EN ESPAÑA

El disparo de salida lo dio en su momento, hace más de 25 años, el presidente del Instituto Nacional de Industria (INI), Luis Carlos Croissier, anunciando la posibilidad de sacar a bolsa algunas empresas públicas demostradamente rentables ¿cómo si no las iba a comprar nadie? Sin embargo, fue el ministro de Industria y Energía, Carlos Solchaga, quien inició en 1985 la oleada privatizadora: un 70 por ciento de Textil Tarazona a Entrecanales, un porcentaje similar de Secoinsa a Fujitsu, el 98,8 por ciento de SKF España de rodamientos a la SKF sueca y Viajes Marsans (que acabaría más tarde en las funestas manos del ex presidente de la CEOE Díaz Ferrán) a Trapsatur. Al año siguiente se vendió el 100 por ciento de Seat a la alemana Volkswagen y, en 1989, el 80 por ciento de la gran empresa metalúrgica catalana la Maquinista Terrestre y Marítima a la empresa anglofrancesa Gec-Alsthom.

No voy a seguir en detalle todo el proceso de las privatizaciones en España, pero sí quiero destacar que en 1985 empezó un descalabro de fondo que se convirtió en tsunami en la década de 1990 con los gobiernos del PP. Según diversas estimaciones, se han privatizado en España unas 120 compañías con unos

ingresos aproximados para el erario público de 45.000 millones de euros y sin que hayan estimaciones conocidas, en cambio, de lo que hemos perdido colectivamente en el camino. Los nombres que más suenan son los de los servicios esenciales que mantienen altos los niveles de precios y beneficios (ahora privados, claro), como los de Repsol, Endesa, Telefónica, Tabacalera o Iberia (en esta última el Gobierno mantiene una participación de poco más del 5 por ciento). Pero también en España las privatizaciones crearon su casta empresarial. De manera destacada, el PP consiguió cumplir los requisitos de entrada en el Sistema Monetario Europeo y rodear al que era entonces presidente del Gobierno de lo que Fabián Estapé no dudó en llamar «capitalismo de compañeros de pupitre».

Un ejemplo de la inversión del poder que han operado las privatizaciones en España nos lo brindó un rincón maravilloso de la Costa Brava en marzo del 2010, cuando más de 220.000 abonados se quedaron sin luz y sin telefonía móvil. Endesa se negó a dar explicaciones. A fin de cuentas las compañías eléctricas privatizadas siguen siendo un oligopolio ¡y mandan! ¡Vaya si mandan! Al tercer día se permitían no atender ninguna de las veinte llamadas que hizo la televisión pública para poder informar a la ciudadanía. Pero es más: el entonces president Montilla tuvo que personarse en sus instalaciones (que no al revés) para informarse e instarles a proceder a las reparaciones con la máxima urgencia.

Y a pesar de ello las privatizaciones siguen: las últimas propuestas con gobierno del PSOE han sido las del 49 por ciento de AENA y el 30 por ciento de Loterías y Apuestas del Estado. Las cajas de ahorros se convierten en bancos privados y la privatización de los servicios básicos y del bienestar avanza con mil y un disfraces con la piratería del agua, de los servicios de educación o del sector de sanitario.

LA OFENSIVA INTERNACIONAL DE LA PRIVATIZACIÓN LLEGA AL ESTADO DEL BIENESTAR

No siempre ha sido lineal ni placentero el desarrollo de los derechos civiles, políticos y económicos, pero cumplían su función mínimamente compensadora de desequilibrios sociales... hasta el tsunami privatizador, las desregulaciones aceleradas, la ofensiva neoliberal de la actual crisis económica y la privatización que alcanza la enseñanza y la sanidad. Ya se escatiman los vasos de leche en las escuelas de primaria en tanto que la enseñanza superior es un bien al alcance de los estudiantes más ricos o un crédito de por vida para los más pobres. El sueño socialdemócrata ha muerto y el capitalismo arrogante toma por bandera la falta de equidad, la explotación y las desigualdades: inicia un retorno al futuro que sólo conduce a la barbarie.

En 1999 el Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios de la OMC impuso importantes limitaciones a los Estados en políticas ecológicas, de servicios municipales, saneamiento y gestión de residuos, y los obligó a menores regulaciones. Si un Estado no cumple, la OMC podría expulsar al Estado rebelde condenándolo al aislamiento económico. Y es lógico desde la perspectiva del

capital: el sector del agua genera unos ingresos anuales de más de un billón de dólares aunque sólo esté privatizado entre el 5 y el 10 por ciento a nivel mundial.

Por lo que a la sanidad se refiere, la OMS denunciaba en un estudio de 2006 que en el sector privado todo es más caro, desde la construcción hasta el funcionamiento diario. Coincidió en el mismo sentido Frank Dobson^[6], ministro de Sanidad del primer Gobierno Blair, al afirmar que los costos son un 11 por ciento superiores en la sanidad privada sobre la pública y nos advertía que peligraba el futuro del National Health Service (NHS) por la entrada de las fuerzas del mercado y proveedores que sólo pretenden conseguir beneficios privados. Los políticos conservadores y los lobbies privados de la sanidad dicen que la privatización ha sido un éxito, pero nada más lejos de la verdad. En Gran Bretaña los hospitales privados se quedan con las intervenciones de menor coste y riesgo, con las intervenciones que dan beneficio... y dejan para que sean atendidas en los hospitales del NHS las personas con menos posibilidades económicas y todas las intervenciones costosas y difíciles.

Los procesos de privatización empiezan con todo tipo de justificaciones creadas ex profeso, por ejemplo, para las empresas mineras, energéticas e industriales; siguen con los servicios financieros, de comunicaciones, transporte y el agua... y acaban con enseñanza, salud y la amenaza sobre las pensiones públicas donde se pueda y las haya. Se pretende acabar no sólo con lo que se convino en llamar «economía mixta» o convivencia de un sector público más o menos subsidiario con un sector privado más o menos dominante, sino con derechos de ciudadanía, con los servicios del Estado del Bienestar (más adecuadamente llamado por Llamazares «Estado del medio estar») y que se dirige a marchas forzadas hasta un malestar perfectamente descriptible.

DE PARAÍOS FISCALES, CORRUPCIÓN Y CORRUPTORES

No fue demasiado original Carlos Solchaga cuando, inmerso en el proceso de reconversión y privatización, dijo algo así como que «España era el país en el que uno podía hacerse rico más rápidamente». Como comentaba Michael Krätke, seguía la consigna de la gran burguesía francesa de la primera mitad del siglo XIX: «Enrichissez vous!» («¡Enríquese!»), un programa imbatible en su genial laconismo que no perdió poder de convocatoria. También los que escucharon con atención a Solchaga podían creer que prestaban un servicio inestimable a la patria moderna y modernizada mientras sus cuentas corrientes engordaban. Sin embargo, esta moral abrió las puertas de la corrupción. Krätke se apoya en la literatura para resaltar que buena parte del atractivo de las novelas de Flaubert y de Balzac va más allá de sus innegables méritos literarios: nos enseñan cómo el capitalismo socavó la sociedad civil.

No se trata de una excepción o de una desviación a la norma intachable. Los expedientes por fraude y manipulación recorren Europa de la mano de empresas o instituciones que deberían estar por encima de toda sospecha: Volkswagen, Siemens, BMW, Gescartera y el Palau de la Música. Tampoco se trata del folclorismo aceptado de una Marbella de charanga y pandereta o de las revelaciones que pueda hacer algún sastrecillo más o menos valiente. Los escándalos se acumulan, se repiten, en todas las ramas, en todos los países. Y no

se trata de ovejas negras ocasionales, sino del gran rebaño negro cuya transmutación en bandadas de cuervos está a la orden del día.

El conocido informe, hecho público en 2011, del Observatorio de Responsabilidad Social Corporativa^[7] demostraba que directamente o a través de sus dueños más importantes todas las empresas del IBEX 35 tienen vinculación patrimonial con empresas domiciliadas en paraísos fiscales. Y, como Arcadi Oliveres nos recuerda, buena parte de lo que paga ExxonMobil a Teodoro Obiang por la explotación del petróleo no beneficia a la población de Guinea, sino que acaba (supuestamente) en Madrid, en el Banco de Santander del señor Emilio Botín.

Desde Marx sabíamos que el capitalismo ha sido desde sus comienzos una economía de la expropiación, pero con el paso del tiempo ha refinado su engaño, su creatividad financiera, ha perfeccionado la capacidad de compra o chantaje de los lobbies, la compra de medios de comunicación, de sindicalistas, ONG y políticos, aumentando la desazón y la sensación de estafa que aleja las personas de la política. Como afirma Krätke, el capitalismo de nuestros días tiene las manos sucias: es la corrupción cotidiana, el fraude sistemático, el crimen internacionalmente organizado.

CONSECUENCIAS DE LA CORRUPCIÓN EN ESPAÑA

La crisis del Estado español es más intensa, más difícil de superar y provoca mayor desempleo porque la construcción ha sido, durante demasiado tiempo, uno de los refugios preferidos de los capitales especuladores. Recompensó comportamientos mafiosos con beneficios rápidos, hasta que llegaron los desequilibrios bursátiles provocados, en gran medida, por ellos mismos: por haberse transmutado en una inmensa lavadora de dinero negro. Aquella época registró consecuencias negativas nada desdeñables: una alta tasa de accidentes de trabajo y el destrozo del paisaje y del medio. Tras desencadenarse la crisis podemos ver además la desesperación de las personas que pierden su vivienda al no poder hacer frente a la hipoteca. Una injusta ley entrega la propiedad a los bancos manteniendo la deuda de las personas hipotecadas. Todos los riesgos son para los compradores.

La alta carga de corrupción política permitió algo tan sui géneris como que en la Comunidad de Madrid Esperanza Aguirre llegara al poder gracias al transfuguismo recompensado (también presuntamente) del señor Tamayo y la señora Sáez. La traición dio tan buenos rendimientos que el PP sigue en el poder en la Comunidad madrileña desde entonces, ensayando incesantemente fórmulas privatizadoras en la sanidad e ideando ahora cómo hacerlo con el Canal de Isabel II, el agua de la ciudadanía madrileña, una empresa pública con ganancias a pesar de la progresiva externalización de sus servicios.

LOS POLÍTICOS «REHENES» DEL MERCADO Y LAS GRANDES EMPRESAS

Aunque no debe leerse de manera alguna como fórmula exculpatoria, las grandes empresas han conseguido convertir en rehenes a los propios gobiernos del Estado y las Comunidades, y no sólo en España. El argumento para justificar sus grilletes es que sin sus obsequios fiscales, sus políticas contra los trabajadores, sus privatizaciones y su manga ancha con los chanchullos del mercado negro y los paraísos fiscales el capital y sus gestores se fugarían en masa al extranjero. Pero ni subvenciones ni prebendas ni desgravaciones han logrado impedir que las grandes fortunas y empresas depositaran dinero a manos llenas en los paraísos fiscales. De hecho la evasión fiscal organizada es un fenómeno cotidiano. Algunos países —en Europa, de manera destacada Suiza, Liechtenstein, Mónaco y Andorra— empezaron cobrando bajos impuestos sobre la renta y el patrimonio para atraer las fortunas. Y ya, durante la crisis de la década de 1930, Suiza y Liechtenstein instituyeron su sistema de secreto bancario para facilitar la fuga de capitales. Pero sólo durante el largo boom de posguerra, después de 1945, y con el ascenso de las corporaciones empresariales transnacionales empezó a ser un negocio lucrativo y cada vez más naciones aprendieron la manera de crear sus paraísos fiscales interiores. ¿Qué otra cosa no son, si no, las SICAV^[8]?

El G8 se atiene a una lista oficial de 42 oasis fiscales (la OCDE habla de 47), pero los especialistas fiscales suponen que al menos existen 70 refugios para los grandes fraudes. Krätke considera que, como media, los ricos y los muy ricos tienen más de un 30 por ciento de su patrimonio colocado en refugios fiscales. Se calcula que un 23 por ciento de todos los depósitos bancarios del mundo se halla en los paraísos fiscales. Entre 11 y 13 billones de dólares en capital y patrimonios de todo tipo están escondidos en centros offshore: islas como las Caimán, las Vírgenes, las Cook, pero también la isla de Man, en las costas británicas. Casi el 50 por ciento de las transacciones financieras transfronterizas mundiales pasan por ellos (las islas Caimán son el quinto centro bancario del mundo). De hecho una estimación cautelosa considera que las fugas de capitales a los paraísos fiscales suponen que los Estados dejen de ingresar entre 250 y 300.000 millones de dólares anuales. Es el gran robo organizado a gran escala. Y consentido. Incluso bendecido por el Vaticano, a su vez también paraíso fiscal. Es difícil pensar que la Unión Europea pueda combatirlos, porque tiene como miembros de pleno derecho países que juegan fuerte a los paraísos, como Luxemburgo, Austria, Holanda, Gran Bretaña y Francia por su protectorado sobre Mónaco.

LOS DESARRAIGOS OCULTOS, LA INVISIBILIDAD DE LOS CUIDADOS

El neoliberalismo no sólo oculta sus piraterías, también se esfuerza por hacer invisible el mundo imprescindible, fundamental y complejo, de los trabajos de cuidados, afectos, solidaridades y redes sociales. En él las mujeres actúan como imprescindibles estabilizadores sociales al aportar calidad de vida a una convivencia cada vez más imposible. Se agudiza la división del empleo por género a nivel internacional en la que las mujeres de los países más expoliados

(Ecuador, Filipinas, Perú...) han abandonado el cuidado de sus hijos y sus mayores para ir a cuidar de los hijos y los mayores de las personas de países más ricos. Y muchas veces en las peores condiciones.

Un informe de UNIFEM de 2006 denuncia que una de las actividades más rentables del mundo es el tráfico de personas con todas sus derivaciones: inmigración para mano de obra barata (ya sea con o sin papeles) y trasiego de mujeres. Según datos de las Naciones Unidas, una de cada seis personas en el mundo son trabajadoras inmigrantes, un 73 por ciento de los inmigrantes asiáticos son mujeres y en la misma Unión Europea la feminización de la inmigración es un hecho relevante. La inmigración representó, hasta el estallido de la crisis, el 80 por ciento del crecimiento global de la población de la Unión Europea y en los tramos de edad más productivos de la pirámide de la población. Y mientras los movimientos de capitales disfrutaban de total libertad y se mueven sin cortapisas por el mundo, las migraciones se suceden con peligro de exclusión y xenofobia, mostrando la cara más hipócrita de legisladores y políticos y las consecuencias más turbias de la explotación sobre las personas a las que no se les reconocen sus derechos.

Es tarea urgente reconocerlo: el trabajo no remunerado, las redes sociales y los cuidados son una parte fundamental de la economía y aportan calidad de vida a las personas y sustentan a la misma democracia. Cuando los beneficios crecen de forma desmesurada sobre los salarios —como es el caso—, las mujeres deberán dedicar muchas más horas a sus tareas en el hogar para compensar la pérdida de ingresos salariales. Las mujeres son, pues, quienes con su responsabilidad y sus trabajos insuficientemente valorados representan un amortiguador importante de las tensiones sociales. Hasta que el abuso del sistema llega también a su límite y no dudan en llenar también las plazas Tahrir de todas las revoluciones importantes que en el mundo son o han sido (desde la Comuna de París hasta Túnez, Egipto, Marruecos... y sigue).

A MANERA DE LLAMADA A LA INVERSIÓN Y LA INSURGENCIA

Vivimos en un mundo dominado por un capitalismo sin frenos ni cortapisas, desigual e inestable, muy lejos del equilibrio que pretende y sujeto a dramáticas tensiones que desemboca en desarraigos, violencia, separaciones de familias y de afectos... y un indudable incremento de la explotación.

Un pequeño número de instituciones financieras y corporaciones multinacionales manipulan el mercado y determinan el nivel de vida y la supervivencia de millones de personas en todo el mundo. Con el visto bueno de los principales organismos supranacionales que han sido, además, agentes activos a su servicio. Las directrices neoliberales que dan cobertura política a la coyuntura económica de crisis se confunden peligrosamente con la xenofobia y el racismo y significan retrocesos casi centenarios en los derechos sociales, las conquistas obreras y del feminismo, los derechos humanos y el proceso civilizador.

La clase obrera industrial —que lideró movimientos de cambio hasta hace unas pocas décadas— se agrieta y transforma con las deslocalizaciones, los cambios

del modelo productivo, las nuevas tecnologías, la segmentación de los mercados de trabajo. Mientras, la formación se confunde con un buscado equívoco en «capital humano» (¿por qué «capital»?), introduciendo mayores desigualdades y segmentación. Imponiendo también costosos requisitos que deben asumir las personas jóvenes, con esfuerzo y créditos que les aseguran deudas antes que trabajo.

Toca reaccionar. Y quiero en este libro hacer un llamamiento concreto a las mujeres. Porque ahora, más que nunca, el hilo rojo del movimiento obrero de nuestros tiempos se une al verde y al violeta que trenzan las mujeres, los colectivos altamente feminizados de trabajos y contratos en precario que tienen pleno derecho a pan y rosas mientras cubren las vergüenzas del sistema trabajando por sueldos indignos en los servicios privatizados. Es preciso que las mujeres —que se mueven en el difícil equilibrio entre la marginalidad y la conciencia de clase— sigan tejiendo autonomía y solidaridad con las personas jóvenes, con las más explotadas, con los pueblos del mundo. En pie por la dignidad y una vida sin explotación. Ahora tienen más que nunca su lugar, como colectivo, en la vanguardia plural, radical, insurgente, por otro mundo posible.

Rosa María Artal

Rosa María Artal es periodista y escritora. Fue una de las reporteras clásicas de Informe semanal de RTVE, para el que cubrió, entre otros asuntos, la histórica apertura del Muro Berlín o el fin de la URSS. Corresponsal de El País en Aragón durante la Transición. Presentadora de telediarios y de Informe semanal. Dirigió y participó en programas en RNE. Colabora con tribunas de opinión en El País y Público. Es autora de seis libros, entre los que destacan: 11M-14M, Onda expansiva (2004) y España, ombligo del mundo (2008). Con activa presencia en Internet, ha participado como ponente en congresos de periodismo digital.

Blog. El periscopio:

www.rosamariaartal.com

Resulta paradójico, casi inverosímil, contemplar la despreocupación o el conformismo con los que la sociedad española vive la merma paulatina y constante de sus derechos. La crisis, como recurso comodín, pretende justificar cualquier medida, pero el punto de partida previo ya nos situaba en desventaja, y no es serio exigir más sacrificios a los paganos de un sistema injusto y de los errores de otros. ¿O es que no lo sabíamos?

Los sueldos más bajos de la UE anterior a la ampliación a los desfavorecidos países del Este europeo —siempre en compañía de Grecia y Portugal— jalonan nuestra estadística. Ni los precios, ni los desiguales impuestos —en nuestro país los ricos apenas los pagan— compensan la ecuación. España, por tanto, no ha conocido ni en sueños el Estado del Bienestar del que buena parte de los países de la UE —encabezados por Suecia, Francia o Dinamarca— disfruta. Y que se traduce en bajas maternales remuneradas hasta de más de un año en Suecia, por citar un solo ejemplo. España, en cambio, es el país europeo que menos ayudas presta a la maternidad. Invertimos mucho menos en gasto social que nuestros socios, aun con el esfuerzo hecho en las dos últimas legislaturas. La mayor parte, sin embargo, se la llevan los subsidios a los cuantiosos desempleados de nuestro inadmisibile paro.

Si los grandes directivos españoles no fueran los mejor retribuidos de Europa — con una revisión anual del 15 por ciento en sus emolumentos— o las grandes fortunas no incrementaran sus beneficios de año en año una media de un 20 por ciento —y con cifras que cuentan por miles de millones los euros—, entenderíamos a los que apelan a nuestra pobreza como país, tratando de hacernos engullir ruedas de molino.

Luego llegaron las mermas. Homologarse (con Europa o con quien sea) es establecer una relación de igualdad y no sólo en los sectores que convienen a los «ajustes». Nadie pediría a un mendigo que pagara la misma factura de electricidad que el dueño de un palacete (alemán, pongamos por caso), apelando a que ellos, los alemanes, lo ingresan sin rechistar. Y eso es lo que nos están imponiendo con sus cifras. «Si torturas los datos lo suficiente, terminarán por confesar lo que quieras», reza un dicho popular. Deme salarios europeos y empezamos a hablar. Buena parte de nuestros vecinos han erradicado el mileurismo.

Como dejados a la intemperie, los españoles pagamos las tarifas bancarias y las de telefonía móvil e Internet más caras de Europa. En términos absolutos, no en relación a nuestros ingresos. Y numerosos estudios atestiguaron que la burbuja especulativa inmobiliaria que nos estalló en la cara nos llevó a tener el acceso a la vivienda más caro y atrozador de Europa. Aquella ley liberalizadora del suelo 6/1998 del Partido Popular infló una bomba que no atemperó el Gobierno socialista, aferrado a los brillantes y equívocos datos macroeconómicos que proporcionaba. Entonces sí nos querían los mal llamados mercados y sus portavoces mediáticos. Basta repasar las hemerotecas para encontrar alusiones al milagro económico español, como ejemplo que había que imitar. Junto, casualmente, a Irlanda o Islandia, en cabeza de los países caídos en la bancarrota a causa del neoliberalismo.

¿EL PERIODISMO COMO CAUSA?

En un ordenamiento social basado en el dinero, en la obtención de beneficios económicos como fin prioritario, todos los ámbitos de la vida —el cuerpo social en sí— se resienten en la crisis. Por más que no sea sino la crisis de los pobres. Este libro contiene datos abrumadores sobre ello, globales y pormenorizados por sectores.

A veces me pregunto: ¿son conscientes los ciudadanos de su realidad? Y termino por concluir que la mayoría no, o no mostrarían tamaña abulia. Y que en esa anomalía tienen un alto grado de responsabilidad los medios informativos, siquiera por no constituirse en remedio. La información es elemento esencial para una existencia plena, responsable, para la toma de decisiones. Nadie compraría un piso sólo por el color de las paredes y sin saber si le caben los muebles o dispone de baño y cocina. Todo usuario necesita contar con los detalles básicos. ¡Cuánto más lo que afecta a su vida! y, lo que es todavía de mayor trascendencia, a la de sus conciudadanos. Educación e información son las llaves. No destacamos por ser el país más culto, cívico e instruido de la Tierra, ni nos cabe presumir de limpieza y ética cuando un número nada desdeñable de personas soporta y aun apoya la corrupción y el liderazgo de la economía sumergida. Y el periodismo —tanto en España como a escala planetaria— atraviesa una profunda crisis.

El viejo lema de los medios, de todos los medios, «informar, formar y entretener» pasó a convertirse en «entretener para vender». Entretener, deformar y vender si se quiere. La ola azul neoliberal nos invadió a todos y aquellos periodistas románticos que fundaban un periódico casi pasaron a la historia para devenir en grandes emporios empresariales, sujetos a las inexorables leyes del mercado y sus servidumbres. Su consigna prioritaria: trivializar, fabricar productos asequibles que rentabilicen la inversión.

Una multiplicidad agobiante de fuentes de comunicación nos rodea para terminar desinformando por saturación. Y, en la pugna, reina la urgencia, la prisa por llegar el primero a la audiencia a costa incluso de la falta de comprobación de los datos. Juicios mediáticos sumarísimos declaran culpables de asesinato y violación a personas que, a veces, en pocas horas salen libres sin cargos. O tras purgar erróneamente cárcel por una condena influida por el sensacionalismo sin escrúpulos. Y apenas nadie se inmuta. La libertad —tristemente manoseada palabra— de información se resumió en una única libertad: la de negocio. Y no les faltó más que la irrupción masiva de Internet con su aumento de focos de noticia, reglas independientes e incremento de la competencia.

QUÉ ES UNA NOTICIA

Tuve el inmenso privilegio de pertenecer a una joven generación que, al salir de la Dictadura, hubo de prácticamente inventarse el periodismo en España, bebiendo de escasas fuentes locales y del universo exterior. Quizá porque nos sentíamos acuciados por una realidad que era esencial cambiar, por el afán de construir y sedimentar, no fuera a ser que volviera a hundirse el edificio. Hoy

nos encontramos en un punto crítico de similar envergadura y, como a muchos de mis colegas, me preocupa si se mantienen siquiera los conceptos elementales de la profesión, incluso el de «qué es noticia».

Noticia es un hecho novedoso o atípico, que interesa a una comunidad y que se divulga, se comunica. Hay quien añade «algo que alguien está interesado en que no se dé a conocer», aludiendo al alma imprescindible del periodismo: la crítica al poder y el servicio a la sociedad. Un hecho, no una opinión, salvo que ésta sea insólita, relevante o altamente aportativa. La noticia precisa una verificación y un contexto para explicar por qué se ha producido. Nunca el rumor es noticia, ni los «podría» que tanto proliferan.

El periodismo español se ha llenado, sin embargo, de opiniones. El cliente se surte de ellas, según su gusto, no su razón. Se ha roto la frontera, antaño infranqueable, entre información y opinión. La opinión también es periodismo, pero el destinatario ha de identificar de qué vertiente, tenemos que aclararle si informamos asépticamente o damos nuestra visión subjetiva sobre unos hechos. Todo hoy es opinable, todo se diluye en una maraña. No es objetividad, sino equidistancia (en el significado peyorativo, acuñado en Internet por cierto, de contraposición de opiniones «equidistanís» pesadas con báscula) servir el parecer contrapuesto de uno y otro sin ofrecer los datos reales. Por eso se hace imprescindible para el receptor saber cuál es el juego y reaccionar frente a la desinformación.

LA NOTICIA Y LOS POLÍTICOS

Tras haberme criado viendo a Franco inaugurando pantanos y a todos sus ministros y altos cargos en actos de propaganda mis ojos se anegaron de emoción al escuchar de los entonces responsables de los telediarios en la Transición —y de ideologías tan distintas como Ladislao Azcona, Eduardo Sotillos, Pedro Macía y Luis Mariñas—: «El hecho es la noticia, si hay un político y, lo encuentras justificado, lo citas al final del texto». Los políticos tenían que ganarse su aparición en televisión. La experiencia apenas duró. El sabroso caramelo se volatilizó a las puertas de la escuela del poder.

Hoy sus comparecencias son diarias. No es noticia lo que opinen —por muy jocosos o patéticos que a veces resulte—, lo son sus hechos. No lo es en absoluto la repetición machacona de su ideario —sabemos qué van a decir antes de que abran la boca, ¿cómo va a ser eso una noticia?—. Los medios no son oficinas de prensa de los partidos en permanente campaña electoral. Pero así parecen actuar —las televisiones sobre todo—. De hecho los políticos intervienen medidos y pesados según sus votos. Y, como no hay tiempo, la opinión se reduce al bipartidismo (al que refuerzan) cuando España es plural y, en justa lógica, tendrían que habilitar espacio para todos los partidos y colectivos sociales... en informativos eternos y tediosos. ¿Sería eso periodismo? No.

La clase política representa el tercer problema para los españoles, quizá porque los vemos y oímos demasiado. ¿Sabemos de este modo lo que piensan en realidad? Escasamente. Ahí tenemos el simulacro de los debates en los que el periodista es mero controlador de tiempos y de temas pactados sin su

intervención; a diferencia de lo que ocurre en otros países, donde el moderador inquiere y precisa. El periodista debe incomodar, insistir, buscando la verdad. Los políticos se han acostumbrado asimismo a la insólita figura de la «rueda de prensa sin preguntas». ¿Cómo se atreven? ¡Son servidores públicos! Se deben a la sociedad. Y sus ojos, sus oídos y su cerebro en esas comparecencias son los periodistas... que se ven obligados a asistir para tomar nota sin abrir la boca.

Con la Televisión Digital Terrestre, TDT, llegó la invasión de cadenas entregadas por los políticos (autonómicos sobre todo) a medios de ultraderecha de forma mayoritaria. Aquí realizan programas low cost. Lo más barato es sentar a tertulianos en una mesa y, de la mañana a la noche, destripar al gobernante opositor, incluso al propio si no manifiesta una extrema radicalidad reaccionaria. El manual de la manipulación exhibiría como prototipo a estas cadenas.

Los debates pueblan los medios. El que contrapone a Rajoy y Zapatero (o cualquiera que ocupe la cúpula de los partidos), cargando sobre uno de ellos todos los males de la humanidad, es estéril cuando manda la UE y el reinado neoliberal está garantizado por vocación genética o por pragmatismo. Apenas se diferencian —y no es poco— en el rancio conservadurismo ideológico del PP, necesitado de una urgente modernización al servicio del progreso de todos.

El periodismo de declaraciones (vacías y repetitivas en su mayoría) y tertulias con el mismo espíritu tiene un efecto devastador. Porque —no nos confundamos— la Política es imprescindible en un sistema democrático. Con tropiezos, avances y errores la humanidad persigue disfrutarla desde los griegos, cinco siglos antes de la era cristiana. Para dignificar el papel del ciudadano, de un ser libre sujeto a derechos y deberes. Para regular una actividad humana cuyo fin es gobernar y dirigir la acción del Estado en beneficio de la sociedad. Hemos de obligar a nuestros representantes a regenerar la Política.

LA IDEOLOGÍA EN PÍLDORAS

Diagnostica Fermín Bouza, catedrático de Sociología y Opinión Pública: «La televisión ha contribuido a un proceso de debilitamiento de las ideologías porque ha impedido el discurso ideológico. Es un discurso de píldoras, sintético, rápido, y ha formateado al resto de la sociedad a su manera». Así es. El tiempo en televisión es caro —salvo en el modus operandi de buena parte de las TDT—. Las declaraciones han de ser cortas, cada vez más cortas. De un minuto y medio o un minuto que ocupaban cuando sólo existía TVE han llegado a los veinte o a los diez segundos. El tiempo vuela para emplearlo en otros menesteres y la ciudadanía se aburre hoy antes que ayer. Los políticos y cualquier entrevistado saben que han de dar titulares y nada más. Incluso prevén cuándo conectarán los medios con su mitin, pongamos por caso, y preparan la frase rotunda. Reaccionemos. Es desinformación. Es vaciar el juicio, la elaboración mental. Es adormecer, perder la memoria. Resulta difícil de entender que tantos ciudadanos olviden declaraciones o antecedentes, hechos sucedidos poco tiempo antes. No arraigan. Nada parece real. Una sucesión de flashes desfilan ante nuestros ojos. El mejor caldo de cultivo para engullir la manipulación.

La clave de José Luis Balbín no podría existir en la televisión actual. Se aproximó el Hoy de Iñaki Gabilondo de la fenecida CNN+. Conversaciones para clarificar, no rifirrafes —odiosa y tópica palabra— con el único afán de entretener, sin buscar el esclarecimiento real de nada. El espectáculo se enseña hasta en la selección y la presentación de noticias, en tratar incluso asuntos trascendentales como productos de consumo a sustituir de inmediato por nuevos impactos. Las noticias —por muy importantes que sean— mueren cuando se agota su novedad extrema. En caso contrario... nos aburriríamos y cambiamos de canal. Somos la sociedad más entretenida de la historia. Como si no tuviéramos nada de qué preocuparnos.

RECUPERAR LA FUNCIÓN DE LOS MEDIOS

¿Tienen solución los problemas del periodismo actual? Los ciudadanos —periodistas y no— ¿habremos de buscarnos, o seguir buscándonos, la vida fuera de los medios tradicionales? Sin duda aportan noticias pero han alterado en buena medida los términos del «informar, formar y entretener», y algunos se muestran bastante más relajados en la crítica independiente al poder. ¿Serán capaces de cambiar? Algunos lo hacen. ¿Lograremos provocarles una reacción?

Comiencen los periodistas en activo. A pesar de sus justas quejas laborales y profesionales necesitan ir más al fondo, al contenido que al medio de difusión que emplean, vibrar (muchos no lo hacen) con la labor que realizan y no espantarse de la relación estrecha entre periodismo y compromiso. Veo a algunos que, entretenidos con los juguetes nuevos que surgen sin freno —iPod, iPad, Quora, o lo que quiera que sea—, con la visión estrictamente laboral de una profesión que, ante todo, es una vocación de servicio, terminan siendo manejados por el sistema. Ellos son los primeros que deben reaccionar. En bien de todos.

OBJETIVO: CONSUMIR

Lo nuestro, lo de la sociedad en su conjunto, es distraernos, no pensar; estamos demasiado cansados, saturados de problemas. Hay que desconectar, reír, escandalizarse con las vidas de los otros, de los muñecos-cebos que nos presentan para evadirnos de nuestras vidas. Danzan las pantallas, las ondas, las páginas, sobre todo las pantallas, en baile monocorde de risas y ficticia felicidad o de morbosos escándalos y accidentes. Trivialidad extrema, bajezas, sexo, dolor y muerte. Incitando a comprar: productos o un sistema de vida. El más anquilosado de este tiempo vital, donde los demás —que contemplábamos con superioridad— han terminado por rebelarse. ¿No falla algo? ¿No es indispensable reaccionar?

La pantalla de la vida perfecta se parece, dramáticamente, muchas veces a la de Fahrenheit 451, de Ray Bradbury. O a todos los resortes que afianzaban Un mundo feliz, de Aldous Huxley. Incluso al control —más sutil ahora si se quiere— de 1984, de George Orwell. En todos los casos, en toda la historia de la literatura y de la vida, un ser integrado en un sistema enfermo y corrupto se cuestiona un día si va por el camino acertado. Grandes obstáculos jalonarán su

camino si intenta salir del carril y buscar una regeneración; lo que no ocurre cuando se manifiesta de forma masiva la disconformidad.

La más alucinante diferencia de aquella ficción —escrita en la primera mitad del siglo XX— con nuestra realidad estriba en que ningún poder garantiza al menos nuestra subsistencia a cambio de control. Como manadas, seguimos los dictados del consumismo comprometiendo nuestros propios recursos. Apenas caben más vehículos en nuestras calles, hay demasiados coches, demasiados edificios, demasiada ropa y accesorios de todos los tamaños y colores, demasiada comida —para algunos—, demasiados juguetes para incontables funciones. ¿De verdad necesitamos imprescindiblemente todo eso? ¿A qué precio?

Y cuando, ahítos, nos quedamos sin recursos y frustrados, nos reprenden —además— con la falacia de que hemos gastado «por encima de nuestras posibilidades». Ciertamente en algunos casos de compradores imprudentes; si hablamos de países enteros, del nuestro, ¿quiénes dilapidamos el dinero? ¿Todos, salvo los ricos, poderosos o conectados al poder, que son los únicos depositarios de ese derecho? ¿Qué influencia tendrían una política fiscal más justa o la racionalización de la caótica Administración española en este cómputo?

El consumismo nunca sacia, siempre pide más. De ahí que los especuladores que nos atenazan se vean poseídos de una avaricia sin freno. Nunca saturan su ansia de acumular dinero.

¿Podremos huir de la consigna y practicar algún cambio de actitud? Carlos Taibo, profesor de Ciencia Política, pronostica que si no contamos con un proyecto «mesurado y consciente acabaremos por decrecer de resultados del hundimiento sin fondo del capitalismo global». A las malas.

INSTRUMENTOS DE CONTROL

El lenguaje

Es uno de los más sutiles. Orwell ya definía las características de su neolengua, desactivadora del pensamiento crítico, aun del raciocinio:

1. La simplificación del lenguaje. Disminuir el área del pensamiento «reduciendo el número de palabras al mínimo indispensable». Primar a quien menos emplee. Y eso que no se habían inventado todavía ni los SMS, ni Twitter, ni el programa de televisión 59 segundos.
2. Eliminar algunas palabras para eliminar el concepto. Citaba en concreto «libertad» en su acepción absoluta. Y no hay palabra más restregada, pisoteada y alterada en nuestros días que libertad.
3. Mantener la vieja lengua sólo para actos elementales (comer, beber, andar, dormir), el resto se reinventa, suprimiéndole significados potencialmente peligrosos: malo ya es no bueno.

No fue casualidad que en la década de 1990 comenzaran a aplicarse grandes cambios en el lenguaje. Eran una parte de toda la estrategia neoliberal decidida a imponer sus postulados de forma implacable: la caída del comunismo dejaba al capitalismo en una hegemonía mundial incontestada. No se podía desperdiciar la ocasión. Aunque el término ya se había empleado previamente y se usaría con profusión después, la guerra de los Balcanes —iniciada en 1991— fue la primera sin muertos civiles: nos hallábamos ante «daños colaterales» que duelen mucho menos a la sensibilidad de los espectadores. En realidad se logra que el cerebro borre a las víctimas. Desde entonces hemos experimentado una invasión de eufemismos dulcificadores y en todos los terrenos. Nos hablan de «flexibilidad en el empleo» cuando quieren decir expulsión sin indemnización; utilizan «regulación de plantilla» por despidos, «reforma laboral» para referirse a una merma sin paliativos, «gasto social» para que nos lastime (¡qué despilfarro, estamos tirando el dinero en las personas!), llamando al resto de los «gastos» «inversiones» (infraestructuras por ejemplo). Cuanto se refiere a la economía, y no por casualidad, es un puro escamoteo de la verdad, un rodeo lingüístico, destinado a desviar nuestra atención. El más flagrante: «mercados» por especuladores.

Y siguen por todos los campos: «técnicas avanzadas de interrogatorio» = torturas al estilo de la china medieval. «Limpieza étnica» = genocidio. «Fuego amigo» = intento de consuelo para los familiares de las víctimas ocasionados por la chapuza del ejército propio. Y la más manipuladora e ideologizada: «antisistema», usada (con el deliberado propósito de infundir temor) tanto para gamberros que tiran piedras como para quien evidencia razonadamente los atropellos que se están produciendo. Los poderes actuales, sin control, son los auténticos antisistema, los que atacan a la sociedad en su conjunto.

Cada día soy más cruda, más realista en el lenguaje, porque vengo observando que muchas personas han tomado miedo a las palabras. Las palabras son su contenido. Invito a reaccionar y decir las cosas tal cual son, se llenan de aire los pulmones. Porque, imaginad, si ocasionaría la misma respuesta una noticia que se redactara así: «El Gobierno, de acuerdo con empresarios y sindicatos, ha decidido mermar los derechos laborales de los trabajadores españoles. En algún caso, acabar con ellos. Permitirá que los empresarios estipulen las condiciones de trabajo, rebajen sus sueldos y los despidan sin compensación alguna. La jubilación será oficialmente a los 67 años, con 38,5 años trabajados; más adelante llegaremos a los 69, tratando en todos los casos de no pagar la pensión íntegra a casi nadie». No sería lo mismo, ¿a que no? Pues la realidad es ésta. Y muchas más de las que no nos informan, o no como debieran. ¿No pueden escucharla nuestros tiernos oídos? Reacciona, traduce el discurso a palabras reales. No las temas.

El miedo

Por voluntad premeditada o inercia, los medios se han aplicado con fruición a infantilizar a la sociedad, con lo que se convierte en dependiente de una autoridad o principio superior. Con la colaboración entusiasta de muchos ciudadanos, desde luego. Entre los múltiples y más inadvertidos temores cotidianos, la meteorología. Cada verano nos informan de manera exhaustiva de que hace calor y cada invierno nos asustan con el frío (dentro de los

informativos). Si llueve o nieva, también los encontramos dispuestos a darnos cumplida cuenta de ello. Empiezo a sospechar que en las Facultades de Periodismo actual se habilitan clases prácticas para el mantenimiento en pie durante huracanes, tormentas y tornados, y en el sostenimiento del micrófono y la expresión en condiciones climatológicas adversas. Incluso, medios y autoridades varias aconsejan situarse en la sombra o utilizar ropas ligeras, si la temperatura al sol es superior a 40 °C. Como nuestros propios padres se comportan.

Mientras nos distraen con zanahorias tras las que correr —ley del tabaco, reducción del límite de velocidad— los asuntos cruciales pasan inadvertidos. Dirigidos y constantemente alarmados, con necesidad de tutela y motivación, nos mostramos inermes a las manipulaciones y aceptamos cualquier imposición. El inoportuno y mal planteado conflicto de los controladores fue ejemplo paradigmático. Creó problemas sin duda aunque a un porcentaje mínimo de la población, pero durante los días que duró el conflicto (y algunos, muchos más) las quejas de los afectados monopolizaron los informativos. Los más bajos instintos —envidia incluida— brotaron en calculada estimulación para pedir casi el linchamiento —desde luego el señalamiento— de los «asalariados de lujo» mientras seguían y siguen permaneciendo en la impunidad los multimillonarios causantes de males mucho mayores. A continuación se privatizó de forma parcial el control del espacio aéreo español y la población desinformada y manejada respiró tranquila. Vendiendo lo nuestro a manos particulares que dirigen los destinos de todos desde consejos de administración y en busca de su único interés estamos a salvo. Carambola perfecta.

Un número creciente de personas se rebela ante esta tendencia, la televisión — como otros medios tradicionales en crisis— pierde espectadores en cascada y la audiencia se reparte por el sinfín de ofertas. Pero todavía hay quien pondría las manos en el fuego por cualquier noticia si «lo ha dicho la tele». Son éstos quienes más tienen que aprender a cuestionarse y dudar de las verdades oficiales. De todas en realidad. Cuestionar es el principio del pensamiento crítico y propio.

Y un día descubrieron Internet y las redes sociales

Internet es un miura al que se mira de lejos y con recelo, incluso por intelectuales que desconocen su potencial. Los nuevos salteadores de caminos que quieren «todo gratis», robando a los creadores —dicen—, como si éstos no fueran también internautas y se comunicasen aún por señales de humo, priman en el discurso oficial. Terca ceguera de quien no entiende que el modelo ha cambiado y dejará en la cuneta a quien no se renueva.

Ante un hecho nuevo —y nuevo es Internet como fenómeno masivo a pesar de sus, como mínimo, cuatro décadas de Historia— se producen opiniones muy variadas. La mía entiende que por primera vez en la historia toda la humanidad puede estar —y terminará estando— comunicada y que toda la cultura y el conocimiento, sugerencias y oportunidades, se encuentran al alcance de quien tenga acceso a un ordenador aunque la escuela o la universidad más cercanas se hallen a kilométrica distancia. ¿Precisa una guía, un criterio? Sin duda, como todos los terrenos inexplorados. Muchas personas comienzan ya a otorgar

verdad de fe a correos inscritos en la corriente magufa que también nos circunda: magia y remedios milagrosos, bulos, superchería. El criterio es esencial. Con un balance positivo podemos afirmar que Internet sí representa un inmenso peligro!: la sociedad habla entre sí, al instante si quiere. Los minoritarios poderes establecidos tiemblan y quieren cercenarlo.

Y, de repente, los medios tradicionales descubrieron las redes sociales de Internet. Y se aprestaron a intervenir. Cayeron de nuevo en la frivolidad. Convertir en noticia una conversación de Twitter. Con particular énfasis los comentarios estentóreos de famosos, quienes —también como nunca— salen al ruedo y se enfrentan a un público real fuera de su corte de aduladores. Quienes no lo odian se han vuelto en realidad —nos hemos vuelto— locos por Twitter. Y ¡héteme aquí! que, súbitamente, ison las redes sociales quienes tumban gobiernos! Un poco de cordura.

El periodista Javier Valenzuela decía, a raíz de la revolución del mundo árabe: «Las dictaduras se derriban en la calle, con sangre y con muertos, no haciéndose amigo de tal o cual iniciativa en una página de Facebook». Fui testigo de la caída del Muro de Berlín, tan similar a todos los hartazgos que desembocan en acción. No había ni teléfonos móviles entonces e igualmente los ciudadanos supieron ponerse en contacto y actuar. Las redes sociales, Internet son sólo un medio. Nadie debería desvirtuar su importancia por miedo o papanatismo. Tampoco Twitter puede ser considerado el nuevo periodismo, como se ha dicho. Con sus 140 caracteres como máximo se reduce a titulares. Certeros. Ágiles, al punto de despertar el ingenio y la concreción, pero detrás debe haber un desarrollo, un contexto, que los grandes medios tienen la obligación de aportar en lugar de copiar la liviandad de las redes sociales. Eso sí, los correos, las webs, los blogs y las redes como medio de comunicación son impagables. Y permiten que una sociedad en red logre encontrar resquicios al sistema del atado y bien atado. Wikileaks es otro ejemplo que ha evidenciado también la deriva del periodismo actual, que no investiga, ni se enfrenta seriamente al poder para servir a la sociedad, como manda su misión.

LA HORA DE LA SOCIEDAD

Avienta la indiferencia, el miedo e incluso la cáscara amarga. Reacciona. Con efectividad. Pacíficamente. ¿Vamos a seguir contemplando cómo los especuladores nos acosan, examinan, ordenan hacer deberes, subastan países enteros con personas dentro, se deprimen y exigen recortes a toda la población para tranquilizarse y contentar su codicia, mandan en definitiva? ¿Por qué?

Pocos apuestan ya por el fracasado comunismo como alternativa y los expertos (que hoy tanto predicán a toro pasado) llevan dormitando desde hace décadas. El catedrático de Economía Aplicada Carlos Berzosa afirma haber llegado a «la escandalosa conclusión de que en la segunda mitad del siglo pasado ningún científico social ha añadido algo que sea fundamentalmente nuevo a nuestra comprensión del sistema económico capitalista». Libertad de mercado, pues, pero tiene que incluir otras libertades imprescindibles, de cumplimiento conminatorio: la libertad de comer, de beber agua potable, de vivir, de educarse, tener acceso a la sanidad, a la justicia, a la cultura, a pensar y a expresarse, a

estar verazmente informados. Todos. La libertad no puede ligarse únicamente al beneficio económico.

Infórmate. Si es preciso, usa una brújula y bucea por la Red. Ve a las librerías y compra libros. Lee, si no lo has hecho, a los premios Nobel Krugman y Stiglitz, a Naomi Klein y Susan George y a todos los citados en este libro. Recomienda a otros si encuentras algo que te aporta conocimientos o inquietudes, descúbrenos hallazgos. Haz que destierren de los pupitres de superventas a los autores que manipulan o entontecen. Por la lógica de la oferta y la demanda, si tú quieres y muchos otros quieren, y todos se lo cuentan a otros, acabarán relegados. Eduardo Galeano dijo: «Estoy comprometido con la pasión humana y con la certeza de que somos mucho más que lo que nos han dicho que somos». Lo somos.

Queremos ser felices. Tenemos derecho a ello. Pero buscando un bienestar personal que no hiera la conciencia. Juntos. Serena y firmemente. Toma posesión de ti mismo, hazte cargo de las riendas de tu vida, busca el bien común frente al egoísmo (así es el germen de la verdadera educación). Teje y ayuda a tejer. Avispas, abejorros, moscas, incluso alguna avutarda y reptil quedarán detenidos en la tela. No te quedes solo en casa con tu información. Sal. Comparte. Actúa. Como asegura un proverbio africano, «muchas gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo pequeñas cosas, puede cambiar el mundo».

Ignacio Escolar

Ignacio Escolar. Buralés, nacido en 1975, es periodista. Fue fundador del diario Público como su primer director y actualmente continúa en el proyecto como columnista diario. También es autor de www.escolar.net, el blog de política más leído en castellano, y participa como analista en distintos programas de radio y televisión. Antes ha trabajado, entre otros medios, en La Voz de Almería, en Informativos Telecinco y también como consultor de prensa en Latinoamérica. Es también ponente habitual en congresos de periodismo digital.

Blog. Escolar.net:

www.escolar.net

En 2010 uno de cada diez jóvenes españoles tuvo que volver a casa de sus padres. La natalidad cayó otro 3,2 por ciento. El paro juvenil superó el 40 por ciento y el consumo de tabaco de liar aumentó un 38 por ciento. No suele ser una cuestión de gustos, sino de precio. Nadie vive en casa de sus padres porque quiere, nadie se fabricaría sus propios cigarrillos si pudiese pagarlos.

Todos sufrimos la debacle, la derrota; este espanto que comenzó como una crisis financiera y que después ha derivado en una contrarreforma del modelo social europeo, de ese pacto para un capitalismo humano. Volvemos al siglo XIX: Europa abandona el debate sobre las 35 horas para discutir sobre las jornadas de 65 horas semanales. Europa quiere ser China. Ya nadie promete el paraíso al otro lado del telón de acero y el pensamiento único impone al fin sus normas a una sociedad atenazada, incapaz de reaccionar ante este abismo porque asusta más el miedo a caer aún más abajo.

Todos sufrimos esa perversa desconexión entre las causas de la crisis y sus consecuencias, no sólo los jóvenes. Pero esta nueva gran depresión ha infectado una fractura generacional que expulsa del sistema, hacia la miseria, a esa juventud a la que pomposamente se llamó «la generación mejor preparada de la historia de España» y que hoy vive de sueldos mileuristas y de la caridad familiar.

La sociedad española se argentiniza: desigualdad económica y éxitos deportivos. Y el consumo de tabaco de liar o la vuelta a la casa de los padres no son las únicas pistas de que algo falla. Hay al menos otros veinticinco datos que bastan para conocer la peor realidad de España: este país que, a pesar de la crisis, puede presumir de estar entre los diez más ricos del mundo, pero que socialmente avanza hacia el subdesarrollo. El nuestro es un lugar muy especial, campeones del mundo en muchas otras cosas además del fútbol o del baloncesto; único en el planeta Tierra. No lo digo ni por las horas de sol ni por la sangría ni por la paella ni por todos esos folclóricos atributos que el ministro de Turismo franquista Manuel Fraga convirtió en la década de 1960 en el gran lema nacional: Spain is different. Y tanto que lo es.

1. El salario medio en España es de 21.500 euros brutos anuales, de los más bajos de la UE-15 (la Unión Europea antes de la expansión hacia los países del Este). El sueldo medio español es la mitad que en Alemania, Holanda o Reino Unido. Además esos 21.500 euros anuales son una media muy engañosa. Según un informe elaborado en 2009 por GESTHA (el sindicato de los técnicos del Ministerio de Hacienda), el 63 por ciento de los españoles es mileurista o algo peor.

2. España es el segundo país de la UE-15 con mayor desigualdad económica, sólo por detrás de Portugal. En los últimos diez años la desigualdad ha aumentado todavía más. Según un informe del IVIE (Instituto Valenciano de Investigación Económica), el 10 por ciento de los españoles más ricos concentra una renta 7,6 veces superior al 10 por ciento más pobre. En 2003 esa relación era de 6,2 veces. El informe no incluye los últimos tres años aunque es más que probable que la crisis haya agudizado esta proporción.

3. La tasa de pobreza relativa en España fue del 20,8 por ciento en 2010, un 2,7 por ciento más que el año anterior, según el INE (Instituto Nacional de Estadística). Es una de las más altas de toda la UE. Sólo Letonia, Lituania, Rumania, Grecia y Bulgaria están peor. Eurostat, la oficina estadística de la UE, define como pobres a aquellos hogares cuyos ingresos netos no alcanzan el 60 por ciento de la mediana de los ingresos del total del país. En el caso español se consideran pobres aquellos hogares que ganan menos de 14.300 euros al año para una familia de dos adultos y un menor de 14 años; o menos de 16.680 para dos adultos y dos menores. Es posible que usted sea pobre y no lo sepa. La mayor parte de los pobres españoles no son conscientes de que lo son: todos nos consideramos clase media.

El 39,7 por ciento de los españoles no puede irse de vacaciones fuera de su casa, ni siquiera una semana al año. El 30,4 por ciento tiene problemas serios para llegar a fin de mes, siempre según el INE. El 36,7 por ciento no puede hacer frente a un gasto imprevisto. El 7,5 por ciento tiene retrasos cada mes para pagar gastos de la casa.

Cuatro de cada diez españoles han pasado por algún periodo de pobreza entre 1995 y 2007, en esos años en los que «España iba bien». Con la crisis la pobreza ha crecido todavía más. Según los datos de FOESSA, una fundación de Cáritas, el número de pobres en España creció en un 11 por ciento entre 2007 y 2009 hasta los 2.185.000 de hogares. Suman nueve millones de personas. De entre ellos, hay unos 700.000 pobres severos en España, que viven con menos de 3.000 euros al año.

4. Uno de cada cinco jubilados es pobre, según estos parámetros de pobreza relativa. El 77 por ciento de los pensionistas no llega a mileurista. España es uno de los países de Europa que menos gasta en pensiones: sólo el 8,4 por ciento del PIB cuando la media europea es el 10 por ciento.

5. La tasa de pobreza infantil en España es del 17,2 por ciento. Es la segunda más alta de la Europa occidental. Sólo está algo peor Portugal, según los datos de UNICEF (el fondo de Naciones Unidas para la infancia). «Ser un niño pobre en España no significa necesariamente pasar hambre, pero sí tener muchas más posibilidades de estar desnutrido» —asegura Marta Arias, la responsable de sensibilización y políticas de infancia de UNICEF en un artículo publicado en el diario El País—. «No significa no tener un techo donde guarecerse, pero sí habitar una vivienda hacinada en la que no existan espacios adecuados para el estudio o la intimidad, y en la que el frío o las humedades pueden deteriorar el estado de salud». En España dos millones de menores de edad viven en esas condiciones. Son esos niños que después, cuando sean jóvenes, tienen bastantes papeletas para convertirse en esos ni-ni que ni estudian ni trabajan, de los que después se nutre la pornomiseria que emiten algunos programas de televisión.

España es —con Grecia— el país de Europa que menos dinero público gasta en infancia y familia según UNICEF: sólo un 0,7 por ciento del PIB cuando la media europea es del 2,3 por ciento.

6. El ascensor social no funciona en España. La movilidad entre clases sociales se ha estancado desde la década de 1970 y el aumento en la educación de los jóvenes no ha reducido la desigualdad. Ha crecido el número de universitarios, pero al mismo tiempo se han elevado los requisitos para conseguir un puesto de trabajo privilegiado. Antes valía con una licenciatura y eran muy pocos los que la podían pagar. Hoy hace falta un MBA (Master of Business Administration) y son también muy pocos quienes se lo pueden permitir.

Los españoles estamos casi predestinados a ser un poquito más o un poquito menos de lo que fueron nuestros padres. Apenas hay saltos entre clases sociales. Según un estudio publicado por la revista del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) de los sociólogos Ildelfonso Marqués y Manuel Herrera, el 32,9 por ciento de los españoles de 30 años tiene prácticamente la misma situación laboral y académica que sus padres. Entre el 67,1 por ciento que cambia de clase social, son minoría los que dan un salto verdaderamente relevante. Cambian los trabajos y la sociedad, y los hijos de campesinos se convierten así en obreros cualificados. Pero apenas se modifica su posición en la pirámide social.

Y mientras tanto, en el otro extremo de la galaxia...

7. Los altos directivos españoles son los mejores pagados de Europa según un estudio de la consultora francesa Alpha Value, que ha comparado las 354 empresas más grandes de la UE. Su sueldo no ha parado de crecer a pesar de la crisis. Según los datos publicados por las propias empresas ante la CNMV (Comisión Nacional del Mercado de Valores), en el peor año de la crisis, en 2009, los sueldos de sus consejos de administración y cúpulas ejecutivas aumentaron un 15 por ciento.

Los 584 consejeros y altos directivos de las empresas del IBEX 35 cobraron un millón de euros de media. Es un sueldo equivalente a 113 salarios mínimos españoles. Nunca antes han ganado tanto en relación con el salario mínimo. Si nos fijamos sólo en los 83 consejeros delegados y otros altos ejecutivos de las principales empresas cotizadas, su sueldo medio es de 2,7 millones de euros anuales: 313 veces el salario mínimo.

Al año siguiente, en 2010, los sueldos de esos altos ejecutivos españoles del IBEX subieron otro 20 por ciento más, hasta los 3,2 millones de euros de media: 150 veces el sueldo medio de un español, 360 veces el salario mínimo. Nunca antes en la historia han cobrado tanto dinero ni en términos absolutos ni menos aún comparados con el salario medio.

8. Mientras los grandes salarios se disparan, el sueldo medio real de los españoles no sube, sino que baja, si descontamos la inflación. España es el único país de entre todos los socios de la OCDE (los 34 países más ricos del mundo) cuyo salario medio real ni siquiera aumentó durante los supuestos años buenos, en los que la economía española crecía a todo gas. Según los datos de la OCDE, entre 1995 y 2005, el salario medio real en España perdió un 4 por ciento de poder adquisitivo. Entre 1999 y 2006 los beneficios empresariales españoles crecieron un 73 por ciento.

9. España es uno de los países de Europa con menos porcentaje de trabajadores afiliados a los sindicatos: sólo el 15 por ciento. España también es el país europeo con mayor número de empresas afiliadas a la patronal: el 72 por ciento.

10. Los beneficios de las grandes empresas españolas han aguantado bastante bien la crisis económica. En el año 2010 las compañías del IBEX 35 ganaron cerca de 50.000 millones de euros, un 21 por ciento más que el año anterior. Es el mejor resultado de toda la historia del IBEX 35, por encima de los beneficios del año 2007, cuando sumaron 49.246 millones. A pesar de la crisis en ningún momento las grandes empresas españolas han entrado en pérdidas. Han ganado algo menos, pero ni siquiera en el año más duro, en 2009, los beneficios de las treinta y cinco grandes de la Bolsa de Madrid bajaron de los 40.000 millones anuales.

11. Telefónica ganó 10.167 millones de euros en el año 2010. Es el mayor beneficio jamás declarado por una empresa española, un 30,8 por ciento más que en 2009. A pesar de estas mareantes cifras Telefónica ha presupuestado 658 millones de euros en 2011 para reducir su plantilla. Casi la tercera parte de ese dinero para despidos, 202 millones, se gastará en España y Portugal, donde Telefónica obtiene el 37 por ciento de sus beneficios antes de impuestos y amortizaciones. Aún no ha concretado cuántos empleos piensa recortar, pero esos 202 millones en indemnizaciones por despido y prejubilaciones son sólo una parte de la factura. Hay otra parte que pagaremos el resto de los españoles a través de la Seguridad Social, como sucede siempre que una empresa prejubilada a trabajadores.

12. Los jóvenes españoles se tendrán que jubilar a los 67 años, tal vez más porque la UE presiona para que la edad de jubilación se eleve a medida que aumenta la esperanza de vida. Si son afortunados, algunos podrán cobrar la jubilación máxima aunque para ello tendrían que empezar a trabajar desde ya, y no parece fácil. Para ello conviene saber muy bien qué sector elegir si es que está en sus manos. En España los trabajadores que antes se retiran son los empleados de banca. Su media es diez años menor a la de los que más tarde se bajan del andamio, los empleados de la construcción. No sorprenden estas cifras, que a corto plazo no van a cambiar. El plan de fusiones de las cajas de ahorros que está dirigiendo el Banco de España tiene previstas alrededor de 15.000 prejubilaciones, el 15 por ciento de sus plantillas. Esos despidos del sector financiero los pagaremos los españoles a través de dos vías: desde el FROB (Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria), el dinero público que se está prestando a bajo precio a los bancos y cajas. Y también desde la Seguridad Social a través de las prejubilaciones.

13. Los altísimos beneficios de las empresas españolas serían una fantástica noticia para la Hacienda pública... siempre y cuando se declarasen íntegramente aquí. El 82 por ciento de las empresas del IBEX 35 utiliza paraísos fiscales. El relevante dato, que aparece en otros pasajes de este libro, sale del Observatorio de Responsabilidad Corporativa, de su último informe sobre el año 2010. A pesar de los supuestos esfuerzos del G8 («La era del secreto bancario se ha terminado», anunció solemne Nicolas Sarkozy en la cumbre de Londres de abril de 2009) el uso de los paraísos fiscales para defraudar legalmente impuestos ha ido a más entre las grandes compañías españolas. En el año 2007 el porcentaje

de empresas del IBEX 35 con filiales sin actividad operativa en paraísos fiscales era del 69 por ciento. Hoy son el 82 por ciento.

14. La propia España se ha convertido en una suerte de paraíso fiscal para empresas extranjeras a través de un subterfugio fiscal: las ETVE (Entidades de Tenencias de Valores Extranjeros). La compañía más grande del mundo, la petrolera ExxonMobil, tiene una filial en España que ganó en dos años 9.907 millones de euros y no pagó ni un duro a Hacienda. Esa empresa, ExxonMobil Spain, cuenta con un solo empleado, tal vez el trabajador más productivo del mundo: su sueldo es de 44.000 euros anuales y genera casi 5.000 millones al año de beneficios. La petrolera no sólo no ha pagado impuestos ni ha generado empleo sino que, además, se ha beneficiado de ayudas fiscales por valor de 1,5 millones de euros españoles.

15. España es uno de los países de la Unión Europea que menos invierte en I+D. Según los datos de Eurostat del año 2010 España invierte sólo el 1,38 por ciento del PIB en I+D mientras que la media europea es del 2,01 por ciento.

El gasto militar en España fue también un 1,3 por ciento del PIB según las tablas de 2009 que publica el Banco Mundial. Parece que gastamos lo mismo en ejércitos que en I+D pero el dato es engañoso: gran parte de lo que España contabiliza como I+D es también inversión militar.

16. Somos uno de los países de Europa con mayor desigualdad entre hombres y mujeres. La brecha salarial —esto es la diferencia entre el sueldo medio de las mujeres respecto al sueldo medio de los hombres— es del 22 por ciento, cinco puntos más que la media europea. A iguales trabajos la diferencia de sueldo entre una mujer y un hombre está entre un 9,7 y un 12 por ciento, según un estudio de la empresa de recursos humanos ICSA junto con la escuela de negocios ESADE. La Ley de Igualdad obliga a que los consejos de administración de las empresas cuenten con un 40 por ciento de mujeres para 2015, pero su número no crece desde 2007. En las empresas del IBEX 35 hay 54 consejeras frente 448 consejeros. Una de cada cinco empresas del IBEX 35 no tiene ni una sola mujer en su consejo de administración.

17. España es el país del primer mundo, de entre todos los socios de la OCDE (los 34 más ricos del planeta), con mayor porcentaje de estudiantes universitarios que trabajan en empleos muy por debajo de su preparación. Según el informe Education at a Glance 2010, de la OCDE, el 44 por ciento de los universitarios españoles de entre 25 y 29 años estaban sobrecualificados para su trabajo. La media de la OCDE es la mitad de la española: el 23 por ciento.

18. España puede presumir de contar con el entrenador de fútbol mejor pagado del mundo: José Mourinho, del Real Madrid. Cobra diez millones de euros al año: 1.133 veces el salario mínimo interprofesional.

También está en España el equipo deportivo que más dinero ingresa de todo el planeta Tierra: el Fútbol Club Barcelona. En la temporada 2009-2010 batió el récord mundial con 445 millones de euros a muy poca distancia de su eterno

competidor, el Real Madrid. Ningún equipo de la NBA ha ingresado una cifra equivalente jamás.

19. España no sólo es el vigente campeón de la Eurocopa. También es el país con más billetes de 500 euros de toda la Unión Europea. Uno de cada cuatro de todos los Bin Laden (el apodo popular con el que se conoce a este billete que se supone que existe aunque nadie haya visto jamás) está en España. Es más, el 65 por ciento de todo el dinero que circula en este país se mueve en esta moneda invisible, siempre según los datos del Banco de España. En total, los billetes de 500 suman 52.244 millones de euros y un altísimo porcentaje de esa pasta —que se sabe que está aquí, guardada en cajas fuertes, en calcetines y en colchones— no paga impuestos jamás. Según los técnicos de Hacienda, el billete de 500 es la herramienta para un fraude fiscal de 16.000 millones al año: aproximadamente doce veces más de lo que ahorró el Estado congelando la subida de las pensiones.

20. España es medalla de bronce europea en economía sumergida, sólo por detrás de Grecia y de Italia. En los últimos años, con la crisis, el porcentaje del dinero que se mueve por las sombras, sin pagar impuestos, ha crecido. Es como la materia oscura, sabemos que está ahí pero no la podemos ver. Un estudio publicado en febrero de 2011 por FUNCAS (la Fundación de las Cajas de Ahorros) calculó un tamaño del 17 por ciento. Según esos datos hay en España cuatro millones de empleos en la economía sumergida y un desfaldo fiscal anual de 32.000 millones de euros.

32.000 millones de euros es el doble del presupuesto público de la Comunidad de Madrid para 2011. 32.000 millones de euros son veintidós veces más que el ahorro por congelar las pensiones en 2010.

España es el único lugar conocido donde los autónomos y los pequeños y medianos empresarios que tributan por módulos o por estimación directa declaran, de media, menos ingresos anuales que los trabajadores y los pensionistas. El dato lo da el sindicato de los técnicos del Ministerio de Hacienda y, si no se trata de un enorme fraude fiscal, sin duda estamos ante un auténtico milagro. Somos el único país del planeta donde hay un amplio sector de los empresarios que, ante Hacienda, son una suerte de ONG, que ganan menos que sus propios trabajadores.

21. España es el país de Europa con más paro: un 20,2 por ciento de la población activa mientras escribo estas líneas, en febrero de 2011. Es el doble de la media europea, una rareza única en el primer mundo. Para encontrar una tasa de desempleo similar hay que viajar a Mozambique (21 por ciento), a Irak (19 por ciento) o a Sudán (19 por ciento).

El paro en España es el doble de la media europea. También somos un país con el doble de contratos temporales que la media de la UE. Durante años fuimos los líderes absolutos de Europa con un porcentaje de contratos temporales superior al 30 por ciento. Ahora, con la crisis, el porcentaje de temporales ha bajado hasta el 26,5 por ciento (es obvia la razón: son más fáciles de despedir y por eso la mayoría se ha ido al paro). Hoy sólo nos gana Polonia (26,5 por ciento), pero en cuanto el PIB español crezca seguro que volveremos a ser los plusmarquistas en precariedad laboral.

22. España también cuenta con el récord absoluto de paro juvenil del mundo civilizado: un 40,06 por ciento en enero de 2011. Hay que viajar al Norte de África, hoy en llamas, para encontrar un porcentaje de paro juvenil similar a esta cifra. Cuatro de cada diez jóvenes no trabaja y el 15,6 por ciento ni estudia ni trabaja: ni tiene nada ni aspira a nada.

Si trabajas y tienes menos de 34 años, la probabilidad de que tu contrato sea temporal es del 37,4 por ciento. Si trabajas y tienes más de 34 años, las probabilidades de que tengas un contrato temporal bajan al 16,4 por ciento.

Más de la mitad de los jóvenes de entre 18 y 34 años, el 54,2 por ciento, vive con sus padres según el Consejo de la Juventud de España. El 10 por ciento de los que intentaron emanciparse, 264.000 jóvenes, han tenido que volver a vivir a casa de sus progenitores en 2010.

23. España es el país de Europa que más jóvenes ha perdido de toda la UE, el doble de la media europea. La pirámide de población envejece. La edad media a la que una española tiene su primer hijo es también de las más altas de Europa: casi 32 años según el INE. La natalidad se está reduciendo aún más con la crisis: desde 2009 está bajando y en 2010 cayó un 3,2 por ciento. Cada mujer tiene, de media, sólo 1,38 hijos.

24. El salario medio de los jóvenes españoles está ligeramente por debajo de los 16.000 euros anuales. En el año 2008 un joven español necesitaba un 95 por ciento de ese sueldo para poder comprarse una casa. Tras el fin de la burbuja la cosa no ha mejorado mucho: en 2011 sólo necesita un 77 por ciento. Si se compra la casa en pareja, basta con la mitad. Si después esa pareja se rompe, ya pueden ambos empezar a rezar: lo que la hipoteca ha unido el hombre no lo separa jamás.

25. El presidente del Foro de Davos, Klaus Schwab, avisó a finales de 2010 de que la situación en España podría derivar en una nueva revolución juvenil, en un nuevo Mayo del 68. «Nos hemos enfrentado a una crisis financiera que se ha transformado en una crisis económica y, en muchos países, en una crisis social, que amenaza con convertirse en una guerra generacional», asegura Schwab. Y esto no lo pronostica ningún líder altermundista, sino el presidente del Foro Económico Mundial.

Pero no todos los datos para los jóvenes son deprimentes, desesperantes o indignantes. Los jóvenes españoles también son —o al menos eso dice la industria del entretenimiento— de los que más películas, series y música descargan de Internet en Europa. También es España el tercer mayor mercado europeo en videojuegos. Es la válvula de escape de la generación estafada: esos jóvenes que probablemente serán los primeros en vivir peor que sus padres desde la Guerra Civil. Les cambiaron el espacio por el hiperespacio, el derecho a una vivienda digna por la Playstation 3.

Además de estos veinticinco argumentos hay otras dos razones más para reaccionar: que se puede y que funciona. Se puede porque existen herramientas para ello: esas redes sociales que han sido fundamentales en las revueltas del norte de África. Nunca antes en la historia ha sido más fácil organizarse y no

hace falta pasar por los medios de comunicación tradicionales que, hasta ahora, han definido la realidad al explicarla. La estudiante de 21 años de la Universidad de El Cairo que creó en Twitter la etiqueta #jan25 a través de la cual se coordinaron todas las protestas de la plaza de Tahrir se llama @alya1989262. Sólo tiene 409 seguidores.

En diciembre de 2009 un grupo de bloggers, poco más de una docena de personas, nos organizamos a través de una lista de correo para publicar un manifiesto contra la Ley Sinde en defensa de los derechos fundamentales en Internet. Fue precisamente la coordinadora de este libro, Rosa María Artal, quien tuvo aquella idea genial. Más de un cuarto de millón de personas, jóvenes en su mayoría, difundieron ese manifiesto a través de los blogs y las redes sociales. Apenas veinticuatro horas después de publicarse el presidente del Gobierno tuvo que rectificar públicamente a su ministra de Cultura y cambiar la primera redacción de esa ley. Las protestas siguieron porque aquel cambio no fue suficiente y, al final, el PSOE pudo sacar adelante la Ley Sinde con el apoyo de CiU y el PP.

La ley ya se ha aprobado. Pero a pesar de todo la protesta triunfó por una razón fundamental: porque los ciudadanos demostraron que se podía hacer política al margen de los partidos, desde Internet. Porque todas las revoluciones son un éxito, incluso aquellas que no logran todos sus objetivos.

De todos los argumentos contra cualquier movilización hay uno que siempre se repite: «No va a valer de nada». En ese determinismo fatalista vive hoy gran parte de la sociedad, esos ciudadanos que en la tertulia del bar critican esta situación pero que después afrontan su destino resignados porque, total, nada va a cambiar. Es una profecía autocumplida: nada cambia cuando nadie hace nada, y vuelta a empezar.

¿En qué estrellas está escrito que nada de nada va a cambiar? ¿Cómo es posible que incluso durante la dictadura las protestas y las huelgas —entonces ilegales— pudieran mejorar las condiciones de los trabajadores y hoy, en una democracia, gran parte de la sociedad crea que no hay nada que hacer? ¿Por qué la juventud española sólo protesta masivamente para defender su ocio digital, pero se resigna ante todas las demás injusticias que hacen que ésa sea su única válvula de escape? ¿Por qué la ciudadanía no presiona y deja todo el campo a esos mercados sin cara, sin nombre y sin más principios que el egoísmo de su cuenta de resultados?

Íbamos a reformar el capitalismo y al final ha sido el capitalismo quien nos ha reformado a nosotros. ¿A qué esperamos para reaccionar?

Carlos Martínez es profesor de investigación del CSIC y ha realizado sus trabajos en España, Suiza, Alemania, Suecia, Francia, Canadá y Estados Unidos. Ha publicado más de 450 trabajos en prestigiosas revistas científicas internacionales y es colaborador habitual en diferentes medios de comunicación como experto en ciencia. Su trabajo ha sido reconocido con múltiples premios, entre los que destacan, el DuPont, el Carmen y Severo Ochoa, el Rey Jaime I de Investigación Científica, el Lilly de Investigación Preclínica y el Nacional de Investigación en Medicina Gregorio Marañón. Es doctor honoris causa y miembro de varias Academias. Ha participado como experto en la Unión Europea, la OTAN, el Programa Human Frontiers (HFPS), el Consejo Científico de la Organización Europea de Biología Molecular (EMBO) y en la Conferencia Europea de Biología Molecular (EMBC) de la que fue presidente. Ha sido presidente del CSIC y secretario de Estado de Investigación.

Javier López Facal es profesor de investigación del CSIC y doctor en Filología Griega por la Universidad Complutense (1972). Trabajó en lexicografía griega en el CSIC entre 1968 y 1983. Vicepresidente de este organismo entre 1983 y 1988, ocupó a continuación diversos cargos de gestión del sistema de I+D y desde 1996 se dedica al análisis de la política científica y la gestión de la investigación. Ha publicado libros de filología griega y política científica, traducciones al español desde varias lenguas, artículos académicos en revistas de filología y de divulgación, u opinión en diarios y revistas generalistas.

España puede cambiar en unas pocas decenas de años su imagen y su historia de escasa tradición científica y limitadas aportaciones a la tecnología moderna siempre que adopte las políticas adecuadas y que lo haga de una manera sostenida.

Probablemente sólo unos pocos analistas, de esos que día a día predicán la ruina e inminente disolución de España como país, reconocerían hoy la vigencia de tantas sombrías descripciones que se han venido haciendo sobre estos reinos desde el siglo XVII.

Nos referimos, por ejemplo, al quevediano «Miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes ya desmoronados / de la carrera de la edad cansados / por quien caduca ya su valentía...», que termina de manera escasamente optimista con aquello de «Y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte»; nos referimos a tantas Cartas marruecas como las de Cadalso en el siglo XVIII, a tantas ácidas reflexiones como las de Mariano José de Larra en el siglo XIX o las de los regeneracionistas de fin de siglo e, incluso, a aquellos hermosos versos de Gil de Biedma, ya en la década de 1960 que decían: «De todas las historias de la Historia / sin duda la más triste es la de España, / porque termina mal. Como si el hombre, / harto ya de luchar con sus demonios, / decidiese encararles el gobierno / y la administración de su pobreza».

Este género jeremiaco, del que aquí hemos presentado una mínima síntesis apresurada, nos ha aportado a lo largo de la historia no pocos versos, a veces hermosos, y algunas prosas, ocasionalmente brillantes, pero no ha solido destacar por sus análisis desapasionados, sólidos, rigurosos y políticamente útiles.

Se puede constatar que siglo tras siglo, a los españoles nos ha dolido, aparentemente, eso que se ha llamado el ser de España y en consecuencia nos hemos dedicado con una perseverancia digna de mejor causa a criticar a nuestro país y a despellejarnos a nosotros mismos.

Debe ser éste quizá un rasgo característico de los pueblos ibéricos, porque aquello de «amigos, que desgraça nascer em Portugal» del poema Só, de António Nobre, tan aplaudido por Unamuno, es también una brillante perla del género. Es cierto que, por lo menos, este poeta portugués advertía a sus lectores: «tende cautela, não vos faça mal, que é o livro mais triste que há em Portugal».

Pero volvamos a nuestro familiar Estado de las autonomías: normalmente las jeremiadas hispanodolientes son de carácter cíclico y, por tanto, proliferan en las fases declinantes de los ciclos económicos: vivíamos en el mejor de los mundos hasta el año 1992, viajando en AVE, visitando la Expo de Sevilla («la más grande ocasión que vieron los siglos», que decía don Miguel de Cervantes), ganando abundantes medallas olímpicas en Barcelona y de inmediato, sin solución de continuidad, caímos de nuevo en el negro pesimismo histórico, que dilapidó la recién ganada autoestima en apenas unos meses; pocos años después volvimos a crecer a ritmos casi chinos en los comienzos del siglo XXI, superando a Italia en renta per cápita, dizque teniendo a Francia al alcance de la mano y de nuevo se vino todo abajo en unos meses y nos deslizamos hasta un abismo. En

2006 andábamos de nuevo, en efecto, sobrados de entusiasmo y optimismo, pero desde 2009 volvemos a preguntarnos si va a sobrevivir España como país, si vamos a tener dinero para pagar las pensiones o si vamos a poder sostener el sistema nacional de salud tal como hoy lo conocemos.

¿CON QUÉ DERECHO?

Un obispillo inglés de corta estatura y larga inteligencia, llamado John de Salisbury, escribió en pleno siglo XII unas sentidas reflexiones que merecen ser recordadas: «*Quis Teutonicos constituit iudices nationum? quis hanc brutis et impetuosis hominibus auctoritatem contulit, ut pro arbitrio principem statuunt super capita filiorum hominum?*», es decir, «¿Quién ha nombrado a los alemanes jueces de las naciones? ¿Quién ha dado a estos hombres, brutos e irreflexivos, la autoridad de elegir arbitrariamente a un príncipe sobre las cabezas de los hijos de los hombres?».

La reciente visita a Madrid de la canciller Angela Merkel despertó en no pocos analistas nacionales reacciones y reflexiones similares a las de este obispo inglés, que es conocido también como *Ioannes Parvus*.

No sabríamos responder cabalmente al desconcertado estupor del obispo medieval, pero sí podemos ofrecer unos cuantos datos que ayuden a comprender el origen de la autoridad de la actual canciller alemana: el 41 por ciento de los trabajadores españoles no alcanzó en su día la enseñanza secundaria, en Alemania ese porcentaje es inferior al 20 por ciento; en España las PYMES dan trabajo al 82 por ciento de los trabajadores, en Alemania al 60 por ciento; en España las PYMES producen el 60 por ciento del PIB, en Alemania el 46 por ciento; en el ranking Scimago de universidades del mundo figuran seis universidades alemanas entre las doscientas primeras frente a una sola española; España ha venido recortando el gasto en I+D desde 2008, Alemania lo ha incrementado (este mismo año en un 7,2 por ciento); en el Max Planck alemán trabajan en la actualidad una decena de premios Nobel; en su equivalente español, el CSIC, ninguno aunque habrá que reconocer que, por lo menos, el CSIC gana al Max Planck en número de institutos: 128 frente a 85; Alemania produce el 41 por ciento de patentes solicitadas a la Oficina de Patentes Europeas frente al 1,2 por ciento de España, y así sucesivamente. Hay, pues, unas notables diferencias entre los dos países: en su estructura empresarial, en su nivel educativo, en la composición y la competitividad de los centros de investigación y en la financiación de su tejido de I+D por no mencionar sino sólo cuatro sectores clave para explicar la riqueza, y la subsiguiente influencia, de las naciones.

Si tuviéramos, pues, que responder con casi mil años de retraso a la pregunta de John de Salisbury, diríamos que son los propios alemanes quienes les han dado a sus gobernantes *hanc auctoritatem* y, por tanto, seríamos los propios españoles a sensu contrario los responsables de nuestra situación.

Cuando la derrota en la guerra contra Estados Unidos en 1898, el negociador español del subsiguiente Tratado de París, Eugenio Montero Ríos, fue abroncado a su vuelta desde los bancos de la oposición en el Congreso de los Diputados. Montero Ríos contó entonces a sus ilustres señorías que había sido asesinado recientemente cerca de su ciudad natal, Santiago de Compostela, un cura párroco, conocido como O Meco. Cuando la Guardia Civil fue a investigar el lugar del crimen para tratar de identificar al culpable, se topó en los interrogatorios con una respuesta unánime por parte de los vecinos, «Ao Meco matámolo todos». Vamos a adoptar esta respuesta de la aldea gallega como modelo explicativo provisional para aplicarlo a la situación española actual, pero veamos antes algunos datos orientativos al respecto.

Desde el estallido de las hipotecas subprime que, por cierto, pilló de sorpresa a expertos, gurús, agencias de calificación y gobiernos de todo el mundo, España ha pasado de un paro del 8,3 por ciento que afectaba a 1.833.900 trabajadores en 2007 a un paro del 20,3 por ciento que afecta a 4.696.600 a finales de 2010, y ha visto reducido su índice de crecimiento económico del 3,90 por ciento del PIB a un decrecimiento (ahora se dice «crecimiento negativo») de un -0,1 por ciento o, si acaso, a un crecimiento homeopático, es decir, el país se ha empobrecido de una manera rápida, comprobable y fácilmente cuantificable.

UNA SOCIEDAD QUE REACCIONE

Rebus sic stantibus a lo mejor tendríamos que pensar en reaccionar como sociedad, tendríamos que reorientar un poco el rumbo o quizá tendríamos que reformatear algunas políticas públicas en lugar de entregarnos al tradicional disfrute de competir sobre quién es el más estridente, el más apocalíptico y más ingenioso diagnosticador de los males de la «patria mía», que decía Quevedo.

Para promover en Europa lo que habría de ser «el mayor espacio de bienestar» se lanzó en el año 2000 la Agenda de Lisboa con el objetivo de alcanzar en 2010 el 3 por ciento del PIB dedicado a la financiación de la investigación, al que el sector productivo contribuiría con el 66 por ciento. Los últimos datos oficiales (INE) de 2008 para el caso de España nos sitúan en el 1,38 por ciento, con una contribución de la iniciativa privada del 45 por ciento, es decir, llegados ya al año 2010, nos encontramos a una distancia inalcanzable de los objetivos de aquella, en su día, famosa Agenda de Lisboa.

El último estudio La Responsabilidad Social Corporativa en las memorias anuales de las empresas del IBEX 35 elaborado por el Observatorio de Responsabilidad Social Corporativa, ya aludido en este libro, constata datos que tienen mucho que ver con el asunto que tratamos. Las empresas del IBEX 35 han reducido su contribución fiscal un 55 por ciento entre 2007 y 2009 a pesar de que esos mismos años crecieron de manera llamativa sus inversiones en paraísos fiscales y a pesar de que, ni por asomo, habían visto reducidos sus beneficios en semejante proporción. El mismo informe explica cómo esas empresas, cuyos beneficios netos están gravados con un 30 por ciento, no suelen llegar a pagar más de un 10 por ciento por exenciones, deducciones y otras comprensivas figuras fiscales. Pues bien, contamos, como es bien sabido, con algunas empresas que son líderes mundiales en su sector de actividad, pero no

tenemos ninguna en la cima de la contribución a la financiación de la investigación según el último European Innovation Scoreboard.

Habría que recordarle, pues, al desconcertado obispo inglés que esos brutos e irreflexivos ciudadanos alemanes están sometidos a una política fiscal tan estricta como aparentemente eficaz y que quizá por ello tanto su Estado federal como sus länder pueden hacer frente a los compromisos electorales y a las políticas sociales con mayor solvencia que otros países europeos.

Don Ramón de Campoamor, tan popular en su día por sus Humoradas y otros similares versillos de vuelo rasante, sostenía: «En guerra y amor es lo primero / el dinero, el dinero y el dinero», aforismo que se puede hacer extensivo a cualquier política pública: difícilmente se podrán financiar infraestructuras o políticas sociales sin «el dinero, el dinero y el dinero» y ello conlleva, necesariamente que se debe mejorar hasta donde sea posible el funcionamiento de la Agencia Tributaria y cualesquiera otros instrumentos de la política fiscal, porque en la misma medida en que disminuya la economía sumergida y aumente la recaudación fiscal se reducirá el déficit del Estado y no sólo se podrán financiar mejor las políticas públicas, sino que será menos necesario recurrir a los intratables mercados exteriores para llegar a fin de mes.

CAMBIAR DE DIOSSES

El afortunado título que Sánchez Ferlosio dio en 1986 a un libro suyo (Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado) podría adoptarse como una especie de eslogan de un posible movimiento de regeneración o de reacción política y social en esta situación insostenible e inaceptable para una mayoría de los ciudadanos: si no estamos contentos con la situación presente de nuestro país, probemos a cambiar a sus dioses para que de verdad cambien las cosas y para que no ocurra aquello del príncipe de Salina en *Il Gattopardo*, que proponía astutamente cambiar sólo algunas cosas para que todo siguiese igual.

Cambiar los dioses, entendiendo por ello las creencias más íntimas y aparentemente firmes e inamovibles de las personas, no sólo es posible, sino que incluso es relativamente frecuente. Es sólo cuestión de tiempo y de que se den las circunstancias adecuadas.

Recordemos, por ejemplo, cuáles eran los valores dominantes en España durante el franquismo y comparémoslos con la situación actual en que la mayoría de la población ya no considera al matrimonio un sacramento y, en consecuencia, se casa sólo por lo civil; en que miles de personas contraen matrimonios homosexuales; en que miles de ciudadanos donan sus órganos o los de sus seres más queridos para trasplantes; en que amplios sectores sociales abogan por la despenalización de la eutanasia; en que se han abandonado costumbres que parecían eternas, como el servicio militar obligatorio o la imposibilidad de que las mujeres accediesen a puestos de combate en las Fuerzas Armadas, y tantos otros cambios de valores, usos y costumbres que hemos visto a lo largo de unos pocos años, y que suponen unos cambios más profundos que los que supondrían un cambio de dioses. De hecho, cuando el emperador Constantino legalizó el cristianismo y poco después cuando Teodosio

lo convirtió en religión oficial del imperio, no se dieron cambios tan grandes, por ejemplo en los ejércitos.

Se podría decir, por tanto, que hemos podido asistir en el espacio de nuestras vidas al cambio de algunos dioses y en consecuencia no parece descabellado postular como posible y deseable que España siga renovando obstinada y pacientemente su viejo panteón.

LOS MEDIOS PRECISOS

Los autores de este texto, cuya lectura parece no haber desanimado al amable lector hasta aquí, no nos resignamos concretamente a que España no tenga una educación tan buena como la de Finlandia o una investigación científica tan profesional como la de Suecia, país que cuenta en las bases de datos internacionales con 15,80 artículos científicos per cápita frente a los 3,54 de España. Por otra parte, si bien es cierto que España ocupa de forma provisional el noveno puesto mundial por el número de trabajos científicos publicados, esa posición se sitúa por debajo del veinte cuando la comparación es sobre el número de citas por artículo.

Conseguir el nivel educativo y el nivel científico de Finlandia y Suecia no es imposible: es una cuestión de diseño estratégico, de consenso político y social, de reformas en la arquitectura institucional y de esfuerzo económico sostenido.

Si hemos logrado introducir reformas, algunas bien dolorosas, en el mercado de trabajo, en el sistema financiero y en las pensiones, parece razonable pensar que se pueden introducir también en el sistema educativo y en el sistema de I+D, imprescindibles para «cambiar de dioses», es decir, para cambiar de modelo de crecimiento.

Se puede lograr en el mismo tiempo que ha tardado el país en renovar una gran parte del panteón considerado inmutable bajo el franquismo: con las políticas adecuadas España puede figurar, en unas pocas décadas, entre los líderes mundiales en educación y en I+D o, lo que es lo mismo, puede situarse entre los best performers o alumnos más aventajados al respecto del planeta Tierra.

Conocemos el marco tanto en el ámbito nacional como en el internacional; sabemos de qué estamos hablando y, por tanto, creemos poder afirmar, documentada y empíricamente, que se trata de un objetivo político al alcance de esta sociedad siempre que se pongan los medios adecuados.

Hemos hablado, en primer lugar, de diseño estratégico. Es cierto que nuestro país dispone ya desde 2007 de una llamada «estrategia nacional de ciencia y tecnología» (ENCYT, www.micinn.es), pero cuando hablamos aquí de una estrategia en ciencia y tecnología hablamos de unas pocas directrices, bien meditadas, que orienten la política científica futura, y no de un catálogo de áreas de conocimiento universitarias, en el que deben figurar todas para que no se enfaden los olvidados o los preteridos.

Cuando hablamos de consenso político, no nos referimos a que el ministerio de turno se ponga de acuerdo con otros departamentos y luego presente un documento ya cerrado a los consejeros de las Comunidades Autónomas para que lo conozcan y, si acaso, lo bendigan.

Cuando hablamos de reformas en la arquitectura institucional, no nos referimos a la creación de nuevas instancias de gobernanza del sistema de I+D «sin aumento del gasto público», como proponen las Adicionales octava y duodécima del proyecto de Ley de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación (LCTI), actualmente en trámite parlamentario.

Reformar el sistema actual para hacerlo más eficiente y dinámico, como es el caso de la creación de la Agencia de la Financiación de la Investigación, cuesta dinero y, por tanto, legislar que se va a acometer su reforma a coste cero no resulta muy esperanzador.

Como decía Ortega, en memorable ocasión: «No es eso, no es eso». Cuando hablamos de cambios en la arquitectura institucional, nos referimos a la simplificación y ordenación del minifundio existente, al cambio de régimen de contratación del personal, al desarrollo de una auténtica carrera científica, a la concesión de flexibilidad y autonomía a los centros de investigación; a la creación de un espacio capaz de retener y atraer talento internacional, ofreciendo masa crítica, infraestructuras y salarios acordes con los tiempos actuales y a otros asuntos de mayor enjundia sobre los que existe abundante literatura escrita por los expertos en la política científica española.

Cuando hablamos de un «esfuerzo económico continuado», nos referimos a romper con esa tradición tan enraizada por estos lares, de otorgar incrementos presupuestarios considerables, generosos incluso en las fases alcistas del ciclo y estrujar los presupuestos de I+D hasta el ahogo de las instituciones en las fases bajistas, como es ahora el caso. Hablamos de alejar definitivamente aquello que Cajal ya criticaba hace un siglo: las arrancadas de caballo y las paradas de burro. Tampoco es eso, porque la ciencia, como Zamora, no se conquista en una hora, sino que necesita años para dar frutos, como el olivar.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Existe una creencia muy extendida en la clase política y parte de la ciudadanía de que el polinomio I+D+i es una descripción exacta de un proceso lineal, que se cumple de forma inexorable, según el cual en primer lugar surgiría una idea brillante en un laboratorio científico (I), luego esta idea sería desarrollada en algún centro tecnológico o similar (D) y finalmente este desarrollo sería transferido a una empresa, que lo convertiría en una innovación (i) y lo lanzaría después al ávido mercado.

Pues bien, las cosas no funcionan así, prácticamente nunca; desde luego antes del siglo XIX las innovaciones tecnológicas (molinos, barcos, máquinas de vapor, armas, tejidos, cultivos, construcciones, etcétera) fueron obra de simples improvers of technology sin ninguna aportación apreciable de la ciencia de su tiempo; durante los siglos XX y XXI las relaciones entre el conocimiento

científico y las innovaciones tecnológicas han venido siendo mucho más estrechas, pero en ningún caso han seguido un proceso lineal o secuencial, como podría hacernos creer el manido polinomio I+D+i. Se ha dicho, por ejemplo, y con toda razón, que deben más los principios de la termodinámica (Carnot, 1824) a la máquina de vapor (James Watt 1770, George Stephenson 1825) que ésta a aquéllos.

No es éste el lugar para entrar en detalle sobre el complejo proceso de innovación tecnológica y sus complicadas relaciones con los descubrimientos científicos, pero queremos dejar claro a los lectores que los investigadores sabemos que no existe una relación ni lineal ni directa entre la ciencia y las innovaciones que se introducen en el mercado.

Sabemos también que la insuficiencia en el desarrollo de la ciencia en un determinado país no es la responsable ni de su paro laboral ni de su baja productividad relativa.

Ahora bien, existen abrumadoras evidencias empíricas de que los países que no tienen un alto nivel educativo y un alto nivel científico alcanzan enseguida un techo de cristal que, si no lo rompen, los condena a perpetuarse en una determinada cota de desarrollo.

España se ha desarrollado mucho y muy rápidamente en los últimos decenios, hasta superar la media de riqueza de los países de la Unión Europea, pero hemos llegado ya a nuestro techo de cristal y para superarlo no hay otra alternativa que mejorar los niveles educativo y científico del país.

No es una extravagancia propia de ricos ociosos el hecho de que los países de mayor producción tecnológica y mayor dinamismo económico sean también los que más invierten en investigación básica. Se trata más bien de que los países son ricos porque investigan, no investigan porque ya son ricos. No es sólo el caso de Estados Unidos que, en contra de esa falacia retórica de la llamada «paradoja europea», produce más y mejor ciencia básica que Europa, sino también el caso de Japón, cuyo primer ministro Nakasone lanzó en 1987 el Human Frontier Science Program, al que se han ido asociando casi todos los países desarrollados del mundo (con la consabida ausencia de España); o de Corea, con su Basic Research Program, que pretende generar conocimientos «ante el cambio de paradigma causado por la reestructuración del orden financiero internacional», y así sucesivamente.

El argumento del cambio de paradigma es clave: para Thomas Kuhn la ciencia avanza a través de paradigmas que dominan, como si fuesen modas, toda una época y la mayoría de los científicos trabajan inmersos en una corriente mayoritaria (mainstream). Los grandes científicos serían, según este autor, los que son capaces de romper con esa corriente mayoritaria y luchan por crear un nuevo paradigma.

Pues bien, esa especie de salto cuántico lo suele dar la investigación científica y no, salvo raras excepciones, los meros improvers of technology, e igualmente sólo aquellas sociedades que tienen un tejido científico denso y profesional pueden crear o anticipar o adaptarse con rapidez a los nuevos paradigmas.

Si queremos estar entre esas sociedades más alerta y, por tanto, mejor preparadas para capear las crisis económicas cíclicas, debemos pues aplicarnos aquello de «recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte» porque, por ejemplo, el presidente Obama viene aplicando notables incrementos en los presupuestos de I+D de 2010, 2011 y en el anteproyecto de 2012 a pesar de la grave situación económica de la Unión y a pesar de las duras resistencias del Congreso.

En concreto, en el borrador de presupuestos para 2012 se prevé un incremento destinado a la National Science Foundation de un 13 por ciento sobre 2010 (www.genomeweb.com, Biotech NEWS Feb.14). Sus argumentos son muy convincentes: «Como muchas empresas no invierten en investigación básica, que no ofrece resultados inmediatos (that does not have an immediate pay off), nosotros, como nación, tenemos que dedicar nuestros recursos a estas áreas fundamentales de la indagación científica (these fundamental areas of scientific inquiry)», dijo el presidente en un discurso del pasado día de San Valentín.

Si el presidente de la nación que viene siendo líder mundial en ciencia desde la Segunda Guerra Mundial sostiene que hay que incrementar la aportación del Estado a la financiación de la I+D, porque las empresas norteamericanas han reducido su contribución al respecto, imagine el lector lo que debería hacer Europa en general, y España en particular, si no quiere acabar convirtiéndose en una especie de conjunto de pintorescos y mal avenidos parques temáticos para disfrute de americanos, asiáticos y, en un futuro, quizá también africanos.

Más claramente: o mejoramos de manera muy significativa nuestros niveles educativo y científico o seguiremos adorando a Zeus, Júpiter, Odín y otros dioses, tan enternecedoramente europeos como definitivamente anacrónicos.

Javier Pérez de Albéniz es periodista. Ha trabajado como reportero, y como crítico de música y televisión en El País (diez años), donde creó la primera sección sobre medioambiente de la prensa española («Vida verde»), y en El Mundo (nueve años). Hace siete años inició en este último diario la publicación de su blog El descodificador, que llegó a tener más de 70.000 visitas en un solo día. Lo trasladó al diario digital Soitu y, al cierre de esta innovadora web, pasó a colgarlo en Wordpress.com donde a menudo se encuentra entre los más vistos de los miles de blogs de todo el mundo. Entre sus libros destacan 10.000 km a través de África, Lugares poco recomendables y El lince ibérico. Ha trabajado en Radio Nacional de España, El Diario Vasco, Telemadrid (La noche se mueve, del Gran Wyoming), Telecinco y TVE (El peor programa de la semana, al lado de Fernando Trueba).

Blog. El descodificador:

<http://eldescodificador.wordpress.com/>

«No es de una crisis de la cultura de lo que en realidad se trata, sino más bien de su destrucción».

MICHEL HENRY

En el lugar en el que usted podía ojear las memorias de Chateaubriand, un volumen caro que tal vez tardó meses en decidirse a adquirir, ahora un ejecutivo despieza con la precisión de un cirujano un magret de pato. En la tienda de discos donde le descubrieron a Tom Waits, la banda sonora de su vida, ahora se levanta un Starbucks. Y donde vio su primer concierto, ese que nunca podrá olvidar, actualmente hay una tienda de una cadena multinacional que vende ropa barata, fabricada en condiciones laborales desconocidas en algún país asiático.

Cuando, ante la indiferencia popular, las viejas librerías, las tiendas de discos y las salas de conciertos se transforman en bistrós, tiendas fashion y cafeterías posmodernas, es que la cultura agoniza: se ha rendido a la voracidad de políticos depredadores, de intelectuales millonarios y de ciudadanos conformistas. Todos aquellos lugares mágicos que nos guiaban como faros en la tormenta, poniendo al alcance de nuestra curiosidad mundos ignotos, sonidos formidables y pensamientos rebeldes, esos lugares que marcaban el pulso de la cultura de una ciudad han sido desplazados no sólo por la torpeza de las editoriales o la amenaza de las descargas ilegales, sino por la especulación inmobiliaria, la competencia desleal de las grandes superficies, la incompetencia de las administraciones y la trivialización del conocimiento.

Carecemos de referentes, navegamos en el desorden y nos asomamos al abismo. Hoy nadie protesta por la muerte de una librería, una tienda de discos o una sala de conciertos, como nadie se queja de la decadencia de un museo, el esperpento de la programación televisiva o el abandono de la educación pública.

Vivimos gobernados por el poder financiero. La apología de lo superficial, una orgía consumista, el esplendor del low cost intelectual, la movilización de Internet y las redes sociales por la inmediatez y la gratuidad.

¿La globalización? Podría parecer que los cientos de miles de millones de individuos que pululamos por el planeta somos capaces de encontrar todo el conocimiento, el entretenimiento y el ocio de calidad en los posos de un caffè latte, en una cadena de televisión dedicada las veinticuatro horas del día a Gran hermano o en un clic del ratón del ordenador. No es así.

El bienestar de nuestra sociedad, construido de espaldas a la solidaridad, la dignidad, la verdad y la ética, es precario. No podía ser de otra manera: está basado en el egoísmo. La cultura, como la libertad o la democracia, también son creaciones sociales percederas. Mantener esa llama exige un mantenimiento, una atención constante. En caso contrario retrocederemos y reviviremos miserias pasadas.

La cultura es lo único que tenemos. Por eso debemos gestionarla los ciudadanos. No podemos confiar un arma tan poderosa, capaz de cambiar la sociedad, a unos políticos como los nuestros, ignorantes, ambiciosos, indolentes, ineptos, mentirosos, inmediatistas y soberbios, que desprecian el pensamiento, la imaginación, la utopía, los valores. Los ingredientes fundamentales para construir un mundo sano y creativo.

Hemos aceptado sin reservas que los líderes políticos transmitan ignorancia. No nos escandalizamos ante la imagen grotesca de altos cargos que no hablan idiomas, se expresan con dificultad, leen como chavales de primaria o se insultan y faltan al respeto. Dar por hecho que estamos en manos de unos inútiles, asumir la mediocridad de nuestros dirigentes es el principio del fin. La peor actitud siempre es la indiferencia.

Todo esto quizá le parezca apocalíptico. Ésa es mi intención. En esta sociedad todo, incluido este texto, tiene una vida muy breve, así que alguien que pretenda hacerse oír debe obligatoriamente gritar. Ideas, reflexiones y mensajes envejecen con sorprendente rapidez, quizá debido a la necesidad impuesta de olvidar el pasado y repetir errores. ¿El progreso es un fracaso? ¿Todo adelanto tecnológico implica un retroceso cultural? ¿Debemos sentir nostalgia de los viejos tiempos? Recuerde que hubo un día en que la Ilustración iluminó las sombras de los crucifijos con las luces de la razón. No se preocupe, no es necesario ir tan lejos...

LA EDUCACIÓN, EL GRAN PROBLEMA

Cuando escribo estas líneas, febrero de 2011, los diarios publican una noticia que resume todo el desprecio de la sociedad actual no ya por la cultura, sino por su propio futuro: «La educación española dispondrá de 1.800 millones de euros menos en 2011». Es una decisión de unas Comunidades Autónomas que, siendo responsables finales de la educación, se encuentran asfixiadas económicamente por el despilfarro, la mala gestión y el déficit presupuestario. Por desgracia los gestores del dinero público consideran que el futuro no existe más allá de las próximas elecciones. Cuatro años, una visión cortoplacista que condena a las nuevas generaciones a una educación miserable: España invierte en educación menos dinero en relación con el PIB (4,3 por ciento) que lo que se invierte como media en la UE (5,05 por ciento) y en la OCDE (5,3 por ciento). La tasa de abandono escolar (31,2 por ciento) duplica a la media de la UE (14,4 por ciento). Ninguna de las universidades españolas aparece en el ranking de las cien mejores universidades del mundo.

¿Te parece desolador? Pues aún hay más: la crisis económica golpea duro a la enseñanza pública, que soporta tijeretazos en los sueldos de profesores, becas universitarias, infraestructuras, actividades extraescolares, formación del profesorado, transporte escolar, gastos administrativos, agua, luz, calefacción... La Unión Europea censuró de inmediato los recortes educativos en España, un país donde el abandono escolar arrastra a los jóvenes a algo más que a la ignorancia. Invitarlos a dejar colegios, institutos y universidades significa obligarlos a incorporarse al mundo laboral, que es tanto como condenarlos al paro: cada vez hay menos puestos de trabajo para quienes carecen de estudios.

Los sindicatos piensan que se trata del mayor ataque a la escuela pública desde la Dictadura. «No existe ninguna otra inversión que produzca mayores y mejores retornos sociales y económicos que la educación», asegura el economista Guillermo de la Dehesa. «Es la clave del bienestar, del desarrollo y del progreso de un país ya que mejora la salud y el medio ambiente, reduce la pobreza y la desigualdad, aumenta el emprendimiento, la productividad y la competitividad y estimula la libertad y la democracia», sentencia. La adormecida sociedad española no parece pensar de la misma manera, puesto que permanece impasible ante un atentado que afecta no sólo a la educación y la cultura de los jóvenes, sino al futuro de todo un país. Ni una muestra de repulsa, ni una movilización estudiantil, ni una queja por parte de la oposición al Gobierno. Gravísimo error: el deterioro de la educación es el comienzo del fin, puesto que aumenta las diferencias sociales y culturales, multiplica la marginación, asienta la pobreza, borra las esperanzas. La destrucción de la educación pública es el problema número uno de este país, de cualquier país, por encima incluso del paro, del terrorismo, de la corrupción política...

LA REINA SABIA

Vivió hace muchos años una reina poderosa y sabia obsesionada con mantenerse en el poder. Separada del pueblo por grandes murallas y profundos fosos, cada día daba órdenes a sus leales para que las condiciones de vida de campesinos y trabajadores fuesen aceptables. Desde su palacio, entre lujos y tesoros, clamaba para que ninguno de sus súbditos pasase excesiva hambre o demasiado frío. Insistía a sus hombres de confianza para que sus gentes no padecieran miserias ni sufrieran enfermedades relacionadas con la pobreza. Les organizaba grandes fiestas, los invitaba a vino y bailes. «¡Que sean felices, que se diviertan!», decía. A la reina no le importaba que su gente tuviese de todo... excepto educación. Las órdenes eran tajantes: nada de escuelas, nada de maestros, nada de libros. «Si les damos eso, sabrán tanto como yo. Y entonces se darían cuenta de que no me necesitan», sentenció.

La cultura es la mejor revolución. Seguramente por eso a los gobiernos mediocres y dictatoriales les espanta la posibilidad de un pueblo educado, culto, con preparación, con criterio. La cultura, como decía Ramón y Cajal, refina el talento y evita las mentalidades entontecidas por el desuso. Es el arma más poderosa contra la intransigencia, los abusos, la dictadura, la marginación. La educación es el único camino para conseguir la plena y definitiva incorporación de la mujer a la sociedad.

No olvidemos que a escala mundial las mujeres constituyen el 70 por ciento de la población que no tiene cubiertas las necesidades básicas: atención sanitaria, nutrición y educación. Los materiales didácticos siguen siendo sexistas y las niñas tienen menos probabilidades que los niños de terminar sus estudios (una de cada cinco chiquillas que se matriculan en la escuela primaria no llegan a finalizarla. UNICEF, Estado Mundial de la Infancia, 2007). La población femenina representa dos tercios de la población analfabeta. Las mujeres sin educación siguen padeciendo dependencia familiar y dominación del marido, y son relegadas a los trabajos menos cualificados y con menos responsabilidad o

influencia social. «Las mujeres también deben ser educadas», ha dicho Hajia Ahmed de Kunbwada, reina en tierra de reyes, la única mujer gobernante en la conservadora región del norte de Nigeria, «porque la educación significa que las mujeres pueden ser lo que ellas quieran ser. La educación y la cultura nos hacen libres».

Cuando la educación es insuficiente, cuando la cultura no es un derecho, la democracia es incompleta y la igualdad una utopía. Los cambios vertiginosos hacen concebir esperanzas. También crean incertidumbres...

LA RED

¿Podría acabar Internet con la cultura, tal y como la entendemos en la actualidad? No faltan opiniones apocalípticas, como la del polémico escritor angloamericano Andrew Keen, quien piensa que la Red es un sumidero intelectual donde resulta imposible diferenciar información de publicidad, criterio académico de superficialidad. «Cien colaboradores de la Wikipedia nunca podrán sustituir a un historiador o a un científico», afirma este defensor del saber individual y la cultura especializada.

El impacto de Internet y las redes sociales sobre la cultura es descomunal. Todo está cambiando: la creación, el consumo y la industria. Ante las dudas la Red nos invita a improvisar. En este nuevo mundo sin certezas ni referentes la primera consecuencia ha sido la eliminación de los intermediarios. La música, la literatura, el cine... Todo está a disposición de todos, a sólo un clic de distancia. La rapidez de la comunicación 2.0 es descomunal, tanto como para que alguien pueda llegar a pensar que el poder que concede una banda ancha resulta ilimitado: quiero algo, ya lo tengo.

Pero no es tan sencillo. La cultura no se comercializa en pastillas que, colocadas bajo la lengua, transmitan de inmediato sus beneficiosos efectos y conviertan, como sucedía con el dinero del Arcipreste de Hita, «al necio y rudo labrador... en hidalgo doctor». La cultura, también la digital, exige unos tiempos, un esfuerzo, una dedicación: de nada sirve bajarse toda la discografía de los Beatles, todos los libros de Miguel Delibes o todas las películas de John Ford si no escuchamos los discos, leemos los libros o vemos las películas. Internet nos ha convertido en obscenos nuevos ricos, acumuladores de cultura. Millones de Diógenes digitales rellenan cada día cientos de discos duros con toneladas de conocimiento. Jamás abrirán esos archivos: necesitarían diez vidas para hacerlo. Además prefieren ver la televisión...

EL PUEBLO QUIERE CIRCO

«En España el verdadero Ministerio de Cultura es la nefasta televisión», afirma el escritor Juan Marsé. ¿Una exageración? Teniendo en cuenta que España es líder mundial en telebasura, los índices de consumo dan la razón al autor de Si te dicen que caí: según un estudio de Barlovento Comunicación publicado por el diario El Mundo, cada español pasa frente a este electrodoméstico 234 minutos icada día! (en 2010 ocho minutos más que el año anterior). Cifras impactantes

que se pueden convertir en preocupantes si las comparamos con, por ejemplo, las relacionadas con la lectura: casi el 40 por ciento de los españoles no lee nunca prensa escrita y un 45 por ciento jamás abre un libro.

El Estado perdió hace tiempo el control de un arma tan poderosa como la televisión. En 2008 la televisión pública española fue objeto de una reforma que, además de suponer la prejubilación de más de cuatro mil trabajadores y conseguir una aceptable independencia política, despejó el camino a determinadas cadenas privadas. Las cadenas públicas autonómicas, auténticos sumideros tanto a nivel financiero como intelectual, siguen siendo utilizadas por los correspondientes Gobiernos como instrumentos de propaganda política. Las cadenas privadas españolas no respetan los códigos contra la telebasura, se saltan los horarios de protección infantil y emiten todo aquello que pueda disparar los audímetros. La degradación de los contenidos no cesa y los códigos de buenas intenciones sólo se crean para ser violados.

Cotilleos abyectos, falso periodismo, violencia, machismo, manipulación, clasismo... La degradación de la televisión en España, su desprecio por los derechos fundamentales, no tiene equivalente en el resto de países europeos. La caja tonta se ha convertido en la caja sucia, un estercolero donde se alimentan a diario millones de ciudadanos, niños incluidos. Recordemos que 77.000 niños veían cada día Aquí hay tomate, el programa que representó la cumbre de la telebasura. Y que, según un estudio de la Universidad Complutense, los preadolescentes y los adolescentes que pasan más horas viendo la televisión son quienes presentan mayores niveles de agresividad.

Las cadenas de televisión son concesiones del Estado. Diferentes Gobiernos y distintos defensores del Pueblo han iniciado cruzadas contra la telebasura que, tras ocupar portadas y abrir telediarios, se han desvanecido sin dejar rastro. En 2005 el presidente socialista José Luis Rodríguez Zapatero llegó más lejos y propuso un régimen sancionador para que, en caso de que una cadena cometiese tres faltas muy graves en un mismo año, pudiera ser revocada su licencia. Han pasado los años y las únicas sanciones impuestas son las que menos preocupan a las televisiones: las económicas.

Gracias a la eliminación de la publicidad en la televisión pública los beneficios de las cadenas privadas se han disparado. Telecinco ganó 70,5 millones de euros en 2010, un 45,6 por ciento más que el año anterior. Y el grupo Antena 3 ha logrado en ese mismo periodo un beneficio neto de 109,1 millones de euros, lo que supone un aumento del 79,6 por ciento respecto al año 2009. La telebasura es rentable y la culpa no es sólo de las cadenas que generan detritus, de los telespectadores que los consumen o de los gobiernos que lo consienten.

La publicidad, que financia la peor televisión de todos los tiempos, también es responsable del deterioro audiovisual. Una lástima, porque la televisión podría haber sido una excelente aliada de la cultura. La famosa ventana al mundo, que prometía información, educación y entretenimiento de calidad es, en realidad, un negocio millonario sin cortapisas morales o éticas que fabrica su propia realidad, reverencia a las grandes audiencias, estandariza la bazofia y se defiende con la teoría de la demanda: ¡el pueblo pide circo!

La televisión se ha convertido en un enemigo silencioso, constante y letal. El altavoz de todos los defectos de nuestra sociedad. La culpa no es del electrodoméstico, evidentemente, sino de la voracidad de las empresas privadas que dirigen la mayoría de cadenas y que olvidan que éstas deben cumplir un servicio público en su condición de concesiones del Estado. En la actualidad las televisiones privadas españolas sólo tienen dos objetivos: enriquecerse económicamente y utilizar sus informativos para obtener beneficios políticos.

CULTURA LIBRE Y GRATUITA

Paradójicamente son las nuevas tecnologías quienes pueden liberar al pueblo del yugo de la telebasura. El telespectador que pretenda escapar de la red tejida por la desinformación, la publicidad y la mala televisión ya no necesita desintonizar las cadenas especialmente repugnantes. Ahora puede incluso crear su propia programación. Olviden el rito antropológico del salón familiar, el sofá de escay y el «a ver qué echan». Los viejos audímetros agonizan. La televisión a la carta es un hecho; su programación, infinita, y sus receptores, cada vez más numerosos: el ordenador, el móvil, las tabletas...

«Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten», asegura el artículo 27 (1) de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La realidad es bien diferente: nunca las diferencias entre pobres y ricos fueron tan grandes, jamás los intereses particulares pisotearon como ahora los intereses generales.

El mundo de la cultura no permanece ajeno a la corrupción y el clientelismo. El espíritu crítico ha dejado paso al amiguismo, al clientelismo. Al rebelde le espera la marginación; al dócil, el éxito. Los creadores se venden por una subvención o un galardón, como podemos ver con prestigiosos premios literarios que, pese a ser de dominio público que están amañados, reciben los parabienes de políticos, intelectuales, instituciones y medios informativos.

Acceder con libertad y de forma gratuita a la cultura no significa necesariamente la democratización universal del conocimiento o de las artes. Significa que han cambiado las reglas del juego. Se hunden las grandes industrias culturales, quizá renazcan las pequeñas corporaciones, se rediseña el mapa de los mercados del entretenimiento. Mientras esto sucede, todos culpan de sus respectivas crisis a la Red y a quienes, aprovechando las aguas revueltas y los vacíos legales, capturan contenidos de manera gratuita. Los piratas...

Un disco, un libro o una película no valen nada. Eso cree hoy día mucha gente, que considera las descargas (ilegales) la democratización absoluta de la cultura. Es un tema peliagudo... Los abusos de la industria han sido tan grandes y tan prolongados que muchos consumidores se creen legitimados para tomarse «la cultura por su cuenta». Olvidan obviedades tales como que quienes escriben libros, graban discos y ruedan películas también comen. Y que es la industria quien, con sus inversiones, ha hecho posibles las grabaciones de Phil Spector, la

distribución de los libros de Houellebecq o el año 2019 en Los Ángeles que vimos en Blade Runner.

La realidad es despiadada: entre bonanza y crisis no se ha producido periodo de aclimatación. En la última década las ventas de discos compactos han bajado un 80 por ciento. Un 21 por ciento sólo en 2010. En ese año los españoles nos gastamos en música legal 166 millones de euros, 45 menos que el año anterior. Los datos, extraídos del informe anual de Promusicae, la entidad privada que representa a la industria musical española, nos convierten en reyes del pirateo, líderes mundiales en descargas de canciones sin pagar derechos de autor.

Según el informe Barómetro de Hábitos de Lectura en 2010, realizado por la Federación de Gremios de Editores de España (FGEE) con la colaboración de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, la venta de libros descendió un 10 por ciento en el primer trimestre de 2010, periodo en el que la piratería del libro electrónico creció de un 19 por ciento a un 35,1 por ciento.

Los números de la industria cinematográfica española, una de las más afectadas por las descargas ilegales, tampoco invitan al optimismo. Según un informe de la Federación de Cines de España (FECE), el número de espectadores pasó de 110 millones en 2009 a 98,7 millones en 2010, un 10 por ciento menos. Las salas recaudaron en 2010 un total de 645 millones de euros, un 3,9 por ciento menos que el año anterior.

El desplome de la industria de la cultura tradicional es un hecho. No desesperemos. Con toda seguridad en estos momentos un nuevo diseño se está incubando en las entrañas de la Red. Existe orden en el caos. La tecnología señala un futuro abierto, inagotable, ¿libre? Aún es pronto para saberlo, puesto que ni siquiera los visionarios han sido invitados a la fiesta: desconocemos cómo serán en el futuro las estructuras del conocimiento y las relaciones entre autores, mediadores y consumidores. La crisis sigue abierta. ¿Tenemos algo que decir los ciudadanos?

¡A LA CALLE!

Nos jugamos mucho. Por fortuna el español no es un pueblo pusilánime, de esos que necesitan un terremoto para salir a las calles y mostrar sus sentimientos. En julio de 2010, sin ir más lejos, cientos, miles de españoles abandonaron la seguridad y las comodidades del hogar y tomaron de manera pacífica pero ruidosa y apasionada los lugares comunes de sus ciudades. La muchedumbre, excitada, se movía como una sola persona, coreando los mismos himnos, gritando similares consignas, navegando en una única dirección. El motivo no era mostrar el desencanto social ni protestar por la crisis económica, la corrupción, la mediocridad política o el abandono de la sanidad pública. La selección española de fútbol ganó su primer campeonato del mundo y los españoles no pudieron resistirse y mostraron su júbilo de manera tan apasionada como coordinada.

¿Quién dijo que en nuestro horizonte moral lo único que se veía era individualismo? El aislamiento, cada vez más vinculado con la desigualdad, es debilidad: un pueblo ignorante, dividido y pusilánime está en manos del poder. Sin valores colectivos carecemos de futuro. La fragmentación de la vida social, el deterioro de la economía, la destrucción de lo público, la voracidad de los mercados, la hipocresía de los políticos, la inoperancia de los gestores, la falta de oportunidades, la especulación inmobiliaria, la destrucción del medio ambiente, los casi cinco millones de parados... Son problemas ajenos. Los españoles no parecemos sentirnos personalmente implicados con la realidad económica, política y social. Toleramos el fracaso del sistema. Vivimos la modorra de la prosperidad, del aburguesamiento. Aceptamos la ineficacia de nuestros representantes, la torpeza de la administración, la pérdida de los derechos laborales, de la calidad de vida. Apostamos por el individualismo, el sálvese quien pueda, y consideramos la solidaridad una debilidad, quizá el último recurso. Protestar no está en nuestro código genético.

¿Queremos sobrevivir? Si pretendemos hacerlo en un mundo más justo, el futuro pasa por resucitar la cultura. La cultura se construye a través de la educación. Y la educación es altruismo: compartir conocimientos. El sacrificio personal y desinteresado por el beneficio ajeno.

El poder económico y político quiere un pueblo individualista, insolidario, anestesiado. Toca a rebato. Unamos las fuerzas, confiemos en nuestros vecinos, alimentemos la cólera social, levantemos la voz. ¡Reaccionemos!

Y no olvidemos que luchar por la cultura es luchar por el conocimiento, por la dignidad, por la igualdad.

Lourdes Lucía

Lourdes Lucía nació en Dajla (Sahara), vive en Madrid, es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense y está colegiada en el Colegio de Abogados de Madrid. Desde hace más de veinte años trabaja como editora y su actividad profesional es la difusión de las ideas a través de los libros. En el año 2000 fue una de las fundadoras en España del movimiento internacional ATTAC. Es ecologista y colabora con organizaciones y movimientos de defensa de los derechos humanos.

Hace diez años, en enero de 2001, mucho antes de que los asesores de Obama utilizaran en su campaña electoral el famoso «Sí, podemos», miles de personas, sindicatos, organizaciones y movimientos sociales de todo el mundo se reunían en Porto Alegre, en el Primer Foro Social Mundial —auspiciado por el movimiento internacional ATTAC y el Partido de los Trabajadores de Brasil—, para gritar al mundo que «Otro mundo es posible», que sí, que realmente podemos cambiarlo.

Este mundo, el que nos ha tocado vivir, no es el que quiere la mayoría de los hombres y de las mujeres que habitan el planeta; no es el mejor tampoco para el propio planeta, que ve cómo se diezman sus recursos naturales sin que apenas tenga ya la capacidad suficiente para regenerarlos.

Muchos países de América Latina, cuya población indígena no sólo existe sino que además ha resultado ser la mayoría, así lo han atestiguado al emprender programas y políticas que tratan de iniciar un camino nuevo de respeto a sus hombres y a sus mujeres y a sus recursos naturales. Así lo han puesto también de manifiesto las poblaciones de los países árabes en sus masivas movilizaciones contra un sistema que los humilla, los condena a la pobreza y lesiona su dignidad.

Desde Europa, una de las zonas más ricas del planeta, puede parecer que vivimos en el reino de la abundancia y que éste es el mejor de los mundos posibles. Pero la eclosión de la crisis actual ha demostrado que no es así. A pesar de que las crisis de México, del Sudeste asiático y de Argentina anticiparon lo que podía llegar a pasar se creó la ilusión de que todo el mundo sería rico, de que el dinero surgía de la nada y de que, si había problemas, serían de otros, que nada tenían que ver con nosotros.

Los grandes medios de comunicación, como vehículos que son de transmisión de las ideas de los dueños de las finanzas, han difundido siempre las propuestas, los análisis y los estudios de los expertos economistas a su servicio, ninguno de los cuales supo, o quiso, advertir lo que se nos venía encima. Todos estos medios silenciaron o ridiculizaron —aún lo siguen haciendo— las advertencias de los que anunciaban que la burbuja financiera explotaría y provocaría una crisis de dimensiones históricas.

UN CANTO AL MERCADO

La especulación financiera y la corrupción no son algo nuevo en la historia. La literatura del siglo XIX y principios del XX ofrece numerosas muestras de personajes que son el espejo en el que se reflejan la codicia y la ambición humanas. Desde Aristide Saccard, el ambicioso especulador creado por Zola^[9], que va de pelotazo en pelotazo hasta la bancarrota final, a Mr Cowperwood, el magnate sin escrúpulos protagonista de *The Financier*^[10], imagen en la ficción de un hombre de negocios de la época, pasando por Augustus Melmotte, de Anthony Trollope, que embarca en una aventura a ambiciosos hombres de negocios con objeto de obtener dinero fácil y rápido^[11], son numerosos los ejemplos que revelan que la ambición, la codicia, la especulación, la corrupción

o la falta de escrúpulos no son conductas nuevas sino que han sido inherentes al capitalismo desde su aparición.

¿Qué es, entonces, lo que caracteriza nuestro mundo actual?

Hace aproximadamente tres décadas Ronald Reagan y Margaret Thatcher, fieles servidores de los intereses del gran capital, decidieron imponer una serie de políticas económicas basadas en la reducción del gasto público, la privatización de empresas y servicios públicos, la total desregulación de los movimientos de capital y la reducción de impuestos a las grandes fortunas y a las empresas. Todo ello ha terminado conformando este tiempo de canto al mercado y al dinero, de desprecio a la Naturaleza, de fomento del individualismo. Se ha colocado en el centro al mercado, como dios supremo y regulador de la vida. Es el tiempo en el que se ha abierto la brecha más grande entre ricos y pobres, y en el que se está poniendo en grave peligro al planeta, que se ve incapaz de soportar un proyecto perpetuo de explotación de sus recursos. Los habitantes del mundo nos enfrentamos a una situación nueva y trágica, en la que está en juego la supervivencia del propio planeta.

Las nuevas tecnologías de la información han permitido que las comunicaciones sean planetarias e instantáneas, lo cual ha facilitado que también las transacciones financieras se realicen de manera simultánea en todo el mundo y alcancen un volumen desconocido hasta ahora. La falta de control de estas transacciones, que instauró la desregulación impuesta por Reagan y Thatcher, ha hecho posible la creación de instrumentos financieros que sólo son útiles a la especulación y no a la actividad productiva. En 1970 la suma total de las transacciones financieras mundiales era quince veces el valor del PIB mundial; en 2007 esa suma era ya setenta veces el valor del PIB. Hoy en día apenas el 10 por ciento del movimiento de divisas que tiene lugar en el mundo se destina a cerrar acuerdos comerciales o a canalizar transferencias de capital destinadas a inversiones productivas. Este incontrolado movimiento de capitales a nivel mundial ha permitido que el volumen de transacciones financieras a corto plazo crezca exponencialmente, lo cual ha favorecido la especulación financiera y ha provocado, en consecuencia, una gran inestabilidad en un sector clave de la economía.

Hervé Kempf^[12] presenta un ejemplo muy gráfico: «Nada mejor para simbolizar esta nueva fase del capitalismo que las palabras utilizadas por los comentaristas: antes “inversor” designaba a un empresario que comprometía su capital en una operación industrial o comercial de resultado incierto; ahora el término califica a las personas o a las firmas que juegan en el mercado financiero y que no son en realidad más que especuladores». Es decir, el planeta se ha convertido en un gran casino financiero en el que se apuesta con el deseo de ganar mucho dinero en poco tiempo. Y las fichas con las que se juega van desde los ahorros a las pensiones, desde las hipotecas a los alimentos.

La codicia alimenta las inversiones especulativas en detrimento de la economía productiva. Y para que el sistema funcione se han creado unas herramientas imprescindibles que permiten la fuga de capitales y favorecen el fraude, la corrupción y la evasión fiscal. Hablamos de los paraísos fiscales^[13] —también llamados centros offshore o extraterritoriales—, zonas abiertas a recibir

capitales de todo el mundo (sin que importe su procedencia) que no se someten a ninguna (o prácticamente ninguna) tributación. En ellos reina el secreto bancario y sirven tanto para albergar el dinero que procede del narcotráfico o del terrorismo como para camuflar malversaciones y otras actividades mafiosas, derivadas de lo que se ha dado en llamar ingeniería financiera. Acogen a sociedades instrumentales mediante testaferros y su existencia se muestra imprescindible en los numerosos casos de corrupción que aparecen constantemente en la prensa. La opacidad con la que operan no permite evaluar con precisión la cantidad de dinero que ha ido a parar a ellos, pero sin duda se trata de billones de dólares que benefician a los poderosos y a las entidades financieras y que perjudican a los ciudadanos de todos los países, quienes ven considerablemente mermados los ingresos del erario. Todos los grandes bancos y corporaciones financieras tienen sucursales en los paraísos fiscales y operan en ellos con la connivencia de los gobiernos nacionales, que no hacen nada contra el fraude y la evasión fiscal. Y no hablamos de paraísos lejanos: «Los paraísos fiscales están en la Castellana», decía de forma muy expresiva un inspector de Hacienda en un debate sobre este tema celebrado en Madrid.

Para los que vivimos en Europa atención especial merecen en este contexto las instituciones europeas. Cuando se formuló el proyecto de Constitución Europea, se alzaron muchas voces para denunciar que, tras el bloque de derechos civiles, venía todo un capítulo dedicado a la economía, en el que se consagraba Europa como un espacio de total libertad para el movimiento de capitales, que no estaban sujetos al menor control o regulación, se consolidaban en ella los paraísos fiscales y se privatizaban los servicios públicos. Al mismo tiempo se levantaban muros para la libre circulación de las personas. Hoy la UE es un espacio financiero, un paraíso para las grandes finanzas, que cuentan con dos excelentes aliados: la Comisión Europea y el Banco Central. Además, las directivas de la Comisión Europea son la coartada perfecta para los gobiernos de los distintos países cuando tienen que aplicar medidas impopulares.

Los principales instrumentos de estas políticas han sido los bancos, los paraísos fiscales y los organismos supranacionales: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial del Comercio (OMC) y otros, organismos estos que, aun no habiendo sido elegidos de forma democrática, son quienes dictan a cada país las medidas que tienen que adoptar por obligación. Se ha creado un auténtico Poder Global que gobierna el mundo por encima de los ciudadanos y de sus gobiernos.

UN MUNDO CON DEMASIADAS SOMBRAS

Los derechos económicos y sociales retroceden

Estas tres últimas décadas han servido para poner en serio peligro los derechos económicos y sociales de los trabajadores, incluso para acabar con algunos de ellos. Todas las directrices que proceden de los mercados (es decir, de los bancos, de las multinacionales y de sus órganos supranacionales) van en la misma dirección: reajustes estructurales, privatizaciones, reducción del gasto público. Las consecuencias han sido que nos quedemos sin trabajo, que tengamos que pagar por servicios públicos que deberían ser gratuitos y

universales, que los gobiernos reduzcan el gasto social y las prestaciones sociales. Es decir, vivimos una auténtica contrarrevolución social, un impresionante retroceso de conquistas logradas tras muchos años de lucha y de esfuerzos por parte de los trabajadores.

En España, para una persona joven, aun con una excelente capacitación profesional, el horizonte laboral hoy no es otro que el de trabajar —si, con suerte, lo consigue— en condiciones precarias, como becaria o en prácticas, hasta los 30 o los 35 años. Un horizonte que se cierra a los 45 o los 50 años, momento en el que las empresas disponen ya para sustituirla de nuevas remesas más baratas de aspirantes al trabajo, lo que les permite reducir costes e incrementar los beneficios. También puede que se quede en paro o que cambie de trabajo cada seis o doce meses, siempre bajo la incertidumbre de no saber qué va a pasar mañana.

Pero la perspectiva no se presenta mejor para el trabajador mayor de 50 años, para quien en realidad no hay futuro. Sólo le queda vivir atenazado por el miedo ante dos amenazas: quedarse en la calle y no tener ya la posibilidad de acceder a una pensión digna o ver cómo se alargan los años de trabajo para llegar a alcanzarla, si es que lo consigue.

En estas condiciones no se vive, sólo se sobrevive.

Un planeta en peligro

Para el capitalismo los recursos de la Naturaleza son inagotables. La lógica del mercado, del máximo beneficio en el plazo más corto posible, es la de la explotación sin freno de la Naturaleza. Pero ésta tiene una lógica diferente: necesita tiempo para regenerar sus propios recursos. Cuando la demanda humana de los ecosistemas es mayor que la capacidad de la Tierra para regenerarse, se entra en el peligroso territorio de la amenaza de extinción de las especies y del agotamiento de los recursos necesarios para la vida. Hoy el capital ha convertido en nuevos activos financieros el agua, el aire, los alimentos, la energía, en objetos de especulación en los mercados de valores, sin importarle que sean elementos imprescindibles para la vida vegetal, animal y humana.

En la televisión y en Internet los habitantes de los países emergentes contemplan la vida que llevan los ricos y la clase media de los países occidentales, y quieren entonces vivir como ellos. Lo de menos es que los productos se fabriquen para usar y tirar o que salgan de la fábrica con la fecha de caducidad ya programada. Una tercera parte de los habitantes del mundo (China y la India juntas) se encuentra en esta situación. Si no se cambia el modelo consumista que hoy ofrece Occidente al mundo, dejaremos a las futuras generaciones un panorama desolador.

Éste es uno de los grandes retos al que nos enfrentamos y es necesaria una gran alerta mundial ante este desastre.

Sustracción de la democracia

Una de las mejores herramientas para desarmar a la ciudadanía es fomentar el desprecio a la política y a la democracia: es mejor que los ciudadanos no participen, no pregunten, no controlen. Y esta herramienta se maneja de varias maneras.

Como decíamos, el mundo está gobernado por organismos que no ha elegido nadie, por un Poder Global —el FMI, el BM, la OMC, entre otros— que dispone de sus propios aparatos, de sus propias redes de influencia y de sus propios medios de acción. A pesar de que en la mayoría de los países los ciudadanos tienen reconocido formalmente el derecho a elegir a sus representantes en el gobierno, son sin embargo estos organismos supranacionales los que dictan a los gobiernos lo que hay que hacer y qué políticas tienen que imponer. Lo hemos visto en las medidas aplicadas en España en 2010 por un Gobierno que había sido elegido con un programa totalmente diferente del que pone en práctica. La justificación de tales medidas ha sido simple: «Lo imponen los mercados».

En los países de Occidente cada cuatro, cinco o seis años la ciudadanía elige a sus representantes. Y sólo puede votar a aquellos partidos o coaliciones que disponen de los medios suficientes para hacer frente a costosas campañas electorales. En España además la ley electoral vigente está basada en un sistema que valora de forma diferente los votos: cuentan más aquellos que van dirigidos a las grandes formaciones políticas. De esta forma siempre resultan elegidos mayoritariamente los grandes partidos.

Partidos y coaliciones acuden a las convocatorias electorales con programas que incluyen todo tipo de promesas, que luego, cuando acceden al poder, no cumplen. Además la práctica que mantienen no suele coincidir con las palabras que emiten en público. En general toleran en su interior los defectos que dicen combatir. Su opacidad y las luchas internas de sus miembros, las peleas por ser los primeros en las listas electorales, su falta de conexión con la calle, todo ello ofrece hoy un triste espectáculo. No es de extrañar, lamentablemente, que muchas personas sientan hoy un gran hartazgo.

Necesitamos, sí, muchas cosas, también una regeneración política, porque el desprecio a la democracia, por limitada que ésta sea, es un arma de dominación.

El miedo

Podemos decir que no hay día que no nos despertemos con un sobresalto: la economía se hunde, vivimos demasiado bien y no podemos mantener este nivel de vida, los salarios tienen que bajar, los puestos de trabajo no se pueden mantener, los bancos no pueden dar créditos... Palabras que casi siempre proceden de personas o instituciones cuyas ganancias son muy superiores a las del resto de la población y que en absoluto están dispuestas a reducir lo más mínimo sus sueldos o los beneficios que reciben.

Lo importante es provocar el miedo, asustar, que no se pueda pensar y que todo el mundo trate de agarrarse a lo que sea, que esté dispuesto a saltar por encima del compañero, si es necesario, para salvarse.

En un debate celebrado en Madrid en 2010 dentro de la cumbre de movimientos sociales reunida en el Encuentro Enlazando Alternativas, una trabajadora de una maquiladora mexicana contó la experiencia de la lucha que un grupo de mujeres que nunca se había atrevido a alzar la voz había mantenido en la fábrica donde trabajaba. Cuando se unieron para hacer una huelga, los patronos se asustaron: «Nos temieron cuando dejamos de tener miedo», resumió. Es la gran lección que esta mujer y sus compañeras aprendieron.

El miedo fomenta la xenofobia, el odio y la envidia. Es necesario vencerlo porque es el mejor instrumento para que la población permanezca callada, dividida y enfrentada.

El individualismo

En 1987 Margaret Thatcher afirmó en unas declaraciones realizadas a la revista *Woman's Own*^[14]: «[...] and who is society? There's no such a thing as society» («¿Quién es la sociedad? Tal cosa no existe»).

Está claro adónde nos lleva esta forma de pensar. Es estremecedor y muy significativo el artículo publicado en *La Vanguardia*^[15] sobre la cárcel como último refugio de ancianos japoneses: «El último informe anual sobre delincuencia de la policía japonesa ha sembrado la inquietud. Las estadísticas muestran que uno de cada cuatro japoneses detenidos por robar en 2010 era mayor de 65 años. En 1986, cuando se empezó a confeccionar este tipo de estadísticas, sólo uno de cada veinte japoneses detenido por hurto era mayor de 65. Para los responsables policiales el envejecimiento de la población del país no lo explica todo. Atribuyen este fenómeno a los cambios registrados en la sociedad nipona, mucho más individualista y dura que antes».

Efectivamente, si las grandes fortunas, los bancos y las grandes empresas dejan de pagar sus impuestos beneficiándose de políticas fiscales muy conservadoras y llevan su dinero a los paraísos fiscales, no quedarán recursos para, por ejemplo, la protección y la asistencia de los ancianos: eso no da beneficios; por tanto, no importa cómo acaben sus días: «Se ha roto la tradición ancestral nipona de reunir bajo un mismo techo a tres generaciones de una misma familia. Una situación que garantizaba a los abuelos que en la etapa final de su vida estarían bajo el cuidado de sus familiares más próximos. Este panorama ha dejado prácticamente de existir. En los tiempos actuales los más jóvenes abandonan el hogar familiar antes y a menudo se trasladan a otra ciudad en busca de un trabajo. Una coyuntura que provoca que las personas de la tercera edad se encuentren solas, desorientadas, aisladas de la sociedad que las rodea. [...] Y para huir de su soledad y del abandono de sus familiares, muchos de ellos han llegado a la conclusión de que el mejor sitio donde pueden estar es en la cárcel. Allí tienen un techo, comida caliente y compañía». Por desgracia esta situación, la soledad y el desamparo, recuerda bastante a la que sufren en España muchos ancianos.

La atomización del trabajo y la precariedad laboral instauradas en las últimas décadas han provocado el aislamiento y la incomunicación entre los trabajadores. Se fomenta que cada uno vaya a lo suyo y salte por encima del compañero, si es necesario, para salvaguardar su inseguro puesto de trabajo.

La solidaridad ha dado paso al egoísmo, a la indiferencia y al desamparo, y ha conducido a la sociedad a una bancarrota moral.

El dinero

El brillo del dinero deslumbra tanto... que ciega. Y no deja ver lo importante. Se promueve la ambición de acumular riqueza, no para tener las necesidades cubiertas y poder vivir la vida con dignidad, sino para alcanzar un signo distintivo, porque la riqueza nos hace diferentes de los demás. Es cierto que nadie quiere ser pobre y ningún movimiento emancipador ha luchado nunca por llevar la pobreza a la población. Todo lo contrario: lo que se pretende es un reparto equitativo de la riqueza. Pero se ha despertado la ilusión de que todos vamos a ser ricos y de que lo único que importa es ganar cuanto más dinero mejor. El dinero es como un virus que incita a acaparar, acumular más: una insaciable adicción.

En una reunión de vecinos de un barrio de Madrid, donde el gobierno de la Comunidad estaba privatizando un parque público y amenazaba con eliminar un colegio público para edificar pisos y aparcamientos privados sobre su solar, una mujer con tres hijos pequeños exclamó; «¡Qué bien, así el piso que estamos comprando se revalorizará!». Otra vecina respondió: «¿Para qué quieres que tu piso valga más [en el caso de que aumente su valor, algo cuya falsedad ha puesto claramente de manifiesto la crisis inmobiliaria en España] si tus hijos se quedan sin colegio y sin parque donde jugar?».

Ser ricos no es la aspiración emancipadora de la humanidad.

REACCIONA. PODEMOS CAMBIAR LAS COSAS. ES POSIBLE

Frente a un mundo en el que las personas tienen limitada su libertad para moverse de un lugar a otro y huyen de la miseria en que viven, que se ven obligadas a emigrar en las condiciones más penosas a países donde esperan encontrar una vida más digna; en el que las mujeres —que somos más de la mitad de la población aunque sigamos siendo minoría— son objeto de violencia, desigualdad y discriminación; en el que son saqueados los recursos naturales y se fomenta la industria armamentista, las guerras y las ocupaciones militares; en el que ha crecido la desigualdad social y donde el futuro se presenta lleno de nubes... es necesario reaccionar.

Reaccionar: «Oponerse a algo que se cree inadmisible» (DRAE). Porque de nada vale permanecer indiferentes. Es difícil, pero es posible. No estamos solos.

Hemos empezado hablando del Primer Foro Social Mundial, que se celebró en 2001. El último se ha llevado a cabo en febrero de 2011. En el primero hubo 12.000 participantes, en este último acudieron más de 90.000 personas, procedentes de todas las partes del mundo: mujeres y hombres, jóvenes y mayores, trabajadores del campo y de la ciudad, que denunciaron el actual sistema que rige el mundo y manifestaron su voluntad de luchar por la soberanía de los pueblos, la libre circulación de los seres humanos, la cancelación de la deuda pública de todos los países del Sur, la soberanía

alimenticia y por los derechos de la Madre Tierra, los de los campesinos que viven y trabajan la tierra, los de las mujeres, y por la diversidad sexual, por una comunicación veraz e independiente, y por la paz y la soberanía de los pueblos^[16].

Es necesario cambiar la lógica del máximo beneficio individual, recuperar el valor de sentirse parte de una colectividad. La atomización del trabajo y la precariedad de las condiciones laborales nos conducen al aislamiento, al enfrentamiento y a la indiferencia. Los problemas sociales no se solucionan por medio de opciones individuales. Hay que recuperar la comunicación directa con los demás, vernos, hablar y actuar unidos. Crear núcleos, trabajar con otros, cambiar desde dentro los —si los hay— renglones torcidos, insistir una y otra vez. Aporta grandes satisfacciones: ver crecer una idea y comprobar que fructifica en beneficio de alguien, más allá de uno mismo. Ensanchar cada vez más el círculo. El interés de todos debe estar por encima del provecho individual. No es posible que el miedo, la desesperanza y la manipulación acaben con nuestra capacidad de reacción.

Un camino lo marcan las muchas personas que se han unido en movimientos independientes de los poderes públicos para defender los derechos de las mujeres, de los emigrantes, de los trabajadores, de los animales; contra la dictadura de los mercados y por llevar la democracia a la ciudadanía; por salvar el planeta y sus recursos naturales..., personas que no tienen ambiciones de poder sino de construir otro mundo más justo. Porque es posible hacerlo. Podemos recuperar la facultad de soñar, la esperanza y la ilusión.

Se trata en definitiva de defender la dignidad humana. Porque para un ser humano nada hay más importante que su dignidad. Y no hay nada más digno que luchar por lo que es justo.

[1] Baltasar Garzón, prólogo a Breve historia de la corrupción, de Carlo Alberto Brioschi, Taurus, Madrid, 2010, pág. 16.

[2] *Ibidem*, pág. 17.

[3] Baltasar Garzón, La fuerza de la razón, Debate, Barcelona, 2011.

[4] Naomi Klein, La doctrina del shock, Paidós, Barcelona, 2007.

[5] <http://webs2002.uab.es/Jverges/pdf%20GEP&R/GEPyR%207,%20Privatizacion%20de%20EP%20y%20Liberalizacion.pdf>

[6] The Vancouver Sun, 2007.

[7] http://www.observatoriorsc.org/images/stories/audio/Proyectos/Informe_MemoriasRSC_2009_completo.pdf

[8] Las Sociedades de Inversión de Capital Variable (SICAV) están reservadas a los grandes capitales y disfrutan de importantes ventajas fiscales. Una de las más apetecibles es que sólo tributan al 1 por ciento en el impuesto de sociedades, igual que los fondos de inversión comunes.

[9] Émile Zola, L'Argent, 1891.

[10] Theodore Dreiser, The Financier, 1912.

[11] Anthony Trollope, The Way We Live Now, 1875.

[12] Hervé Kempf, Para salvar el planeta. Salir del capitalismo, Capital Intelectual, 2010, pág. 27.

[13] Para una mayor información sobre los paraísos fiscales, véanse los libros de Juan Hernández Viguera Los paraísos fiscales, Akal, 2005, y La Europa opaca de las finanzas y sus paraísos fiscales offshore, Icaria, 2008.

[14] <http://www.margaretthatcher.org/document/106689>

[15] Isidre Ambrós, La Vanguardia, 29 de enero de 2011.

[16] La declaración de la Asamblea de los Movimientos Sociales en el Foro Social Mundial de Dakar (Senegal) está disponible en <http://www.attacmadrid.org/?p=3822>- <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=122209>- <http://www.cadtm.org/FSM-Declaracion-de-la-Asamblea-de>

© De los textos: José Luis Sampedro, Federico Mayor Zaragoza, Baltasar Garzón, Juan Torres López, Àngels Martínez i Castells, Rosa María Artal, Ignacio Escolar, Carlos Martínez Alonso, Javier López Facal, Javier Pérez de Albéniz, Lourdes Lucía

© Del prólogo: Stéphane Hessel

© De esta edición:

2011, Grupo Santillana Ediciones, Generales S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

ISBN ebook: 978-84-03-13199-6

Coordinación de la edición: Rosa María Artal

Diseño de cubierta: Opal/Works